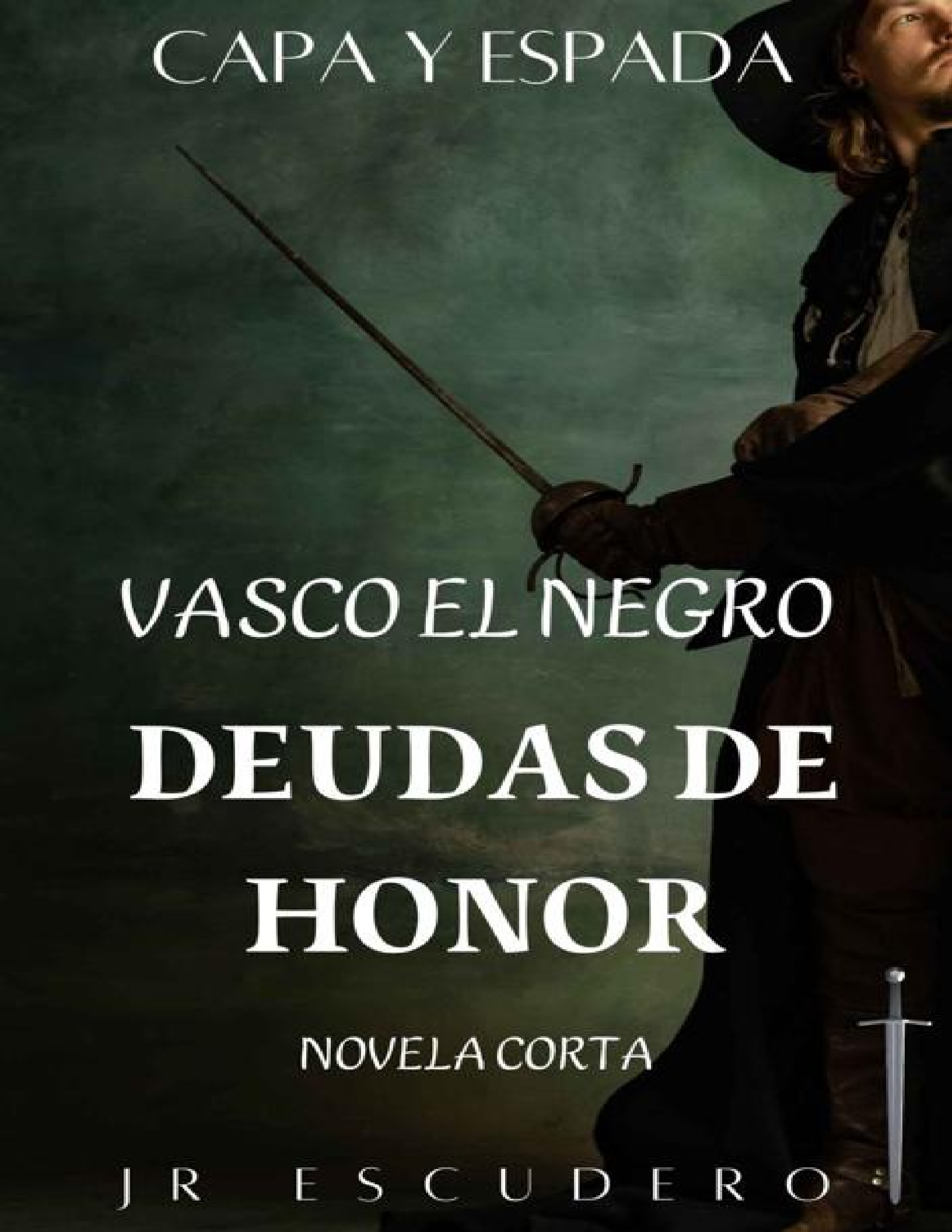




CAPA Y ESPADA

VASCO EL NEGRO
DEUDAS DE
HONOR

NOVELA CORTA

J R E S C U D E R O

DEUDAS DE HONOR

(Primera parte)

JR ESCUDERO
SERIE VASCO EL NEGRO N°3

©Todos los derechos reservados

A Ana

SINOPSIS

En esta novela corta de «Las aventuras de Vasco el Negro» el espadachín recibe un peligroso encargo de un viejo amigo para ayudar al depuesto sultán Boabdil.

«Deudas de Honor» se desarrolla en las calles de la Córdoba de finales del siglo XV. En esta primera parte de la historia Vasco volverá a cruzarse con viejos amigos y viejos enemigos, y con los personajes famosos de la época como Hernán «el de las Hazañas», y Alonso de Ojeda, y el destino arrastrará al joven Lucas a que forme parte de la encomienda.

Duelos, estocadas y aventuras salpican un relato de acción trepidante.

- I. Cuando el diablo se aburre con el rabo mata moscones
- II. _____ Isabelita
- III. _____ La casona de los Carpio
- IV. _____ Noche de perros
- V. _____ La viuda Mencía
- VI. _____ Dichoso oro que todo lo compra
- VII. _____ De cómo se resolvió el embrollo
- VIII. _____ En los campamentos de los ejércitos
- IX. _____ De hazañas
- X. _____ Y de héroes
- XI. _____ Interludio
- XII. _____ Deudas de honor
- XIII. _____ Las tendillas
- XIV. _____ La casa del Comendador
- XV. _____ Titiriteros que mueven los hilos
- XVI. _____ Duelo de espadachines
- XVII. _____ La plaza de la Paja
- XVIII. _____ La calle de la Muela
- XIX. _____ Berenguela Hinestrosa
- XX. _____ Interludio

I. Cuando el diablo se aburre con el rabo mata moscones

Mentan las viejas en las corralas que cuando el diablo se aburre con el rabo mata moscones. Y, doy fe de ello, pues así comenzó la historia que quiero contarles en estos legajos que manuscibo con dedos temblorosos y una pluma de ganso, y una tinta que, a cuentagotas, me suministra la joven infanta —pobre infeliz, inocente e inconsciente de su destino—; mas es ella quien anima a este anciano de alma rota y vista cansada a que escarbe en el pasado y escriba estas crónicas para su solaz, y espero que para su entendimiento. A buen seguro, si alguien en el Alcázar se percatase de lo que estoy haciendo a hurtadillas, raudos lo prohibirían y quitaríanme los papeles que guardo bajo una losa suelta de la alcoba y mandaríanme lejos de Toledo, de vuelta a Córdoba con los franciscanos, pues no pocos son los que ganas de hacerlo tienen. Legajos estos, que, al fin y al cabo, son retales de mi memoria, recuerdos ajados de vivencias y aventuras de una existencia azarosa y llena de luces y sombras, como es la de todos.

Ahora, en tiempos del llamado «César», nuestro gran Emperador Carlos, las cosas se ven con la perspectiva que dan los años, y aunque a veces confunda las fechas y algunos hechos, intentaré plasmar todo lo acontecido con orden, como yo lo viví junto a mi amo, y, lo que no viví, como me lo contaron, y, lo que no me contaron, como lo imaginamos entre cuartillos de vino donde el Potro o en las tiendas de los campamentos de los ejércitos de Granada, o de Nápoles, en los que tantas confidencias compartimos.

Discúlpennme vuestras mercedes estas cuitas de viejo senil y discúlpennme también que

comience la aventura con el relato de mi persona encarnada en aquel zagal salido de los arrabales de Córdoba y no con el de ese soldado, espadachín y mercenario, que tuvo a bien tomarme a su servicio, el ya conocido Vasco Cortés de Astorga. Empero, viene a colación de toda la historia y ya he recontado que la suya y la mía son vidas que van indisolublemente entrelazadas con un grueso cordel de cáñamo. Luego, permítanme esta pequeña licencia antes de entrar en el meollo de la cuestión y de narrarles cómo anduvimos por las tierras moras ayudando a ese al que las gentes bautizadas en la fe de Cristo llamábamos el rey Chico. Otrosí, gracias a esta anécdota, confieso más propia de un truhan que de un caballero —vuestras mercedes ya van conociendo a quien escribe—, puedo referir de primera mano lo que sobrevino en ese invierno del mil cuatrocientos ochenta y tres con aquellos grandes soldados que a la postre se convertirían en héroes de la cristiandad.

Enseñan los sabios que la paciencia es una virtud, mas el tiempo es oro y no conviene abusar de la misma, vayamos pues al asunto sin más circunloquios y les contaré sucintamente cómo víme embrollado en aquella estrambótica aventura.

Recuerdo el ruido de mis tripas en el cuartucho que compartía con Mateo en la Posada del Potro, despachaban mis intestinos como buenamente podían la opípara comida que había preparado la Rosarito: un devoto guiso de tarazones de carne de cabrito con lentejas sin regateo de cebolla y ajo, y unas deliciosas gachas, y unos buñuleos de miel de postre. Los aderezos de la montalbeña y los vinos dulces montillanos, aguados por el Rana, tabernero cántabro tacaño donde los hubiere, solían adormecerme el entendimiento. Dios guarde su alma bondadosa allí donde esté la Rosarito, quiero imaginar que cocinando para San Pedro o para algún otro del santoral en los reinos de los cielos. Porque a santa no llegó, mas poco le faltó en lo mundano de las cosas que no en asuntos de fe, pues de lo primero era mujer bien entendida, generosa y agradecida, y de lo segundo andaba algo escasa, sus razones no le faltaban para estar enojada con Dios.

El ventanal de mi alcoba —si es que al cuchitril plagado de arañas y cucarachas que compartía

con Mateo podía calificarse con ese nombre—, daba al corral de la posada y más allá de la tapia se atisbaban las murallas con los pendones de Castilla, de Aragón y de las Cruzadas ondeando al viento. Los martillos y las mazas de los obreros se oían de fondo pues estaban echando abajo las paredes del vetusto palacete de los Alzate una casa más arriba. Eran estos Alzate una familia de judíos que habían vendido sus posesiones con premura y habían partido hacia Portugal en busca de otros vientos, más frescos; la Santa Inquisición comenzaba a ser una institución temida en Castilla y en las Andalucías, y no eran pocos los hebreos y los conversos que recelaban del futuro tizado que se les presentaba con los Católicos —y peor que se tornaría—. Anunciaba Paco el Rana a cuantos querían oírle, últimamente era tema de conversación recurrente, que los albañiles que picaban en la mencionada casona de los Alzate venían de parte de los hermanos de la Caridad, que estos habían acordado dineros para construir un hospital en la morada de los judíos y que eso traería prosperidad a los negocios de la plaza. No se equivocaba el cántabro en sus vaticinios pues en unos años se cumplirían y el hospital daría un nuevo brío a toda la collación de San Nicolás —los enfermos siempre llevaban familiares que tenían que beber y comer—.

Entre el eco del golpeteo de los mazos y de la duermevela en que lentamente me sumía escuché súbitamente el rechinar de la puerta que abría los aposentos de Vasco, al otro lado del pasillo, y sus botas golpeando los peldaños de madera de las escaleras, crujientes, y el portazo que dio al salir. Aquello consiguió espabilarme pues significaba que no habría tareas para la hora vespertina y en algo tendría que emplear mi preciado tiempo. Tampoco es que fuese aquello una novedad, ya que poco se le veía a Vasco desde la visita del esquivo Alvarito Bargas apodado el Seco. Algo se trajinaba, aunque ni Mateo ni yo sabíamos el qué, mas el leonés no soltaba prenda. Ya les adelanto, para lo que viene al caso, que de mañana andaba mi amo enfangado en sus asuntos con el de las Hazañas, luego me referiré a ello y a tan notable personaje protagonista de esta historia. Y, de tarde acudía donde la Hinestrosa y la sacaba a pasear por las murallas del Alcázar, cerca del Guadalquivir, por el gusto de la compañía, o donde el barrio de tejadores a ver cuencos, jarras, búcaros, tinas y tinajas para su negocio, o por la puerta de Almodóvar a otear los

caballos de los egipcianos, pues era la Mora Rica excelente amazona y gustaba tener buenos percherones en sus cuadras para tirar de los carros de bastimentos, y briosos rocines para montar en las vegas del alfoz cordobés.

Digo yo que debía la dama haberle perdonado parte de sus pecados a mi amo, porque, como les mencioné a vuestras mercedes, mal habían acabado las cosas antes de las hogueras de San Juan de ese mismo año, con Berenguela despechada y Vasco mirando para otro lado. El caso era que cuando no estaba el leonés metiendo los hocicos en asuntos de señores y caballeros con el de las Hazañas, pasaba el tiempo con la bella cordobesa, y parecía haberse olvidado de sus devotos siervos.

Ya he recontado que la Hinestrosa era conocida por sus encantos y su audacia para los negocios, lo cual generaba no pocas hablillas y envidias en torno a su persona, y más desde que la pretendiese un judío avaro que había salido huyendo pies en polvorosa cuando los inquisidores comenzaron a remover ascuas de autos por las calles de Córdoba. Todo aquello desembocaría en un turbio asunto al que me referiré en otras crónicas.

Como están los tiempos... a ella le conviene tener a un hombre como Vasco calentando su alcoba, elucubraba en voz alta la Rosarito con un brillo peculiar en sus ojos—todo un acervo de sabiduría popular—; y a él le convendría sentar cabeza con alguien como Berenguela, sin duda, la Mora Rica es una hembra que puede domar a vuestro amo. Esto último lo argüía la posadera sin demasiada convicción. También oí decir al Rana, con malicia y riendo entre dientes con alguno de los de confianza, que iba Vasco a meter el dos de bastos para sacar el as de oros. A la cara no se atrevía.

Como digo, no hablaba mucho de la materia el leonés, pues para los asuntos referentes a su persona y a su corazón era retraído y esquivo como un hurón. Empero, era un secreto a voces entre los que lo trataban que de nuevo bebía de los vientos de la cordobesa, o viceversa, y si alguien osaba comentarlo en alto corríasele el carácter e íbase de la conversación.

El caso fue que aquella tarde, después de espabilarme con el resueno de los pasos del leonés, solo me hallaba en la alcoba afilando mi espada con una piedra de amolar. Mateo, una vez hubo

terminado sus quehaceres en la posada, habíase ido donde el monasterio de los franciscanos con don Anselmo para hacer de amanuense, y copiar unos escritos de medicina que habían a su vez copiado desde la misma Roma, y habían sido traídos estos por un fraile italiano que muchas nuevas narraba con el Papa enfermo y la curia en plena ebullición. Contóme el mudito la noche anterior el milagro de la doncella que plasmado quedó en las crónicas de la época y que habíale referido el citado italiano después de la oración de la tarde. Permítanme un breve aparte y comentar este hecho por lo curioso del asunto.

Resultó que unos marmoleros en Roma habían encontrado mientras cavaban una sepultura con hechuras de gran arca, con una inscripción en latín viejo y con una tapa de mármol blanco también. Dentro de ella yacía el cuerpo inerte de una doncella, decía el fraile romano que hija del filósofo Cursio en los tiempos del Gran Alejandro, sepultada trescientos años antes de nuestro Redentor, y que encontrábase la doncella cubierta con un bálsamo dorado y precioso en manera que toda la bañaba y conservaba como si viva estuviera. Estaba abierta la doncella por el higo y no tenía consigo las tripas ni lo de dentro del cuerpo extraño que son los libianos, y por allí entraba el bálsamo adentro de sus entrañas. Encontrábase desnuda y tan fresca y tan hermosa como si estuviera viva. Lleváronla los marmoleros fascinados a Roma y la clerecía la puso en una estera con mucha enjundia en el Capitolio para que las gentes vieran aquella cosa maravillosa, sin duda un milagro divino, pues no parecía que en aquel punto había acabado de espirar la moza. Le quitaron los clérigos las manillas de oro, y anillas, y otra mucha riqueza que tenía consigo la doncella, y en la estera no tenía sino una albadena de seda tocada con una franja de oro. También todo el bálsamo le limpiaron y recogieron por ser cosa de gran valor. Al cabo de tres días de limpiarla se corrompió la carne y comenzó a oler mal como recién muerta, y los mismos que la llevaron al Capitolio hicieron una pira y la quemaron.

Cavilando sobre el milagro de la doncella romana y los marmoleros que la encontraron, seguía un servidor puliendo el acero como había visto hacer al leonés, amolando de abajo a arriba, una pasada, otra y otra. Ras, ras, ras. A esas alturas ya con el diablo detrás de mi cogote matando moscones y lo que se terciase con el rabo, pergeñando como alegrarme la tarde del tedio que se

avacinaba. Comenzaron entonces a oírse los gemidos y gruñidos habituales, justo debajo. A buen seguro que Paco el Rana ejercía de servicial esposo y la Rosarito respondía con holgura pues parecía una hembra incansable en aquellos menesteres; quería el matrimonio dejar descendencia en este mundo, aunque Dios aun no los había bendecido con la semilla divina de la vida, y aprovechaban cualquier momento de solaz para desatar sus pasiones.

Fue justo después de un quejido agonizante del posadero que una piedrecita golpeó el ventanuco que daba a la plaza y por cuyas rendijas, la madera del marco estaba carcomida, entraba un frío de mil pares de demonios, sobre todo cuando el hogar de la cocina se consumía. A la primera piedra le siguió una segunda y una tercera. Toc. Toc. Me levanté, abrí el postigo y di un par de pasos para fruncir el ceño y atisbar como los desarrapados de Martín el Morenito y Alonso el Ventoso preparabáanse para lanzar otro proyectil aupados al poyete de la fuente.

Hiciéronme gestos para que bajase y asentí con la testa, como ya recuento nada mejor tenía que hacer. El diablo ya había echado los dados y reíase jubiloso del embrollo que estaba tejiendo y en el que iba a meterme de cabeza hasta los sobacos.

II. Isabelita

Me ceñí la espada al cinto, de rapaz siempre me gustó aparentar, y creyendo que clamaban por su ración de comida fuíme primero a la cocina y acopié las sobras en un cubo, y, en lugar de echárselas a las gallinas o a los canes, enfilé a buscar a los correcales. Buen acuerdo teníamos en que yo los proveyese de pellejos, huesos con carnes y otros restos cuando pudiese, y ellos mantuviesen sus zarpas y sus maldades fuera de la Posada del Potro, y, a ser posible, eso no lo sabían ni la Rosarito ni Paco el Rana, diesen por culo a los Gutierre y la Catalana al otro lado de la plaza.

En cuanto crucé el umbral del portón de madera y tachones de herrumbre que abría la posada, saltaron de la fuente y corrieron hacia mí, a punto estuvo el Ventoso de caerse con la verdina, y no era cara de hambrientos la que tenían, sino de susto. Y, para que estos dos rufianes se asustasen algo gordo había tenido que acaecer.

—Deja el cubo —me conminó Martín apodado «el Morenito» por lo oscuro de su piel y de su cabello. Tenía el rostro surcado por arañazos y cicatrices, y una constitución de galgo famélico. Una primavera más que yo decía que tenía, pero le sacaba un palmo al bribón y yo le mentaba «chicuelo» para enrabietarlo—. Esta vez no hemos venido a que nos des las sobras de los capones, Lucas, ni a maliciar de los Gutierre, de otra cosa se trata —hablaba atropelladamente como era rasgo en él.

Fruncí el ceño y arrugué el morro, nada bueno podía venir de aquellos pillastres salvo meterme en líos pues sabido es que con quien perros se echa con pulgas se levanta. El Ventoso

no dióme tiempo a responder ni a que tomara cordura en aquel asunto y me fuera de vuelta a mi cuchitril a contar moscas y amolar el acero. Otrosí, ya me picaba la curiosidad.

—Lucas, necesitamos que nos ayudes. Han cogido a la Isabelita —anunció el grandullón. Aunque bautizada como Carmen, todos llamaban a la moza así, Isabelita, luego tenía la piel de porcelana, el cabello trigueño y los ojos de un azul celeste, como nuestra reina.

Para ponerlos en situación, les resumo que Isabelita formaba parte de la cuadrilla del Morenito y del Ventoso, junto con el tartamudo del Cuco. Eran estos cuatro una curiosa gavilla, cada uno especializado en sus malas artes o en el arte de llevarse una comida al buche o unas monedas al morral, como ellos decían. Bien sabía yo lo que era aquello de vivir en el filo de la navaja, picardeando, hurtando y corriendo por las calles, y no lo echaba de menos. Las sucias moscas nunca pican sino los bueyes magros y flacos.

Martín el Morenito era el que ponía cordura y sesos al asunto, el Ventoso su mano derecha, Luis el Cuco solía emplearse para dar lástima en las iglesias por lo feo de su rostro y su voz temblorosa, e Isabelita, hacía un poco de todo.

—¿Qué le ha pasado a Isabelita? —inquirí con cierta aprensión, le tenía aprecio a la niña. Eché una ojeada a la plaza, poca gente más había, salvo los obreros de la casona de los judíos y dos estudiantes rezagados y fregones, de los de mantellina y panzas al trote, que andaban aparecidos por la venta de la Catalana y los Gutierre para engullir de tarde—. ¿En qué lío se ha metido esta vez?

Elucubraba que Isabelita solía vender flores en el paseo de la muralla y leer la mano a las damas en los festejos; tal fama tenía esta que los petimetres que las rondaban habían tomado costumbre de darle unas monedas para que viera sus nombres en los delicados surcos de sus pretendidas. Eso, en primavera, en invierno limosneaba en las escaleras de la Catedral y de las parroquias de las collaciones de la Villa, donde iban las gentes de bien y con dineros, y ayudaba a los otros cofrades del estafón en sus correrías haciendo de cebo con los viejos verdes o de inocente niña con las alcahuetas y damas que acudían a los mercados. Era nuestra Isabelita una moza vivaracha y de buen carácter a la que ciertamente tenía en estima pues no pocas veces

había compartido sus viandas con Mateo y un servidor sin que se lo pidiéramos más que con la mirada.

En verdad, los tenía en estima a todos ellos, aunque en aquellos tiempos me costase reconocerlo. Y, desde que acudían los traspillados a comer las sobras de los perros, pues casi siempre caía algo bueno —un trozo de muslo de pichón, vísceras de conejo o un repollo—, me veía como una especie de protector de esos desgraciados. He de confesarles a vuestras mercedes, si no lo han adivinado ya, que mi naturaleza siente predilección por las causas perdidas, algo que no ha hecho más que meterme en líos, empero, siempre ha merecido la pena tal inclinación, pues al final uno tiene que creer que hace algo bueno entre tantas adversidades que le tocan vivir.

—La ha cogido el Pilatos, un hideputa de aquí te espero, uno de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor —respondió el Morenito dando pasos nerviosos adelante y atrás, comiéndose las palabras.

—No lo conozco, ni de oídas —respondí posando mis pulgares sobre la cuerda que sostenía mis calzas, aun dudando si mejor me tendría a cuenta volver a mi camastro y terminar la digestión y dejar a estos con la palabra en la boca.

—Es un bruto mangurrián —aclaró más atropelladamente de lo que era habitual en él—, un cornudo que llegó después de lo de Lopera y se ha hecho un nombre entre los borrachuzos y la calaña que acude a las timbas...

Uno de tantos, pues encontrábase la ciudad plagada de hombres de armas, soldados y mercenarios dispuestos a talar las tierras de los moros a cambio de fama y unas monedas de plata o vellón (eso dependía de la suerte y la pericia de cada uno) con las que beber, putañear o jugar a dados y naipes, antes de volver a dar por culo a los infieles pues así lo habían ordenado nuestros reyes.

—Tienes que ayudarnos —clamó el Ventoso, tirándose un sonoro cuesco, era su costumbre a cualquier hora del día y bajo cualquier circunstancia y menester.

—Por Cristo, Ventoso, qué peste a puerco... —hice un aspaviento con la mano.

—Sabes que no puedo evitarlo... y más cuando como ajo —rio enseñando unas paletas de

ratón con ese aire de zurumbático y alelado. Se rascó su media oreja diestra como siempre hacía cuando estaba de chanza; había perdido un cacho cuando un zapatero iracundo le rebanó la carne con un puñal afilado al intentar afanarle unas alpargatas. Era un ser de escaso entendimiento Alonso el Ventoso, empero, sabía utilizar la fuerza bruta y cumplía las órdenes del Morenito a rajatabla, y, eso, en las calles, entre tantos chanflones, chirles, traspillados y caninos, era algo que contaba y mucho. Ya se lo jura un servidor.

—Cuéntame qué ha ocurrido, Morenito —me aparté del Ventoso, y cogí al otro del brazo para que dejase de moverse como una lagartija. Sabía que el Morenito sentía algo más que aprecio por Isabelita—. Sin comerte la mitad de la historia...

Suspiró hondo el chicuelo antes de hablar como calibrando sus pensamientos y sus palabras.

—Fue ayer la Isabelita con el Cuco al ensanche de Paraísos al caer el sol, pues los zampalimosnas que frecuentan esa plaza habían ido a los tejadores donde el mercado de los martes —era práctica habitual que si unos malandrines dejaban espacio, otros correcales lo ocupasen y en esos menesteres estaban mis compadres siempre ojo avizor—. Jugaban a los cubiletes, ya sabes que tiene las manos rápidas y que la sonrisa de Isabelita roba fácilmente las voluntades de los viejos —asentí, tanto el Cuco como Isabelita eran de dedos ágiles, pero no pregunté por lo de los viejos por no interrumpirle pues ya hablaba de carrerilla otra vez el Morenito—. Estaban de racha y habían ganado unas monedas, mas el Cuco tuvo que ausentarse para echar un mojón en uno de los callejones, ya sabes como de barrunto se pone cuando le dan las cagaleras... —asentí, ya lo sabía, y le hice un gesto para que siguiera obviando esos detalles—. Fue entonces cuando salió el Pilatos de la taberna del Bureo con otros dos sirvientes de los Carpio; bien azumbrado de orujo iba el gañán cuando se acercó a la timba y comenzó a perder blancas ante la Isabelita que sonreía sin recato alguno cada vez que conseguía engañar al mangurrián y su cuadrilla.

Podía imaginarme a la mocita con esa sonrisa pícara moviendo cubiletes, y esas formas de mujer que le habían salido en tan poco tiempo y que tanto llamaban la atención.

—Los borrachines que se habían juntado en corrillo se reían del Pilatos clamando a nuestra

Isabelita y su astucia, pues resultó que el hideputa había desplumado a unos cuantos en una partida de naipes donde el Bureo y tenían ganas de revancha —aprovechó el Ventoso para volver a tirarse un cuesco y meter baza en la cuestión bajo la mirada reprobatoria del Morenito.

Aunque prohibidos por la Corona y por la gracia de nuestra reina Isabel, había promulgado esta latigazos para aquellos que fueran cogidos jugando a naipes o a dados, ya les he recontado que no eran pocos los que se saltaban la veda, sobre todo cuando había vino de por medio calentando la sangre y en determinados lares donde corchetes y alguaciles hacían la vista gorda.

—El caso fue que el Pilatos se fue de Paraísos con el rabo entre las piernas rezongando por lo bajini que esa chicuela se las pagaría.

—Y así fue que cenamos caliente... —terció el Ventoso secándose los moquillos con la manga de la ropilla.

Le dio una colleja a su compinche el Morenito para que callase, pues quería él por tener buena labia acaparar la conversación y por ser Isabelita santa de sus devociones.

—Pasado el mediodía de hoy —continuó Martín el Morenito apretando la mandíbula—, mientras nosotros andábamos de iglesias... en las calles aledañas a la alhóndiga estaba laborando Isabelita con el Cuco, ya sabes a lo que nos referimos...

Asentí con la cabeza, cruzado de brazos, pues aún no adivinaba dónde querían ir a parar esos zarrapastrosos a los que había tenido por amigos desde que tenía uso de razón y entendimiento, y que ahora venían a pedirme ayuda más allá de que les diese un cubo con los restos para las gallinas y los perros. De sobra sabía de las artes de Isabelita y del Cuco. Como ya recuento tenían manos ligeras para los cubiletes y también para sacarles muy salvo los tuétanos de la faldriquera a cuantos mercaderes, sirvientes, golillas, escribanos, damas y ayas frecuentaran la alhóndiga cordobesa. Claro que sabía perfectamente de qué iba la vaina pues lo había presenciado en incontables ocasiones: un encontronazo, una sonrisa y una disculpa, mientras el otro metía y sacaba la mano a la velocidad de una centella, con la suavidad de un guante de seda, y un ojo puesto en los guardias y otro en su presa. Ay, bien sabe Dios que en la calle quien no hurta no vive, pues del aire puro uno no se sustenta.

—El caso fue que la mala fortuna quiso que el Pilatos anduviera con sus compadres comprando grano para hacer pan en la tahona de sus señores.

—Muy mala fortuna —eructó el Ventoso echando olor a ajo.

Le propinó otra colleja el Morenito, que le llegaba por la barbilla pero que siempre supo imponerse a su compadre.

—Y, cuando vio a la Isabelita sola, convencióla el malasangre para que fuese con ellos donde el ensanche de los Paraísos a echar otra timba y resarcir su honor mancillado. Isabelita no se amedrenta ante los mangurrianes de medio pelo y quiso esta de nuevo darle su merecido —asentí comprensivo al Morenito, sabía del carácter díscolo de la moza—. Mas las cosas se complicaron... En cuanto subió al carro le dieron un buen trago de un pellejo, y estuvieron agasajándola con viandas y más vino o lo que hubiera dentro del pellejo, pues decía el Cuco, es observador avezado, que ninguno de los otros probó el pellejo. Y, cuando estaba bien azumbrada metieronla los fideputas en un callejón de la judería detrás de la bercera, la amordazaron y ataron de pies y manos con destreza de truhanes, y la enfundaron en un saco de arpillería, apenas pudo la Isabelita revolverse pues eran cuatro contra uno.

—¿Y el Cuco? ¿No hizo nada?

Se encogió de hombros el chicuelo.

—Ya sabes que no es valentón... sino más bien lo contrario.

—Lo suyo es ver, oír y callar... y contarnos lo que ve y oye —apostilló el Ventoso rascándose su media oreja—. No le sobran arrestos cuando la cosa se complica.

Apreté la mandíbula y exhalé en un gruñido acariciando el pomo de mi espada, como había visto hacer a mi amo antes de enfrentarse a los malos. Pintaban bastos para Isabelita, eso lo tenía meridianamente claro. Esos facinerosos, sabe Dios qué le estarían haciendo a la mochuela; de una correcales como era, pocos se preocupaban, solo sus compañeros de cuadrilla. Y, en el fondo, aun con ropas limpias y comida caliente, todavía me consideraba uno de ellos.

Empero, siempre podía argüir que no eran mis asuntos, cavilaba en mi interior sopesando las cuestiones de aquello que me contaban.

—¿Dónde se la han llevado? —dije después de unos latidos en los que al Morenito casi se le saltaron las lágrimas y el Ventoso... bueno, era el Ventoso por algo.

—A la casa de los Méndez de Sotomayor —dijo Martín sorbiendo moco—. El Cuco anda por allí apostado por si la sueltan.

—Será mejor que vayamos a dar parte a los corchetes o al alguacil —apunté a sabiendas de la respuesta.

Negó con la cabeza el grandullón del Ventoso.

—Ya lo hemos hecho y nos han respondido los sayones alzando el garrote y mandándonos al infierno, que dicen que bastante tienen ya con las guerras de los reyes y mantener el orden con tanto soldado y hombre de armas suelto por las calles.

—Tienes que ayudarnos, Lucas, por favor... —no se arrodilló, mas poco le faltó a Martín el Morenito para hacerlo, orgulloso como era, solo bajó un poco la cabeza en un gesto de sumisión más al destino que hacia mí, y se miró la calceta que le salía de un agujero en las alpargatas. Pude atisbar la angustia asomando por el semblante del chicuelo. Tragó saliva y se movió su nuez. Por mi retina pasaron fugazmente los ratos de solaz que pasamos bajo el puente jugando al toro y a caballeros y moros, y también cuando vinieron los reyes por primera vez fuimos juntos afanar en el desfile, y cuando se liaron a pedradas con la gavilla del Malaespina, descalabrando a unos pocos que nos querían batanar las costillas a patadas para quitarnos unas monedas que habíamos ganado Mateo y yo vendiendo carne podrida.

De nuevo apreté la mandíbula, el corazón golpeando el pecho con fuerza. En mi mocedad ya he mencionado que tenía pensamientos de caballero y de emular a mi amo con el manejo del acero. Y, lo de las causas perdidas. Empero, aun no veía con claridad como podía ayudarles, aunque los arrapiezos ya lo tenían todo repensado.

—Y lo haría con gusto, Morenito, y más con nuestra Isabelita de por medio, pero no atisbo cómo puedo ser de utilidad en este menester. Quizás debería hablar con mi amo... —carraspeé—. Quizás a él le tengan cuenta los corchetes...

Sonrió el Ventoso con picardía, mas quien habló fue el de la tez cetrina también enseñando

sus dientes.

—Sabemos que eres bueno con los clavos... forzando cerraduras.

Enarqué una ceja y entorné los párpados.

—Tienes habilidad para eso —convino Alonso el Ventoso.

—Como sabéis... —no pude terminar la frase.

—Una noche de verano dio la casualidad que andábamos sin sueño, refrescándonos en esta misma fuente... —explicó el chicuelo alzando el cuello—, y salisteis furtivos de la posada... te seguimos junto con a ese que llamas amo —hizo un mohín de desagrado cargado de envidia—, y os vimos forzar la puerta falsa de la casona de los Guzmán y después la de los Cea sin aparente esfuerzo. No sé el motivo pues no entrasteis y las cerrasteis tal cual estaban...

El motivo era bien simple mas cerré el pico ya que no venía al caso. Les recuerdo que cuando conocí a Vasco me vio este abrir la casa del viejo López con unos clavos torcidos, y, tiempo después, quiso aprender el arte mecánico del ladrón, luego en su oficio tales habilidades de dedos a muñecas son bienvenidas.

—Y, después, abristeis la del palacio de los Méndez de Sotomayor —añadió el Ventoso.

—En apenas dos parpadeos —matizó Martín el Morenito mordiéndose el labio superior—. Y, estoy seguro que podrías volver a hacerlo para rescatar a nuestra Isabelita.

Aspiré hondo hinchando mi pecho. No podía negarme a salvar a una damisela en apuros. Como en las historias de caballería que se oían en las plazas de boca de los juglares, allí iría yo en ayuda de los desamparados; mas ya les adelanto que la cosa terminó conmigo desamparado y buscando refugio en mitad de la noche.

III. La casona de los Carpio

Aún no había llegado la hora del ángelus y recogíanse las gentes de las calles pues habíase levantado un viento fresco de mil demonios y el cielo habíase encapotado de un gris plomizo amenazante de descargar lluvia. Me subí las solapas del jubón mientras caminábamos entre las sombras crecientes del crepúsculo subiendo por la cuesta de la Feria que partía la ciudad en dos, rodeando la muralla vieja por el Arco del Portillo hacia la trasera de la casona de los Méndez de Sotomayor, señores del Carpio por la gracia de Dios —y de Fernando de Castilla el tercero de su nombre—, y cuyo cabeza de familia era un caballero de los veinticuatro del concejo. Mas en aquellos detalles ninguno pensamos, pues nuestras cabezas menudas laboraban cómo sacar a Isabelita de aquel atolladero.

Agazapado tras las ruedas de un carro cargado de vasijas de aceite vacías hallábase el Cuco. En cuanto nos vio hizo ademán con la mano para que nos acercásemos. Era un niño de formas raras Luis el Cuco, de cuerpo y brazos alargados, pero de piernas cortas y combadas, y andaba metiendo los pies para adentro, lo cual hacía que no pudiera correr todo lo bien que debiera.

—Has ve...ve... venido, Lucas... —me palmeó el hombro tartamudeando cuando me agaché junto a él. Esbozó un mohín parecido a un atisbo de sonrisa, pero se notaba que tenía cierta zozobra—. Era el único que...que... no lo dudaba.

Carcajeó por lo bajini el Ventoso desviando la mirada y Martín arqueó las cejas como diciendo es lo que hay.

Siempre fue peculiar Luis el Cuco, y muy dado a hablar a destiempo y a que sus pensamientos

fueran traslúcidos.

—¿Qué has visto? —inquirió el Morenito al Cuco poniéndole una mano en el brazo para tranquilizarlo.

—Deben de...de... estar de fa...fa... farra por ahí dentro. Han metido a dos...dos...dos pelandruscas hará un rato —se rascó la entrepierna con fruición. Tenía el cabello largo, grasiento y con liendres, las calzas rotas, y los dedos negros y la cara llena de granos supurantes y de mugre, como sus dos compinches. Por un momento me vi reflejado en aquel pillo, luego, como digo, yo lo fui durante mucho tiempo—. Dicen en la...la... barbería de ahí detrás que los se... se... señores no...no...no... están y que el Pilatos y su cuadrilla vi...vi...vi... vigilan el palacete pues el resto de sirvientes están recogidos en sus casas, y aprovechan la coyuntura para fornicar como perros... —consiguió articular de corrido vaciando el aire de su pecho—. Se lo he escuchado a uno que le estaban rapando la cabeza.

Frunció el ceño el Morenito y yo lo imité oteando la plaza, los esquinaos y, más allá, el portón de los Méndez de Sotomayor que se abría al ensanche. No había candiles, ni hachotes, ni moros en la costa, y la noche casi había ganado la partida al día. Aún así necesitaba algunos minutos para practicar la mecánica de mi arte.

—Poneos en las esquinas y vigilad —ordené a los muchachos como si fuera el jefe de la gavilla.

Desplegaron los chicuelos por la plazuela con el sigilo de los gatos nocturnos, bien pegados a la cal y ojo avizor. Me acerqué al portón palpando los clavos dentro de la faldriquera que colgaba de la cuerda que sujetaba mis calzas. Suspiré hondo, me arrodillé y pegué la oreja a los maderos tachonados de acero. Ningún sonido venía de dentro. Con mi vista ya acostumbrada a las sombras escogí un clavo torcido que se asemejaba al tamaño del hueco de la cerradura e hice palanca con otro más menguado. Clic, clic, clic. No había acertado en mi elección. Rebusqué de nuevo metiendo los dedos en la bolsa cuando alguien chistó a mis espaldas.

—Viene alguien —susurró el Morenito.

—Escondeos —exclamé, haciéndoles al resto gestos con las manos. En menos de un suspiro

cada uno estaba mimetizado en un rincón, detrás de una rueda de carro o a cubierto por las sombras de un soportal.

Cloc. Cloc. Cloc. Resonaba por las callejuelas el golpeteo de las herraduras de un équido sobre el empedrado. Delgado como era de constitución, me apreté contra la pared en el hueco del portón, pues con la oscuridad de la noche el jinete no repararía en mí si tomaba este camino. Y, así fue, ya que al poco pasó un hombre embozado montado en un jamelgo con las alforjas cargadas de verduras. Vestía con hábitos de la clerecía franciscana y tenía las ropas manchadas de barro. Con la vara le dio en la grupa a su montura que, rebuznando quejosa, enfiló a buen paso hacia el Arco del Portillo. En cuanto lo perdí de vista en el siguiente esquinazo retomé la tarea encomendada.

—Date prisa —susurró el Morenito desde su escondrijo—. Alguien podría vernos.

Tenía el chicuelo los nervios crispados.

—Deja de dar por culo —respondí desabrido. No podía culparle por sus prisas, empero todo arte requiere su tiempo, sobre todo el del latrocinio.

Me froté las manos pues el frío y el viento arreciaban, y escogí una tachuela de menor tamaño y de nuevo hice palanca con delicados y precisos movimientos. Clic. Clic. Ahora sí. Esbocé una sonrisa interior, de orgullo, y sentí como la cerradura cedía a la presión que ejercía con mis dedos sobre las escarpas. Empujé levemente haciendo chirriar los goznes de la puerta, esperé unos latidos agazapado entre las sombras, mi corazón golpeando las costillas a ritmo de tambor. Asomé la cabeza y atisbé un pasillo en penumbra con la tenue luz de un candil de aceite titilando al otro extremo. De fondo se oían las voces y risas de la jarana que habían montado los facinerosos.

Al poco caminábamos los tres por aquel pasillo, pegados a la cal de las paredes, al Cuco lo habíamos dejado vigilando el portón y cuidando que no se cerrase y se nos fodiese la huida. Llevaba el Morenito un pequeño puñal en su mano diestra, ya se lo había visto más de una vez, y el Ventoso un tirachinas y varias piedras que había sacado del empedrado arracimadas en un hatillo. Al fondo del corredor giramos a la izquierda. Levanté la mano y escuchamos los sonidos

de la casona, el crujir de los maderos de las vigas y el ulular del viento que se colaba por alguna rendija. Hallábamonos sin duda en los barracones de la servidumbre, pues había cuartos con las puertas abiertas y varios jergones dentro. Avanzamos sigilosos por la siguiente galería guiados por las voces de jolgorio hasta llegar a una corraliza de medio celemín que daba a las cuadras y a un portón atrancado por dentro con grandes maderos por el que entraban los carros a la casona.

La puerta de las cuadras estaba entreabierta y salía de dentro un haz de luz que iluminaba una cuarta parte del patio, desde las caballerizas a la fuente con el abrevadero, donde había dos carretas cargadas, una con fardos de trigo y otra con heno.

A un gesto mío, no quedaban dudas de quien comandaba la cuadrilla, seguimos avanzando entre las sombras, el vendaval levantando las hojas de las higueras que tapizaban el suelo y que amortiguaban nuestros pasos.

—Ventoso, álzame a potro para asomarme —le susurré haciendo un gesto hacia el ventanuco, en el flanco de los establos. De dentro venía el eco de risas estridentes y chanzas.

Agachóse el Ventoso para que pudiera sentarme a horcajadas sobre sus hombros. Con una breve exhalación seguida de un cuesco maloliente se irguió y logré asomar la cabeza por el hueco.

Desde luego que estaban de farra los hideputas.

Cerca de las puertas sentábase sobre una pila de paja un hombrecillo muy pequeño de estatura y enjuto, de la edad de mi amo debía ser aquel enano, de piel morena y cuarteada, cabezón y descalzo, que tocaba la mandola con destreza. Dos mujerzuelas visiblemente ebrias danzaban en mitad del albero, sobre la paja y la mierda apelmazada, al son de los acordes y de las palmas que hacían los otros tres sirvientes que se pasaban el pellejo de vino dando tragos largos. Levantóse una de las pelandruscas el faldón para enseñar una entrepierna velluda y la otra siguióle la gracia subiéndose la camisola hasta enseñar unos pechos generosos y flácidos, lo cual caldeó los ánimos de los vellacos, pues uno de ellos tiróla del brazo cayendo ambos al suelo a trompicones entre las carcajadas estentóreas de sus compadres.

Pronto localicé a Isabelita dentro de uno de los establos vacíos, estaba la pobre acurrucada

hecha un gurrño, con el cabello sucio y salpicado de paja. Me percaté de que tenía una cuerda anudada al cuello y de que el otro extremo terminaba en las manazas de un hombre de expresión zafia, anchos hombros, barbudo y de larga cabellera plateada que, sentado sobre un taburete, reía batiendo su mandíbula rítmicamente. Cavilé que debía ser aquel el hideputa del Pilatos.

El bruto que estaba sobre la cantonera, in puribus ya de cintura para arriba, besaba con complacencia sus pechos de vaca añosa.

—¡Ay! —gritó ella mientras la otra seguía brincando como si fuera la bruja de un aquelarre—. ¡Me habéis dado un mordisco!

—¡Y más que os voy a dar! —rio abriendo mucho los labios, le faltaban unos cuantos dientes—. ¡Esperad a que me encabrite! —se pasó la lengua por el hueco de sus paletas.

Tiró del cordel el de la mirada zafia e Isabelita se incorporó alargando el cuello. Parecióme que su rostro estaba vahído de vino y tenía la expresión ausente mas luego me contó que estaba azumbrada de caldos desde el mediodía. Aun llevaba las abarcas puestas, las calzas y la ropilla le cubría el torso, empero, tenía un buen moratón en el pómulo diestro.

—¡Preparaos, niña, que os tocará danzar cuando estos putones se cansen! —gritó el Pilatos secundado por las risas de sus secuaces.

Se dejó caer Isabelita de nuevo sobre la paja, de costado dio un par arcadas y echó por la boca todo lo que había en sus tripas en forma de una masa viscosa y amarillenta.

Toqué la cabeza del Ventoso y me bajó.

—¿Has visto a Isabelita? —inquirió el Morenito con premura.

—La tienen ebria de vino y con un moretón en el rostro —respondí en un susurro. Apreté los puños el Morenito—. Por lo demás... —ambos sabíamos a qué nos referíamos, pues las calles eran duras como pedernales y enseñaban de la vida más de lo que debieran aprender unos zagales de nuestras primaveras—. Parece que no le han tocado un pelo.

—¿Qué hacemos? —preguntó el Ventoso palpándose el tirachinas que llevaba sujeto con el cordel que le sujetaba las calzas.

—Los distraeremos y entraremos a por Isabelita —era lo único que se me venía a la mente

pues pocas alternativas más sopesaba. Mochuelos como éramos no podíamos presentarnos por las bravas a pedir por nuestra amiga, armados con un tirachinas, un puñal y una espada corta que más parecía un cuchillo.

—¿Distraerles? —quiso saber el Morenito rascándose una costra del brazo con fuerza, en carne viva se le quedó—. ¿Cómo propones hacerlo?

Atisbé a mi alrededor los elementos que Dios me había dado para llevar a cabo aquella empresa y elucubré un plan en apenas tres parpadeos. El Morenito y el Ventoso me miraban expectantes, como soldados devotos dispuestos a cumplir las órdenes más descabelladas para ganarse el favor de sus señores —una mirada que en años venideros tan bien conocería en los campos de Granada y de Nápoles—.

—Ventoso, ve donde el pasillo, coge el candil... y prende la paja del carro —sonrió el rapaz con malicia, pues no había nada que le gustase más al Ventoso que hacer una buena candela—. Aguarda luego tras aquella ventana para cubrimos llegado el caso —tenía una puntería soberbia el Ventoso, digna de un espingardero real; lo había visto abatir ratas en penumbra junto a la noria de la albolafia a no menos de veinte pasos. Donde el chicuelo ponía el ojo, ponía la piedra—. Morenito, quédate conmigo. Cuando empiece el revuelo entramos y soltamos a la Isabelita. Habrá que hacerlo rápido, pues solo hay una puerta.

Asintió moviendo la testa, se rascó las liendres del cogote y preguntó:

—¿Y después?

Tenía el Morenito algo más de cabeza que el Ventoso.

—Después, corremos como condenados.

Me santigüé y me encomendé a Dios como había visto hacer a mi amo, pensé que quizás tuviera que agenciarme una cruz de madera para estos casos, y me junté pegado a la pared, agazapado, sintiendo el aliento y la respiración agitada del Morenito en el cogote.

Les recontaré con brevedad a vuestras mercedes, para que no se queden con el gusanillo, lo que acaeció en el corral del palacete de los señores del Carpio, pues como ya les digo

interesantes fueron las consecuencias para mi persona. Mas ya les adelanto que logramos rescatar a Isabelita y salir sin apenas daños, salvo el moratón que ya tenía en la mejilla la moza y una mala torcedura de tobillo. Poco fue para lo que pudo haber pasado.

Resultó que cada cual se dispuso a hacer su función según lo planeado, luego las cosas no siempre salen como uno lo pergeña en sus pensamientos, y a veces el diablo ordena otra suerte. Más o menos fue como lo narro. El Ventoso prendió fuego al carro cargado de heno, los facinerosos sirvientes de los Méndez de Sotomayor salieron de las cuadras gritando como demonios y, para animar el teatrillo, una ráfaga de aire avivó las llamas hacia una de las ventanas abiertas que daban a las cocinas y allí prendió también un mantel de lino que resguardaba una mesa de pino que otrosí fue pasto del fuego. Mientras esto ocurría y las mujerzuelas y los hombres afanábanse en llenar cubos de la fuente para apagar la pira y que la casona no les ardiera, pudimos entrar en los establos sin que nadie se percatase de ello.

A esas alturas las mulas y los bueyes que ocupaban los pesebres del fondo se habían despertado con el crepitar de las llamas, con el olor del humo y con el alboroto, y mugían y relinchaban coceando los maderos haciendo la escena aún más rocambolesca, y los palomos zureaban y agitaban sus alas saliendo desde las vigas de las alturas, cayendo sus plumas sobre nuestras cabezas.

Apresuróse entonces el Morenito en cortar el cáñamo que ataba a Isabelita por el cuello, dióle un par de bofetadas para que la mochuela reaccionara y echóle un cubo de agua para que espabilase. Brotó de sus labios una ligera sonrisa cuando percatóse de lo que ocurría y levantóse presta a salir de aquella encerrona. Parecióme que nuestra presencia le insufló ánimos renovados y pronto se dispuso a emprender la huida. Mas yo habíame vuelto hacia mis compinches dejando la puerta a mis espaldas y no advertí que el malasangre del Pilatos estaba allí haciéndose una componenda de la situación y asiendo un garrote que sería como yo de alto.

—¡Malditos demonios! —bramó, alzando la porra y dispuesto a abrirme la crisma—. ¡Os voy a mandar al infierno!

Abrió el brazo el hideputa y con un medio giro de su cuerpo intentó asestarme un mamporro

que esquivé saltando a un lado. Me libré por un parpadeo, empero, trastabillado caí en un establo vacío. Poca escapatoria tenía allí espatarrado en aquel cubículo así que, apreté los dientes, desenvainé mi acero en cuclillas y que fuera lo que Dios dispusiera. Y, lo que dispuso fue desencadenar la ira del Pilatos.

—¡Vas a saber lo que es bueno! —gritó encolerizado lanzando espumarajos de babas por la boca—. ¡Echaré tus tripas a los perros y después yaceré con esta puta alcoholada!

Por puta alcoholada se refería a nuestra Isabelita. Fue entonces cuando la mochuela se dio por aludida y emitió un gemido bronco, como una bestia herida y acorralada, y asió firme la garrocha de los bueyes y corriendo le dio en las pantorrillas al hombretón que intentaba matarme, de eso no tengo duda, a base de garrotazos. Se dio la vuelta el Pilatos y alzó de nuevo la tranca, empero la garrocha de Isabelita era más larga y la chiquilla la manejaba como si fuera una lanza, intentando pincharle el vientre, en el pecho o en el rostro. Consiguió mantenerlo en vilo mientras el Morenito sacaba el cuchillo del costado y trataba de trincar la pantorrilla del Pilatos por su flanco diestro, mas era este soldado bragado y le propinó un estacazo en el hombro que hizo que el trotacalles reculase dolorido tomando resuello. Todo esto pasó en no menos de diez latidos; luego, estas cosas, al contrario de lo que se recuentan en los libros de caballería, se resuelven rápido o no se resuelven. Había que salir de allí cuanto antes, colegí, pues cuando los otros compinches se percatasen de lo que ocurría no tendríamos escapatoria alguna.

No les diré a vuestras mercedes que tuve un duelo glorioso con aquel hideputa del Pilatos, eso sería lo que se narraría en una comedia en las corralas, luego también sería mentirles vilmente. Mas mi arrojo me llevó a asir con las dos manos la herreruza, cerrar los ojos, apretar los dientes, tensar músculos y pincharle la punta de mi espada en el culo a aquel mangurrián, en no menos de tres dedos quedó clavado el pincho. Revolvióse el malquisto aullando de dolor, lanzando el garrote al techo con tan mala fortuna para él, y buena para nosotros, que al caer la tranca le golpeó con el grueso en la sien y quedóse gimiendo de dolor, medio pasmado y revolcándose entre la mierda y la paja.

Afuera, los sirvientes de los Méndez de Sotomayor y las pelandruscas ya habían sofocado las

llamas en su mayor parte a base de cubetazos, y alertados por el estrépito y los gritos volviéronse hacia las cuadras justo cuando corríamos por mitad del patio.

—¡Quiénes diablos son estos mochuelos! —gritó el enano, el que tocaba la mandola, contorsionando su rostro en una extraña mueca, acercándose en dos pasitos a la puerta entreabierta de los barracones.

Los otros dos nos cerraron el paso con cara de pocos amigos, empuñando una hoz y una maza, pues oteaban a la Isabelita y ya se olían de qué iba la vaina. Y de dónde venía el fuego. No había que ser bachiller para atar cabos.

—¡Cogedlos! —gritó una de las busconas que, corriendo desde las cocinas, se había asomado por la puerta de las cuadras—. ¡Han herido al Pilatos! ¡Está sangrando por el culo!

Por Cristo, que la situación se tornó espinosa y avanzaban los facinerosos hacia nosotros con intenciones malvadas, y, si no fuera por las pedradas que les lanzó el Ventoso, a uno le dio en el costillar y a otro en el cuello, nos hubieran ensartado como a perros o machacado como nueces, pues Isabelita ya se había desprendido de la garrocha, y el puñal del chicuelo y mi acero no parecía amedrentarlos. Empero, el Ventoso creó una distracción que fue suficiente para que saliésemos de allí como alma que lleva el diablo.

IV. Noche de perros

Las cosas no habían hecho más que empezar, créanme, y se precipitaron aquella noche tempestuosa de finales noviembre, y de qué manera, pues ya les digo que marcaría mi destino más inmediato y me haría cruzar el tránsito de muchacho a hombre en menos de lo que cantaba el gallo. Les cuento lo que ocurrió para que vuestras mercedes calibren como los caprichos de la suerte pueden determinar la vida de un muchacho.

Poco debía haber pasado la hora de vísperas, y corría un servidor como alma que lleva el diablo. Desde el Arco del Portillo atravesaba la Villa, el filo de mi espada aun empañado en sangre, mi corazón palpitando en mis sienes, y los sirvientes de los Méndez de Sotomayor apresurados tras mis pasos clamaban a los corchetes de viva voz. Al ladrón, al ladrón, al ladrón, resonaba el eco en las calles junto con el golpeteo de las suelas sobre el empedrado.

El viento ululaba como si hubiera cien cárabos apostados en los tejados y los nubarrones cubrían el cielo de un gris plumizo, y las hojas y las ramas de los árboles tapizaban el firme de la ciudad mezclándose con el barro y la mierda de los caballos, las mulas y los bueyes. Mis albardas de cuero apenas rozaban el suelo y mis pulmones estaban a punto de estallar por el esfuerzo. Pisábanme los talones los hideputas y no parecía que fueran a desfallecer. De mi época de rufo conocía de memoria aquellas callejuelas, mas aun no era noche cerrada y había luces en las puertas de las casonas y de algunos hachotes que colgaban de las esquinas, y los sirvientes tampoco debían desconocer el terreno pues no conseguía despistarlos. Los otros chicuelos parecían haber corrido mejor suerte y en un recodo, de soslayo, los vi saltar una tapia por donde

el callejón de doña Aurora, con el Morenito ayudando al Cuco a subir el murete. Eso debía haber hecho, ir con ellos para repartir culpas, diablos, mas aquel día no fui acertado en mis decisiones y quise hacerme el valentón desde el principio. Quién sabe si no los vieron o que la diosa fortuna ya había echado los naipes, el caso fue que mi estratagema de dividir las fuerzas no funcionó, y los sirvientes me perseguían a mí en lugar de a los arrapiezos.

Al principio corrí sin entendimiento, dejando la muralla a mi diestra y adentrándome en las intrincadas calles que habían conformado la antigua medina en época mora, culebreando, doblando recodos y esquinazos, más por instinto de animal que se sabe cazado, que por raciocinio. A esas horas pocas gentes de bien transitaban por el laberinto de la Villa: los últimos mercaderes que ya recogían sus puestos y cerraban las tiendas a cal y canto recelosos de las sombras; las tusonas que vendían sus carnes por unas blancas riendo ebrias de vino a mandíbula batiente; borrachuzos trastabillados que intentaban sobarlas a cambio de la promesa de una moneda; y hombres de armas que echaban tragos del pellejo y buscaban alguna mujerzuela que no les pegase piojos y con la que darse un revolcón antes de partir a las marcas de la frontera.

Crucé como una exhalación por el ensanche de Paraísos esquivando a una gavilla que salía de la taberna del Bureo y con una finta me libré del agarrón de un pícaro desdentado con ganas de hacerse el héroe escurriéndome entre las piernas de su compinche, desollándome manos y rodillas alcé mi espada amenazante desde el suelo y aproveché un parpadeo de dudas para empujarle con el hombro en la pantorrilla y huir hacia el único lugar cercano que ocurrióseme seguro: la iglesia de San Juan. Mas aún faltaba un buen trecho para llegar donde don Anselmo. Porque me daba a mí que Paco el Rana no vacilaría ni un ápice en echarme a la calle a patadas y entregarme a los sayones, y las puertas de la ciudad estarían vigiladas a esas horas si no ya cerradas. También podía ir a buscar a mi amo donde la Hinestrosa, empero no era seguro que allí pernoctara, y sus sirvientes tenían muy malas pulgas. Todo aquello colegí en lo que tarda uno en dar un requebro por las covachuelas y seguir corriendo.

Aturullado como iba, casi caí de bruces en la calle del Horno cuando pisé una boñiga de buey hundiendo mi alpargata hasta el fondo. En el siguiente esquinazo me topé con un velatorio

compuesto por hombres ataviados en ropones enlutados. Salían estos entre murmullos quedos de uno de los zaguanes de una casa señorial frente al palacete de los Medina Sidonia. Reculé en mis pasos hacia un callejón oscuro a coger resuello y calmar los latidos que golpeaban mi pecho a ritmo de tambor.

Pasó ante mí la rápida sombra negra de un gato con algo que tenía una larga cola entre sus fauces. Tragué saliva pues por un instante vi reflejada mi suerte en la del roedor. Me percaté que estaba cerca de la torre del convento de Santa Clara y más allá se erguía el minarete de la Catedral, eso me sirvió para orientarme del todo. Una voz de mujer gritó «agua va». Me aparté, prudente, oyendo el chorro del orinal vaciarse desde arriba en la calle. Miré de soslayo agachado donde el guardacantón serenando mi respiración, parapetado tras los escombros de unas obras. Parecía que mi estratagema de adentrarme en la Villa al fin los había despistado, empero, el eco de sus voces se escuchaba en la distancia. Aún no podía cantar victoria. Sentí una punzada de dolor que se expandía en mi tobillo derecho, me lo había torcido, aun con la excitación del momento podía seguir corriendo. Me lo froté con la esperanza de que la hinchazón no subiese y aguardé unos instantes recuperando fuerzas.

¡Cuerpo de Cristo! No los había perdido, más bien al contrario, pues aparecieron tres figuras de corchetes que bajaban a paso ligero hacia donde me encontraba, candiles en mano, y por la callejuela contraria se oían las voces de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor que preguntaban a los enlutados de las exequias si me habían visto pasar. Alargué el cuello y oteé como un hombre de nariz ganchuda señalaba hacia el callejón y el enano apuntaba con la garrocha hacia mi escondrijo.

Por San Cristóbal que no tenía tiempo que perder. A buen seguro que si me agarraban esos hideputas me darían una buena tunda hasta dejarme medio muerto, o, peor podría ser, si me echaban el guante los corchetes podía terminar en los calabozos y quién sabía qué funesto destino depararíanme allí los designios de nuestro Redentor. De todo se contaba que pasaba en las cárceles de los reyes, de todo y nada bueno. Y eran tiempos de guerras. A los malhechores y ladrones decían en los mentideros que terminaban de galeotes camino de Sicilia o en la armada

que custodiaba el Mediterráneo de los sarracenos, pues las naves de la Corona estaban necesitadas de brazos fuertes —y también decían que de ahí pocos salían con vida y con manos, orejas y pies intactos—.

Pocas alternativas se presentaban. O afrontar mi destino espada en mano con el estoicismo de un soldado, como había visto hacer a mi amo, o tocar a retreta tirando de ingenio, del cual me vanagloriaba demasiado a menudo que no andaba escaso. Me giré y observé a mi alrededor a ver qué naipes me había dado Dios para salir de aquella encerrona. Era aquel un callejón angosto, a cuatro varas de ancho no llegaba, con un soberado que lo cubría en el centro uniendo las dos casonas que lo flanqueaban. Pronto me agarré a los hierros de una ventana y trepé como un simio a la balconada y de ahí al tejado a dos aguas aupándome en la balaustrada y clavándome el saliente en el pecho. Justo en el momento en el que los corchetes se juntaban con los facinerosos en la boca del callejón y alumbraban con antorchas hacia los escombros.

Me quedé quieto, como una estatua de barro, pegado a las tejas y a las cagarrutas de paloma, esperando que los fulanos se fueran y también que nadie me hubiese reconocido. Mas la cosa no fue del todo como yo esperaba.

—Voto a Dios que ese rapaz del demonio tiene que estar por aquí cerca —dijo uno de los sirvientes, el hombre de pelo rapado y gris con cara de rata que se había revolcado con la barragana.

—No puede haberse evaporado —masculló el enano de barba rala golpeando el suelo con la garrocha.

—Como lo coja le rebano el pescuezo —terció el de la cara alargada y ojos de topillo encorvándose y apoyando sus manos sobre sus rodillas. Escupió al suelo un gargajo.

—Por los clavos de Cristo... ¿Qué diablos os ha hecho ese correcales para teneros en vilo en esta noche de perros? —se ajustó el bonete el grullo alto y espigado que se había adentrado en el callejón y se dirigía hacia la tapia del fondo. Llevaba de la correa a un perro pastor enorme, de pelaje pardo y mandíbula poderosa, que no paraba de gruñir y olisquear sobre el poyete siguiendo mi hedor.

—Ha entrado a la casa de nuestro señor a robar gallinas—mintió el enano apartándose un pasito del perro, que más parecía un león que un perro—, junto con otros traspillados que hemos perdido por el camino.

—Y los malasangres prendieron fuego a unas pajas —apuntó el fornicador con cara de rata. Se rascó la barba de cabrilla—. Solo por el gusto de fodernos la noche.

—Quizás haya saltado por aquí... —aventuró el corchete mirando el muro y a las ramas de la higuera que sobresalían detrás.

—Ese malnacido se las conoce todas y parece escurridizo, habrá volteado la tapia y Dios sabe dónde estará ahora —se acercó otro sayón, solo atisbé a ver su oronda figura, pues parecía un botijo. Aunque su voz me resultaba familiar—. Tomad, bebed un poco de vino y olvidaros del mozo.

Cogió el pellejo el sirviente del pelo corto.

El perro dio un ladrido a las alturas, empero nadie le hizo mucho caso. Tiró de la correa el corchete alto y delgado haciendo que la bestia gimiera.

—El hideputa trinchó a nuestro capataz en una pierna cuando lo cogimos con las manos en la masa —de nuevo mintió vilmente el enano, mas yo desde mi escondrijo nada podía decir en mi defensa—. Lo hemos dejado en las cocinas esperando que lo cosa el barbero.

—¿Al bruto del Pilatos? —inquirió el corchete con un carcajada, de nuevo tiró de la correa del perro que alzaba las patas y arañaba la cal de la pared con las pezuñas. Otro gato, o el mismo de antes, maulló a escasos pasos de donde me encontraba—. Tranquilo, Tizón, ya habrá tiempo de echarle el guante —se agachó y le palmeó el lomo. La bestia a la que llamaban Tizón no parecía complacida del todo pues se revolvía inquieta y bufaba y gruñía, desorientada por la cercanía de mi rastro.

—Cogió el rapaz al Pilatos descuidado... azumbrado de vino pues venía de echar unos tragos de la taberna —arguyó el enano con voz cascada limpiándose el moquillo que le caía por la nariz.

—¿Sabéis quién es el mochuelo? —quiso saber el sayón orondo atusándose el mostacho. Lo

reconocí cuando el haz de luz que desprendía la antorcha que sostenía en una mano iluminó su rostro. Era uno de los que iban de patrulla por donde el Potro.

—De su cara no me olvido y si lo veo sabré quien es, mas ahora solo puedo decirlos que tiene buen talle y es moreno y sus ojos son los de un consumado truhán. De los otros chicuelos que lo acompañaban... —rezongó—... a uno le faltaba un trozo de oreja y otro parecía un galgo famélico —nada dijo de Isabelita.

—¡A ese arrapiezo del demonio lo conozco! —exclamó el corchete orondo—. El de la media oreja... es el Ventoso... y siempre va con uno sucio y negro como el carbón con la cara llena de arañazos.

—¡Ese mismo! —apuntó el del rostro de comadreja.

Tragué saliva dese mi escondrijo en las alturas. Aquello no hacía más que complicarse.

—Son solo unos miserables correcales... aunque muy escurridizos... —apuntó el tercer corchete. Era un hombre fornido y sin cuello que se pasaba un garrote de mano en mano con bastante pericia. También lo reconocí. Era este el compañero de fatigas del sayón orondo en la collación de San Nicolás.

Unas gotas de lluvia comenzaron a caer desde la negrura de la noche.

—En unas primaveras serán algo peor... —apuntó el sirviente de pelo canoso subiéndose la capucha.

—Hay que quitar las malas hierbas de raíz —escupió el corchete fornido dando vueltas al garrote a una mano como si fuera un malabarista.

—Vayámonos, Alfonso, y mañana cogeremos a esos mochuelos en el Potro o en donde el molino de la isla... —el sayón orondo dio un eructito y palmeó el hombro del fornido sin cuello—. Allí tienen su guarida, de buena tinta lo sé... Con suerte los metemos en el calabozo y se los lleva algún noble a correr las tierras de los moros.

—Para eso nos vienen muy bien las guerras de nuestros señores... para enviar a todos estos indeseables al infierno. Mañana les daré garrote... —sonrió esquinado el otro grullo, el espigado, tirando de la correa del animal.

Suspiré hondo calibrando la situación. Tendría que avisar a los chicuelos que se escondiesen bien por unos días y que no asomasen el hocico. Y yo tendría que quedarme en la posada sin oler la calle hasta que el asunto se olvidase. Suspiré de nuevo, aliviado, pensando que la cosa podía haber terminado mucho peor. Pobre infeliz.

Echado sobre las tejas observé como los seis hombres se alejaban por el ensanche, rezongando del frío y de la noche lluviosa, pasándose el pellejo de vino unos a otros. Me las prometía muy felices y ya me veía durmiendo en mi jergón pulgoso escuchando los gemidos del Rana y los improperios de la Rosarito mientras intentaban engendrar hijos, cuando me puse a horcajadas sobre el tejado. Quiso Dios, la providencia o quien diantres mueva los hilos destino, seguir jugando conmigo aquella noche. Ocurrió que una vieja enlutada abrió uno de los ventanales de la casona en la que se celebraba el funeral y salió la muy beata a tomar el fresco en la balconada y se arrodilló y se puso a rezar y a pedir por el muerto, o por lo que fuere, y alzó la mirada justo en el momento en que me revolvía para dejarme caer por la balaustrada y bajar al callejón.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡A mí los corchetes! —gritó con voz cascada señalando al tejado con un dedo trémulo.

En ese momento me quedé paralizado, pues el miedo se había apoderado de mi entendimiento e impedía que mis manos y mis pies se moviesen por más que una parte de mi cabeza lo mandase. Veía que las gentes de las exequias acudían curiosas tras los sayones, alzaban estos palos y aceros amenazantes, seguidos de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor que me soltaban lindezas con el puño en alto. El corchete fornido y malabarista de la porra, Alfonso el sin cuello, se aupó al poyete que sobresalía de la pared e intentó alcanzarme con la garrucha. Y los otros cogieron algunos pedruscos sueltos del firme y me los lanzaron sin mucha puntería. Reaccioné alzándome de nuevo cuando una de las piedras me rozó la sien y fue entonces cuando caí en la cuenta de que la única salida que tenía era escapar por los tejados pues aún no estaban húmedos por la llovizna; eso, o bajar y recibir una paliza de aquellos brutos que parecían tenerme ganas de echarme la zarpa. Pueden colegir vuestras mercedes que opté por la primera de las opciones ya que nunca tuve inclinación a recibir palizas si podían ser evitadas. Era lección

bien aprendida que me había enseñado mi amo: que cuando no hubiera posibilidad en la victoria intentase escapar por todos los medios.

Así que, echándole valor e hígados al asunto, ajusté el cordel que me sujetaba la vaina de la espada, era mi posesión más preciada por no decir mi única posesión, me deslicé por las tejas del faldón y salté con decisión a las maderas del soberado, y de ahí al otro tejado. Guardando bien el equilibrio y esquivando los proyectiles que me lanzaban gateé por la cumbrera hasta llegar al siguiente callejón y, encomendándome al altísimo, y cogiendo un poco de carrerilla, logré saltar las tres varas de vacío hasta aterrizar en otro tejado, raspándome las rodillas y las manos, haciendo caso omiso del dolor que punzaba el tobillo.

Como si fuera un gato iba, de tejado en tejado y de soberado en soberado, medio desollado y dando gracias a Dios por haber hecho que los moros hicieran esas calles tan estrechas y que los señores y los gentiles de Córdoba tuvieran ese afán de unir casas parejas con pasajes. Empero, sentía las voces y el aliento de mis perseguidores a mis espaldas, y los ladridos de la bestia a la que llamaban Tizón.

En el borde de una cumbrera me detuve en seco, había un ensanche con una fuente y un abrevadero en el centro, el cual no podía saltar ni aunque me hubiesen salido alas de ángel — pueden adivinar vuestras mercedes no fue el caso—. Reconocí la casa señorial por su escudo de armas, había llegado a la explanada del palacio de los Cea y no quedaba lejos de la parroquia de San Juan, su minarete se alzaba al fondo entre la amalgama de tejados de la Villa. Una última carrera quedaba, subir por la calle del Agua, torcer a la diestra y luego a la siniestra, y otra vez a la diestra. Tenía que descolgarme con rapidez, mas si lo hacía perdería unos preciosos instantes que podrían ser cruciales en mi huida. Así que le eché más coraje y más hígados al asunto. Me acerqué al alero y salté sobre un carro cargado de heno, seguramente para las mulas y las monturas de los Cea, y de ahí al empedrado a correr ligero.

Me las prometía muy felices por donde la subida del Agua, pues no había alma viviente por las calles y las voces de mis perseguidores escuchábanse bien distantes, mas lo mismo debieron pensar los corchetes al soltar a la bestia Tizón para que encontrase mi rastro. El animal pronto lo

hizo y sus ladridos se hicieron patentes a mis espaldas. En el último esquinazo, donde los bataneros, me volví de soslayo y entre los claros de las luces de los candiles que colgaban de algunas fachadas vi una figura oscura que jadeaba y ladraba con el pelaje empapado bajo la lluvia, y venía hacía mí como si fuera el mismísimo Belcebú. Apreté el paso en un último esfuerzo y pronto llegué a la plaza de San Juan con mis pulmones a punto de estallar. Silbaba al respirar, el corazón me latía con brío y los músculos me ardían, pero seguí corriendo hacia la iglesia salpicando agua cada vez que pisaba.

Aporree la puerta de la sacristía con todas mis fuerzas gritando el nombre del párroco. Oí los pasos de don Anselmo al otro lado y a la bestia a mis espaldas que a poco estaba de llegar a la plazoleta. Desenfundé la espada corta dispuesto a vender caro mi pellejo cuando el párroco descorrió la mirilla con un chirrido.

—¡Por todos los Santos, Lucas! —desatrancó el portón y dejó una pequeña apertura. Me lancé adentro, trastabillado y caí al suelo rodando.

—¡Cerrad la puerta! —exclamé con mi último aliento.

Don Anselmo bien pronto se ocupó de volver a colocar la tranca dejando a Tizón ladrando como un poseso y arañando los maderos desde fuera.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? ¿Y esa bestia? —preguntó con su característica voz de pito sosteniendo una vela de sebo. Su aliento olía a vino y algo más que no pude identificar.

Recibíome el sacerdote con peor cara que si fuera el Santo Sacramento. Aquello me hizo pergeñar una idea, pues ya saben vuestras mercedes que de mozo era ágil de mente.

—¡Me acojo a sagrado! —grité agarrándome a sus calzas, sollozando, tirando de la saya raída que le llegaba por las rodillas y que dejaba al descubierto sus velludas pantorrillas—. ¡Me acojo a sagrado!

Como bien es sabido, las iglesias de aquel tiempo, y de este, eran lugares de resguardo de los retraídos, donde no alcanzaba la justicia de alguaciles ni corchetes. Por eso, quien hurtaba, lastimaba o madrugaba —a eso llamaban andar en trabajos— podía acogerse a sagrado refugiándose en un templo o convento, donde los curas y monjes, celosísimos de sus prebendas,

los defendían frente a la autoridad con uñas y dientes. Al menos, eso había oído, pues pude comprobar que a don Anselmo se la envainaba el arrepentimiento de los maleantes.

—Sacramento... qué diantres...—sus ojillos de topo me observaban con expresión perpleja.

No pudo terminar la frase luego en ese momento se escucharon las voces de los corchetes y de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor que habían llegado al ensanche con brío. El perro seguía a lo suyo, ladrando y arañando los maderos. Poco tardaron aquellos en apartarlo y golpear el portón con las porras y el pomo de sus aceros.

—¿Qué demonios has hecho, muchacho? —susurró frunciendo el ceño, agarrándome de la solapa del jubón y pegándome a su oronda panza.

Bajé la cabeza, sorbí mocos y no dije ni mu pues bien es sabido que en el mundo hay preguntas de difícil respuesta y aquella era una de ellas.

V. La viuda Mencía

—¡Abrid, don Anselmo! —era la voz tosca del corchete fornido y sin cuello que golpeaba sin cesar el portón con los nudillos—. ¡Abrid la puerta!

—¿Quién va a estas horas?

—¡Alfonso de la Torre, corchete del concejo! ¡Perseguimos a un ladronzuelo y damos fe que se ha escondido en su iglesia!

El puto perro Tizón no dejaba de ladrar y tampoco cejaba en su empeño de echar abajo la puerta arañando la madera con sus pezuñas. Ras, ras, ras.

—Un ladrón... demonios, Lucas, demonios... en qué líos te has metido esta vez —susurró. Me observaba a mí, a la puerta y a la escalera dubitativo.

—No he hecho nada malo, don Anselmo —balbucí con mirada suplicante, por un latido aterrado de que el clérigo me traicionase y me echase literalmente a los perros—. Os lo juro por lo más sagrado.

A la par que me santiguaba y restregaba los mocos por mi manga sentí unos pasos amortiguados bajando los peldaños de la escalera que llevaba a la alcoba del párroco. Redios, casi me caigo de espaldas del susto y de la impresión. Tardé unos instantes en reconocer a doña Mencía de Castro, asidua de las homilías de don Anselmo y, hasta ese momento, creía que la mayor beata que había en Córdoba —nuestra excelsa reina no contaba—. Era una mujer de buen carácter y amplias carnes, que solía vestir siempre de riguroso negro guardando el luto de un marido que la dejó con buena herencia —tierras fértiles en la vega de Almodóvar y casona con

sirvientes cerca de la puerta del Colodro—, en las guerras entre Ponces y Guzmanes; otrosí dejaba caer la viuda Mencía buenas limosnas en el platillo que pasaba Mateo después de las misas y también en las manos de los pordioseros de las escalinatas, por lo que era tenida por alma caritativa y bondadosa. Ya hacía varios inviernos de la muerte de su esposo y era esta doña Mencía mujer de amigas y cuadrilla, conocida por quien era. Tenerla allí, ligera de ropa, solo con una túnica por encima de las rodillas, dejándose ver unas fuertes pantorrillas y unos muslos generosos, me causó honda impresión. Iba impregnada con ese olor que en aquel momento no supe identificar, pero pueden maliciar vuestras mercedes que era el olor del cielo y de la coyunda. El olor del pecado carnal en la misma casa de Cristo.

Observé a don Anselmo con la boca abierta pues no podía articular palabra, parecía que aquella noche iba a aprender más de la vida que en casi toda mi existencia.

—Dejad de miradme así, muchacho, pardiez, que no soy Ecce Homo... —se defendió el dominico hurgándose en la nariz, un leve sonrojo asomando en sus mejillas.

—Será mejor que os deshagáis de esos brutos, don Anselmo —señaló la viuda Mencía con calidez, como era bizca no acerté a apreciar si me miraba a mí o al clérigo—. Venid conmigo, joven Lucas —acaricióme el pelo como quien acaricia un perrito faldero—. Secaos esas ropas mojadas, vais a coger un buen resfriado, y comed algo, parecéis un galgo famélico y desvalido. Luego nos contaréis qué ha pasado... a cambio de guardar nuestro secreto —me guiñó un ojo a la par que me daba un cachete.

No me había dado cuenta de que estaba empapado hasta las trancas y de que mi estómago gruñía como un lobo hambriento. Asentí con la cabeza y la seguí cojeando, con el tobillo latiendo, y palpándome que no tuviese un hueso roto.

Por Cristo. No era pánfilo y de sobra sabía que los hombres de Dios también eran varones y tenían sus vicios con el vino, y sus humores corporales que evacuar, y a menudo tenían sus barraganas y engendraban hijos que se hacían obispos. Mas nunca lo hubiera imaginado de don Anselmo, siempre renegando de los placeres de la carne y de los enemigos del alma, agarrado a los sacramentos y a las enseñanzas de nuestro Redentor como una garrapata. Las apariencias

engañan, dicen, y aquella noche di fe. Después me hizo jurar bajo la imagen de nuestro Señor que no mencionaría aquello jamás, y hasta la fecha guardé la promesa, mas ahora creo que no hago daño a nadie si lo cuento.

Como decía la Rosarito, muy dada al refranero popular y a darle a la lengua, en este mundo de apariencias y pillería hasta el más tonto sabe enhebrar una aguja y coser un botón. Y, me daba a mí que don Anselmo sabía bien de qué iba la vaina y podía hacer trajes con los ojos cerrados. Ya de viejo desdentado y con la cabeza medio ida me contó don Anselmo que de mozo era un libertino, allá por las tierras de Aragón no hubo dama que se le resistiera, y que manejaba su miembro tan bien como la espada. Y, que, fue después de que la peste se llevase a su prometida, su único y verdadero amor después de muchos, que le vino la querencia por Dios y los apóstoles. Quien lo hubiera dicho de ese santo varón que tantas reprimendas le echaba a mi amo por sus comportamientos.

El caso fue que aquella noche chitón y punto en boca.

—Id con doña Mencía, Lucas —rezongó el padre Anselmo rascándose la papada, moviendo sus ojillos de topo de un lado a otro—. Ya me encargo yo de estos hombres que os buscan.

Asentí con la testa pues tan exhausto me encontraba que apenas podía articular palabra.

Calentándome cerca de la lumbre que despedían las brasas del hogar engullía las buenas viandas que me había servido la solícita viuda. Una rebanada de pan, chorizo picantoso y queso de cabra. Mientras, oía de fondo las voces que venían de la calle entre el repiqueteo de la lluvia que arreciaba sobre el tejadillo de la sacristía y el empedrado de la plaza. No abrió la puerta don Anselmo para platicar y lo hacía desde la mirilla, pues hombre de mundo como era —ya les reconté que fue soldado en las guerras del rey Juan—, sabía que poco podía hacer si les daba campo abierto a unos mangurrianes, exaltados y armados, en una noche como aquella en las que pocos testigos habría por los alrededores.

—¡Dejad salir a ese arrapiezo! —exigió el corchete sin cuello.

—¡Os vuelvo a repetir, don Alfonso, que aquí no ha entrado nadie! —replicó el padre Anselmo, vehemente, con esa voz aflautada que tan poco casaba con su rotundo físico.

—¡Tizón ha seguido el rastro hasta vuestra sacristía! —era uno de los criados de los Méndez de Sotomayor, el fornicador desdentado.

—¿Quién diantres es el tal Tizón? —quiso saber el dominico.

—Nuestro... perro —respondió el corchete que se hacía llamar Alfonso.

—¡Un perro! —farfulló el párroco iracundo—. Osáis a interrumpir mis plegarias y mi descanso por un fodido can del averno. ¡Haced callar a esa bestia del demonio que va a despertar a medio vecindario, por San Cristóbal! ¡Aun me quedan diez avemarías por la salud de nuestro obispo!

Alguien, creo que fue el enano, dio una patada a la puerta y con voz cascada soltó una maldición seguida de varios improperios.

Si no fuera por lo delicado de la situación hubiera estallado en carcajadas, pues el tonillo aflautado del párraco no casaba nunca con sus enfados y era motivo de risas y rechiflas en toda la collación.

Entretanto, la viuda Mencía sirvióme un vaso de vino aguado para que entrara en calor. Se lo agradecí con la mirada, todavía tiritaba de frío y de miedo a partes iguales. Me hizo un gesto para que no abriese la boca llevándose un dedo a los labios.

—¡Guardaos esa lengua viperina en la casa del Señor! —exclamó don Anselmo con brío a los perjuros que escuchaba del enano y sus compinches.

—Ese bribón ha entrado en el palacete de los señores Méndez de Sotomayor, don Anselmo, a robar con otros trotacalles y le ha dado hierro a uno de los sirvientes cuando huían en desbandada —repuso el corchete Alfonso de la Torre que parecía llevar la voz cantante—. ¡Debe someterse a la justicia del concejo!

Me observó la viuda con expresión grave arrugando los labios. Pensaba que se iban aquí a acabar las mercedes que me mostraba.

—Eso es mentira —balbucí con un hilillo lo de voz que apenas salía de mi garganta—. Intentaba el malasangre forzar a una niña, Isabelita, don Anselmo la conoce desde chicuela, y se lo impedí...

Acaricióme entonces la mejilla la doña esbozando una sonrisa que parecióme la de la mismísima Virgen a la luz del velón de sebo.

—Come y calla, luego llegará el momento de que nos cuentes. A veces, hay que hacer diez cosas mal para hacer una bien. Y, si es como dices, esta la has hecho bien.

—Os lo juro por nuestro Redentor —me santigüé de corrido.

Me dio un beso cálido en la mejilla.

—Entonces, nada debes temer.

En realidad, por mi mente pasaban varias cosas a las que habría de temer si esos de ahí fuera me echaban el guante, pero nada más dije pues quería enterarme de como terminaba la plática con los sayones.

—¡En la casa de Dios no tenéis influencia, aquí rigen las leyes de Cristo, bien lo sabéis! —arguyó don Anselmo tras una pausa—. Iros a descansar, mañana hablaremos con más calma y se verán las cosas de otra manera.

Hubo un silencio en el que todos los que estaban afuera empapándose bajo el aguacero a buen seguro que repensaron la situación.

—Mañana aclararemos el asunto, no os quepa duda, don Anselmo, que investigaré lo acaecido y presentaré una queja al alguacil en cuanto salga el sol —rezongó el corchete—. Y aquí dejo a mis hombres apostados en el zaguán de los Bovadilla para vigilar que nadie sale de la parroquia.

Subió don Anselmo las escaleras y al poco bajó con los hábitos de dominico sin ceñidura, eso sí, el crucifijo de madera colgando de su cuello y una mirada cargada de ira como no lo había visto nunca. La luz del velón proyectaba una sombra alargada y deformada del párroco, igual que el rictus de su cara. Sin mediar palabra con el dorso velludo de su manaza me cruzó un bofetón que no me esperaba, pues salvo esporádicos repelones nunca antes don Anselmo me puso mano encima. Aquello me hizo sangrar por el labio inferior y, apunto estuvieron mis lágrimas de brotar, más por el orgullo herido que por el dolor.

—¡Anselmo, alma de Cristo! —protestó la viuda—. No ves que el pobre está tan asustado

como un cervatillo en una montería.

Hizo caso omiso el clérigo de las demandas de doña Mencía.

—Ya puedes empezar a aflojar esa lengua viperina de inverecundo... —farfulló desabrido sentándose en el taburete—. Y, ni se te ocurra mentirme con tus cuentos.

Y, créanme, que fue eso lo que hice.

Después de dar un sorbo y apurar el cuartillo de vino la viuda Mencía me sirvió otro vaso del búcaro y me tendió un pañizuelo para que limpiase de mocos mis narices y la sangre que manaba de mi labio. Primero a trompicones y después de carrerilla les conté todo lo que había acontecido aquella tarde, y que me había llevado a esa estrambótica situación, con pelos y señales, sin omitir detalle alguno. Al poco de terminar, exhausto con todas las emociones que había sufrido, acomodóme don Anselmo a un camastro que había para las siestas de los monaguillos y quedéme allí dormido entre dos frazadas de paño grueso asomando media cabeza como si fuera tortuga mientras el clérigo y la viuda pergeñaban como sacarme de aquel atolladero.

VI. Dichoso oro que todo lo compra

Hubiéronse quedado dos corchetes de guardia, y el perro Tizón, por los alrededores de la plaza de San Juan por si a don Anselmo le daba por aflojar la lengua o a mí por ahuecar el ala de la parroquia. Desde la ventana de la cocina podía adivinar sus sombras cada vez que despertaba en la noche, turnándose para dormitar dentro del zaguán de los Bovadilla. No era asunto baladí que un arrapiezo se colase en casa de uno de los grandes señores de Córdoba, prendiese fuego y dejase costurón en uno de sus hombres de armas, y más ahora que las capitanías necesitaban cualquier soldado para engrosar sus mesnadas y hacer la guerra con los moros. Aun cuando fuere una causa honorable la que motivase la hazaña del arrapiezo. Porque, en lo más hondo de mi ser sabía que no había obrado mal; empero, a nadie le importaría que unos facinerosos al servicio de un noble hubieran hecho presa de una correcales, y más cuando los sirvientes pregonaron después que la putilla estaba allí por voluntad propia para ganarse unas monedas como las otras pelandruscas. Hubiera sido nuestra palabra contra la suya. Y, la nuestra, de sobra sabíamos que valía menos que un vellón. Malditos bellacos. Malditos puercos. Maldita justicia de los señores.

Era una suerte que el oro lo arreglara todo en aquella España en ciernes de los Católicos —y también ahora, en este que dicen el sacro imperio del «César»—, y tenía buenos amigos que, muy en el fondo, velaban por mi bienestar y que no tuvieron reparos en comprar voluntades para deshacer el entuerto.

Resultó que a primera hora de la mañana el tal corchete Alfonso de la Torre cumplió con sus bravatas, y cuando disponía don Anselmo los enseres para dar la misa, presentóse allí con el alguacil mayor, don Gonzalo Espinosa de San Cristóbal, vara en mano, y con el piquete que se

había quedado de vigilia en la plaza. Otrosí, vino con ellos un clérigo con tonsura, alto y delgado, con cuello de buitre y ojos de lechuza, y con hábitos de franciscano. Decía ser uno de los secretarios de don Luis de Velasco, el anciano obispo de Córdoba, que, aunque enfermo como estaba, quería tener relación de los acogidos a sagrado que había en sus iglesias —tenía este obispo la fama bien ganada de hombre meticoloso y cuidadoso de su diócesis—. Por lo visto, mandó el alguacil mayor dar aviso a la clerecía para que tomasen nota del asunto por la insistencia de su oficial y la gravedad de los hechos que le contaba.

—Ya os digo, don Bernardo, que no hay mozo escondido en esta iglesia —fue la tajante respuesta de don Anselmo cuando le hicieron la primera pesquisa—. La parroquia de San Juan nunca acogerá a criminales de la justicia. Aquí no hay sagrado que valga para malhechores... ni nunca lo habrá —apostilló locuaz rascándose la papada.

No tenía querencia el párroco porque el asunto se arreglase por los cauces oficiales pues velaba porque mi nombre no saliera en ningún reporte de los que llegaban a los gabinetes de la Catedral. Contóme a posteriori que creía mejor para mi porvenir que no hubiese anotación de mi persona en ningún archivo de la iglesia ni del concejo, pues muchas puertas podía cerrarme y abrirme otras indeseables.

—En eso hay que darle la razón a don Anselmo —apuntó el secretario del obispo. Ajustóse sobre la nariz unas lentes de hierro mohoso don Bernardo que parecía hombre cabalito. Apretando los labios su voz era un susurro quejoso, parecía que le costase respirar—. No figura ningún sagrado en nuestros registros desde que es párroco de San Juan. Doy fe de ello.

Asintió don Anselmo dándole las gracias con la mirada al franciscano. Quiso la fortuna —o, para el caso, el alguacil mayor—, que fuese don Bernardo quien allí estuviese, pues era oriundo de Alquézar este secretario del obispo, y también había luchado en las guerras del rey Juan bajo la misma colunela que don Anselmo antes de coger los hábitos. Y, si algo tienen las guerras es que los compañeros de armas tienden a ser de por vida, sobre todo si están en el bando ganador.

—Mis hombres dicen otra cosa... —rezongó el alguacil mayor calándose el bonete. Era hombre de mediana estatura y mediana edad este don Gonzalo, bien rasurado y ataviado con un

ropón oscuro y amplio, con mangas y una vuelta en el cuello—... Que ese ladronzuelo hirió a uno de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor, prendió fuego a la cocina y que huyó en la noche para refugiarse aquí... precisamente —golpeó el granito de la escalinata con la base de la vara de justicia—. Me pregunto cuál de los trotacalles a los que dais cobijo será este bribón... me huelo que no tendremos trabas en averiguarlo pues ya creemos saber de sus compinches.

Asintió el corchete regordete y orondo con una mueca despectiva.

—Por la plaza del Potro se les suele ver a esos correcales. Al de la media oreja lo conozco. El Ventoso. Un hábil ladronzuelo, deseando estoy de ponerle el guante encima desde hace tiempo...

Se tuvo que morder la lengua don Anselmo, y yo desde mi escondrijo. Detrás del Cristo crucificado, en el altar, escuchaba la plática que tenía lugar en las escalinatas de la iglesia. Ambos colegimos que mencionar a Isabelita hubiera sido como entonar el mea culpa delante de los oficiales del concejo y del secretario del obispo.

—Vuestros hombres, no, vuestro perro es el que dice que aquí se esconde un rufo... —matizó el dominico con sorna sin amedrentarse un ápice. Entrelazó sus manos don Anselmo y movió los pulgares dibujando circulitos en las yemas de sus dedos—. Se pudo haber metido el arrapiezo en cualquiera de los soportales que circundan la plaza y la bestia confundirse con el olor a guiso que salía de mi hogar pues era carne de conejo la que cociné anoche... con patatas y puerros... —se acarició su oronda barriga y dio un eructito.

Asintió don Bernardo a la chanza encorvándose con una tos entrecortada que se asemejaba a una risilla de viejo.

—Ya os digo que no fue así —rezongó el corchete regordete con voz soñolienta un peldaño más abajo. Se frotó un ojo quitándose las legañas.

—El olfato de Tizón es tan infalible como el acero toledano —terció el sayón Alfonso de la Torre.

El otro grullo, que no abría la boca solo para bostezar, el alto y delgado, sonrió levemente y acarició el lomo de la bestia que ronroneaba plácidamente dando cuenta de un palomo muerto que habría caído del tejado con la tormenta.

—¿Vos lo visteis, don Alfonso? —preguntó el alguacil mayor volviéndose hacia el corchete fornido, al que también le faltaban horas de sueño y bostezaba de forma ostensible.

—No lo vimos... pero encontramos a Tizón arañando la puerta —se pasó su mano por el cabello sucio y crespo y luego por la nariz sobre su espeso bigote—. Y ya sabéis que tiene buen olfato para cazar granujas.

—Aquí no ha entrado ni un alma en toda la noche —insistió el dominico, mintiendo con voz tranquila pero firme. Cruzóse de brazos don Anselmo bajo el dintel del portón afirmando bien sus sandalias en la piedra, pues no podía dejar entrar a los corchetes hasta que la viuda principalmente, y un servidor, hubiésemos ahuecado el ala. El escarnio hubiera sido mayúsculo, sobre todo para doña Mencía; como ya recuento eran habituales las barraganas entre la clerecía, pero no de posición tan elevada—. Vuestro perro... Tizón... habrá confundido el rastro entre tanta lluvia... —miró con complicidad al franciscano y este le respondió con un leve cabeceo.

—¿Tenéis don Gonzalo pues algún testigo que viera al mochuelo refugiarse aquí aparte de un perro? —inquirió el secretario del obispo con ojos de halcón entornando los párpados —. ¿Alguno de los sayones vio al bribón?

Negó con la cabeza el corchete Alfonso, tensando los músculos de su rostro, y el resto imitó su gesto.

—Deberíamos entrar a la parroquia para salir de dudas y registrarla, quizás el trotacalles se coló dentro, pues parece ducho en esas artes, y, quizás, don Anselmo... no os percatasteis del asunto —sugirió don Gonzalo ofreciéndole una puerta al dominico que, por razones obvias, no dejó que se abriera.

—¡Por Cristo que queréis humillarme delante de mis feligreses! —replicó don Anselmo con brío.

Cierto era que unos cuantos de los fieles de la parroquia ya observaban la escena a la sombra del minarete de la antigua mezquita pegado al muro de la iglesia; algunas damas, ayas y alcahuetas, y dos viejos de cabello cano y más arrugas que una pasa apoyados en sendos cayados. Se volvió sutilmente el secretario del obispo para calibrar el escándalo en ciernes.

Carraspeó antes de hablar.

—Me fío de la palabra de don Anselmo, y vos también debierais hacer lo mismo, don Gonzalo, para no alborotar la collación. El obispo os lo agradecerá —esbozó una mueca de desagrado—. Por lo que a mí respecta... tengo otros asuntos que tratar en la Axerquía y ya he perdido mucho tiempo con vuestras frusilerías y conjeturas.

Lo apuntó todo el secretario del prelado en un legajo apoyado en un tablón y se fue con prisas dejando al alguacil hablando con los corchetes, dando por zanjado el asunto en lo que a la Iglesia se refería.

Notábasele conturbado al alguacil mayor, Gonzalo Espinosa de San Cristóbal, no en vano era conocido de don Anselmo y le debía favores del pasado y ambos lo sabían de sobra. Y no quería que su relación se enturbiase por un escándalo. Empero, estando delante de sus hombres no podía dejar correr la cuestión tan fácilmente.

—Se trata de un asunto de sangre, don Anselmo... no me fodáis con esto, que bastante tenemos ya con el altercado de los muertos de la Muela... —apuntó en un susurro cogiéndole del brazo en un aparte. Los tres corchetes esperaban a una prudente distancia observándoles ojerizos, visiblemente contrariados por cómo se desarrollaban los acontecimientos—. Ese rapaz entró en la casa de los señores del Carpio y trinchó a uno de sus criados como a un puerco. Hay que darle castigo.

—Quizás lo mereciese... el criado... —aventuró don Anselmo echando el cebo como un pescador en río revuelto.

Enarcó una ceja el alguacil.

—¿Admitís que dais cobijo a un ladronzuelo?

—Yo no he dicho eso... solo que quizás lo mereciese —esbozó una leve sonrisa.

—Tal cuestión la tendrá que dirimir la justicia del concejo.

—La justicia... —carcajeó el párroco—. Sabéis de sobra que hay asuntos que ya están juzgados, sobre todo si son de pobres contra ricos.

Se encogió de hombros el alguacil rascándose el antebrazo con su vara.

—Eso no es asunto mío.

—En otra época lo fue.

Pestañeó el alguacil.

—Lo mío ahora es encontrar a los culpables. Y, si no es aquí... buscaremos al resto de la gavilla y ya veremos donde llegamos.

—Bien sabéis, Gonzalo, que a veces, las cosas no son lo que parecen —hablóle don Anselmo en tono de confidencia pegado a su oreja. Palmeóle el hombro.

—¿A qué os referís?

—Que tenéis que confiar en mi palabra para que se haga... justicia.

—¿Qué sabéis que no me hayan contado mis hombres? —se apoyó en la vara mirando de soslayo a los tres corchetes que bostezaban cansados por la noche en vela.

—Cosas que no os conciernen. Y que los magistrados no creerían —remarcó las últimas sílabas.

—No podéis dejarme con la miel en los labios.

—Confiad en un hombre de Dios... y dejad correr este enredo.

Cogióle el alguacil por la manga dándole un tironcito.

—Solo con oro se podría callar a los sirvientes de los Méndez de Sotomayor y... a mis sayones —sonrió esquinado el alguacil entornando los párpados.

Al fin habían llegado al meollo de la cuestión. El oro. Dichoso oro que todo lo compra. Como había maliciado don Anselmo, más temprano que tarde aparecería el metal dorado en la escena. Era la esposa del alguacil hembra con ínfulas y de refinados caprichos, y, de dominio público también era que don Gonzalo de vez en cuando aceptaba tratos bajo cuerda pues loco lo tenía su doña ansiando las cosas a las que la soldada del concejo no llegaba.

—¿Cuánto oro?

—El suficiente para acallar bocas —respondió el alguacil mayor.

—De sobra sabéis, Gonzalo que me debéis un... gran favor.

—De sobra sabéis que lo sé —refunfuñó el alguacil girando la vara—, si no fuerais vos y

fuera otro... no dejaría correr esta cuestión tan fácilmente —hizo una pausa para que sus palabras calasen y apretó la mandíbula—. Y, no hubiera llamado a don Bernardo, pues conocida es vuestra camaradería y que viene de lejos.

Se rascó la papada el dominico rumiando sus próximas palabras.

—Os agradezco el detalle y vuestra buena voluntad con la parroquia.

—Más no puedo hacer, no depende solo de mi buena voluntad...

—¿Quién está al tanto del asunto? —inquirió don Anselmo haciendo que sus espesas cejas formasen una sola.

—Por ahora, mis hombres y yo... y los sirvientes de los Méndez de Sotomayor —respondió Gonzalo Espinosa mirando de soslayo a sus corchetes, para después continuar con cierto melindre—: Empero, estando los señores del Carpio de por medio no es de extrañar que se entere el corregidor y Juan Guillén y Pedro Rojas... si alguien se va de la lengua —de nuevo sonrió enseñando unos dientes amarillentos.

—Más os vale que no llegue a oídos de Garci-Fernández Manrique —de sobra era conocida la mano dura del corregidor con los maleantes de baja estofa y había tenido con don Anselmo sus más y sus menos, luego no veía con buenos ojos algunas de sus obras de caridad con los chicuelos de la calle—. A ninguno nos conviene que el asunto se vaya de madre —ahora fue el párroco el que sonrió con malicia—. Es cristiano viejo y linajudo donde los haya, y amigo de fray Tomás de Torquemada.

Dio un respingo el alguacil como si hubiese recibido una bofetada.

—Ya os pagó mi padre, que en paz descansa, por aquello... —tragó saliva moviendo la nuez —... Una cantidad considerable, si mal no recuerdo, para que tuvierais un Cristo y una Virgen en la parroquia...

—El compromiso con vuestro pater de sobra lo cumplí, y me arriesgué por ello más de lo debido.

—Por Cristo... —tragó saliva de nuevo el alguacil calibrando el asunto—. Y os estamos agradecidos por la discreción mostrada.

—Pues devolvedme el favor con la vuestra o ateneos a las consecuencias.

Me extrañó que don Anselmo emplease ese tono amenazante con aquel oficial, empero, jugaba con la baraja marcada como me contó más tarde.

Asintió el alguacil lentamente con los ojos entornados mas no bajó la mirada el dominico.

—Antes de que acabe el día... venid a buscarme... con oro, por supuesto, y veremos qué arreglo tiene todo este embrollo.

Dichoso oro. No duden vuestras mercedes que el oro lo es todo y todo lo compra, como decía mi amo. Poder, amor y seguridad. Es a la vez tizona y adarga. No se puede dar mayor regalo pues todos lo anhelan, desde el más pobre de los mendigos hasta el más alto príncipe. También un alguacil mayor con pretensiones y con una esposa caprichosa, huelga decirlo.

—Sea, don Gonzalo, ahora partid, y dejadme que reciba a mis feligreses, pues debo dar la misa de la mañana y no la de la tarde —aspiró hondo don Anselmo—. Y, atemperad a vuestros hombres que su recompensa tendrán si no largan más de lo debido.

En cuanto se dieron la vuelta el susodicho alguacil y sus sayones, el párroco fue a saludar afablemente a los feligreses que seguían murmurando los hechos bajo la sombra del minarete, a los que se había unido el séquito de la conocida doña Aldonza Fajardo de Laro.

Aun desde mi escondrijo y por el rabillo del ojo avizoré como la viuda Mencía, acicalada y perfectamente enlutada en seda oscura de la cabeza a los pies, abrió la puerta chirriante que daba a la sacristía y se colocó en las últimas filas de las banquetas estirando los pliegues de su saya y componiendo su mejor cara de santurrona. Salí entonces de mi escondite con ropas de monaguillo y me coloqué a los pies del púlpito pues hubiese sido aquella nuestra última baza para explicar allí mi presencia. Para la presencia de la viuda, en una iglesia cerrada a cal y canto, ninguna excusa hubiera resultado plausible.

Se arrodilló doña Mencía, se cogió las manos y cerró los ojos para murmurar una avemaría mientras entraban los fieles de San Juan dispuestos a escuchar la primera homilía del día y yo preparaba el cuerpo de Cristo y el vino para la ceremonia.

VII. De cómo se resolvió el embrollo

La misa de nueve de San Juan estaba de moda. Como digo, acudía allí a sus devociones doña Aldonza Fajardo, legítima del corregidor Garci-Fernández Manrique, por el simple hecho de encabritar a su marido, pues era de dominio público que el corregidor tenía varias amantes entre su servidumbre, y aquello era la comidilla en los mentideros y dividía a la plebe entre los hombres que veían con buenos ojos que uno desfogase con núbiles criadas y las mujeres que aborrecían tamaña cornamenta y mostraban su apoyo a doña Aldonza. De modo que el lugar se veía frecuentado no sólo por beatas, viejos y pedigueños riñendo para coger el mejor sitio que, exhibiendo heridas, pústulas y mutilaciones decían ellos que de las talas con los moros, se arracimaban en torno a la plaza, sino también por damas de calidad que acudían al reclamo de doña Aldonza y por otras que, sin tener calidad, la postulaban.

En cuanto don Anselmo comenzó la plegaria eucaristía y los fieles murmuraban la oración arrodillados le hizo un gesto el dominico y se levantó la viuda Mencía de la última banqueteta y salió con sigilo para cumplir las dos misiones que tenía aquel día. Había pergeñado doña Mencía que primero tenía que acudir a su casa a que le vieran el plumero, pues las noches que se ausentaba contaba a la servidumbre que íbase a cuidar a su hermana, que no había tenido suerte en la vida y vivía sorda, ciega y medio loca en un cuchitril del barrio de tundidores, y era la perfecta coartada para sus devaneos. Y, que después de que la vieran en su palacete iría donde el Potro a ver si encontraba a Vasco a contarle sobre mis derroteros.

Resultó que a media mañana se plantó doña Mencía en la posada del Potro para encontrarse con unos ojerosos y carilargos Mateo y Rosarito, uno barriendo la puerta y la otra afanada con

los guisos de la comida. Dijeron estos que habían pasado la noche en vela y que andaban preocupados por mi paradero pues nunca antes habíame ausentado de mi camastro. Decidió la viuda confiar en la posadera, sus palabras parecióronseles sinceras, y dióles las noticias en un escueto resumen de lo delicado de mi situación. Rosarito, siempre dispuesta ella a mediar en cualquier asunto que concerniese a mi persona, dejó reposar las lentejas y mandó que fuese el mudito y buscase a los golfillos para que no salieran de sus madrigueras hasta que no se arreglase el entuerto. No tuvo este problemas en encontrarlos, luego sus escondrijos habían sido los nuestros, y mediante señas y un palo sobre tierra les transmitió un mensaje innecesario, ya que no tenían pensamientos de asomar el hocico dentro de los muros de la ciudad por una temporada. Y, Rosarito, ni corta ni perezosa, fue donde la Hinestrosa a contarle a nuestro amo, pues aquella noche era otro que no había acudido a su cubil, pero de este se preocupaba menos.

El caso fue que, pasado el mediodía, el leonés y el mudito me escrutaban con ojos de halcón sin decir esta boca es mía, a lo mucho que llegaban era a gruñir y perjurar por lo bajini. El uno porque no podía y el otro porque aún no atinaba, pues acababa yo de contarles de viva voz lo que había acaecido, obviando, huelga decirlo, el asunto pecaminoso del fornicio de la viuda Mencía de Castro y don Anselmo.

—Cometí una estupidez... —balbucí.

—Soberana estupidez —matizó Mateo con sus dedos, apretando fuerte sus finos labios sobre los que ya había pelusa—. Tendrías que haberme avisado. Ya se nos hubiera ocurrido alguna cosa.

—Fue por Isabelita... —repuse con un arrullo de voz, la garganta más seca que un arroyo en el estío. Intenté tragar saliva pero no pude. Apenas había dormido y me corroía la culpa por dentro. Los párpados del mudito se abrieron cada vez más y más hasta que el blanco de sus ojos quedó totalmente al descubierto—. Haré cuanto esté en mi mano, suplicaré clemencia si es necesario...

Dio mi amo un sorbo a un cuartillo del vino que sobró de la misa y que habíale tenido a bien servirle don Anselmo para atemperarle el genio sombrío. Asintió circunspecto cuando se limpió

la barba de tres días con el dorso de la mano. Su mirada era la de esas ocasiones, severa y dura como el filo de un puñal, empero creí ver en su iris un atisbo de comprensión. El bueno de Mateo parecía enfurruñado y no hacía más que gesticular y emitir gruñiditos, a buen seguro que preocupado por como esta situación podría afectar a su futuro más inmediato, luego en aquellos días no podía imaginarse el mudito una vida sin libros ni conocimiento, y sin un camastro y sin las garbanzadas de la Rosarito. Una vida de trotacalles.

—¿Qué dice este? —inquirió mi amo con cierto desdén sin volver la mirada a Mateo.

—Que otra vez me rasque cuando me coman y no después —repuse presto recuperando el brío.

—Y, cuánta razón lleva el mudito... —estiró el leonés las piernas dando un sonoro suspiro a la par que palmeaba las nalgas del rapaz. Llevaba Vasco las calzas grises, un jubón oscuro y una capa granate que no había visto antes y que le daba cierto aire distinguido—. Al final, va a tener el mudito más sesos que tú, espabilado. Tuviste que ser el rey de gallos... —me señaló con el dedo. Se repantingó en la silla de madera y se cruzó de brazos. Cerró los ojos y movió la cabeza tensando la mandíbula—. ¡Voto a Dios! —rugió de pronto con su sempiterna voz pedregosa—. ¡Primero lo del duque y ahora esto! ¡No puedo fiarme de que no te metas en líos! ¡Bastante tengo ya con los míos!

Se avecinaba la tormenta que había previsto durante toda la madrugada.

Gruñó de nuevo Mateo aspirando aire y oscilando sus dedos con un «yo no he tenido nada que ver con este bultuntún», cosa que ya había dejado clara, pues pronto se acostumbra uno a lo bueno y como digo temía que la fortuna le fuera esquiva y perder sus privilegios.

Por un momento, un silencio plúmbeo, incómodo como una puñalada en el culo, se adueñó de la cocina de la sacristía, y recelaba lo peor, luego Vasco comenzó a acicalarse el mostacho, crecido más que la barba, renegando de Dios, la Virgen y todos los Santos que le venían a la cabeza. Debió percatarse don Anselmo de lo delicado de la situación y de que, nuestro amo, aunque fuere por unos latidos, estuvo sopesando dejarnos en la calle sin el patrocinio con el que nos sustentaba.

—Fue por una buena causa, Vasco —se levantó el párroco para verter de nuevo el vino en el cuenco del espadachín. Pese a que comportaba un gran riesgo, se atrevió a apoyar una mano sobre el hombro de mi amo con el fin de calmarlo—. No saquéis conclusiones precipitadas que yo anoche también pasé por eso —sonrió levemente dándole la espalda para sacar un queso grasiento de la alacena envuelto con un trozo de lino—. Quizás vuestras enseñanzas de caballero hayan calado en la cabeza de chorlito de este rapaz.

—¡Caballero! ¡Y un cuerno! ¡Me cago en las canciones y en los cuentos de caballería! —bramó iracundo—. ¡Lo que yo le he dicho a este zurumbático es que siempre hay que escurrir el bulto hasta que llegue el momento preciso! —apretó el puño y golpeó la mesa con violencia haciendo tambalear platos y jarras—. ¡Y que se mantenga alejado de los corchetes y señores! ¡Cristo! No se puede ser más pardillo...

Sentí como encogía al tamaño de un guisante y el calor subía por mis mejillas.

Hizo el párroco un aspaviento con la mano como quitándole hierro al asunto.

—Predicar a niños, confesar a monjas y espulgar perros es tiempo perdido.

—Este mochuelo ya no es un niño, no lo disculpéis —respondió con voz áspera como una lija a través de sus dientes apretados.

—¿Y qué debería haber hecho pues el joven Lucas? ¿Dejar a la moza en manos de esos desalmados para que mancillasen su honor? ¿Permitir que el diablo campara a sus anchas? —brazos en jarras clavó su mirada en mi amo en un arranque de cólera que quedaba ridículo con su voz de colibrí—. Ha actuado como buen cristiano y buena persona —hurgó en su narizota, cosa que hacía cuando algo lo conturbaba—. Y, sois vos... bien embriagado de vino... el que dice que los poderosos no siempre deben salirse con la suya.

—Empero, suelen hacerlo, es ley de vida —replicó mi amo cogiendo un trocito de queso, alargó la otra mano y me dio un pescozón con el nudillo del corazón. Por momentos, me sentí cerca de las estrellas en el firmamento, mas apreté los labios y de mi boca no brotó ni un solo quejido—. ¡Cago en Dios, fodido Lucas del demonio!

—¡No blasfamáis en la casa del Señor!

—¡Pues cago en todo, pardiez! —retorcióse mi amo de forma violenta sobre el taburete con la mirada clavada en la pared. Se llevó la mano a la cintura y desenvainó la daga, tras mirarla por un par de latidos dio un tajo al tocino, se lo llevó a la boca y lo masticó lentamente.

Mateo y yo suspiramos, aliviados, pues por un instante ambos nos vimos ensartados cuales puercos en San Martín.

Sentóse el clérigo en el taburete al lado de mi amo, cogió un cuchillo romo y mohoso y consiguió cortar una hogaza de pan sin que le temblase el pulso y rellenar su vaso de vino dejando que la ira de mi amo se diluyera. Acaricióse su papada recién rasurada y quitóse un moco bien hurgado con la uña.

—Lo pasado, pasado es —se mojó el gaznate el dominico y se aclaró la garganta—. Ahora, nos toca repensar cómo salir de este atolladero.

—Algo habéis cavilado ya... —entornó mi amo sus párpados—. Os voy conociendo, don Anselmo, y cuando ponéis esa cara de paniaguado... sé que algo habéis urdido.

—El caso es que sí, algo he pergeñado, más habrá que soltar oro... —sonrió ladino quitándose unas miguitas de la comisura de sus labios.

—Con oro todo se puede arreglar, menos comprar a la parca.

—El vuestro... —aventuró don Anselmo relamiéndose los labios.

—Cuál si no... —suspiró mi amo calculando cuántos maravedís le quedaban en la bolsa que guardaba bajo una loseta suelta de su camastro.

—Y, por este rapaz que ya os ha salvado la vida más de una vez... —matizó el dominico.

—Abreviad, don Anselmo, y pasad ya al segundo acto, mas yo sabré cuánto me veo obligado por estos dos arrapiezos que me sacan hasta la sombra —lanzóme Mateo una mirada iracunda que podría haberme partido en dos si hubiera tenido filo—. Contadme sobre este alguacil mayor... dicen que es hombre recto salvo en los caprichos de su esposa...

—De don Gonzalo no tendréis que preocuparos, como bien decís no es oro todo lo que reluce, precisamente... —eructó el párroco—... y me debe favores.

—¿De qué tipo?

—Del tipo que no os conciernen.

—Contadme pues como salimos de esta...

Por la media sonrisa que esbozó el leonés conjeturé que parte de su pose era fingida y que ya se le ablandaban las entrañas, y que, a pesar de sus modales hoscos y sus silencios, Vasco me apreciaba de veras. Y, si me lo guardan vuestras mercedes, diré como don Anselmo, que más de un motivo ya tenía, voto a Dios, después de la mojada que le di al Carmona no hacía tanto en la plazuela de San Leandro en Sevilla, de espaldas y sin gloria eso sí, pues parecía aquella mi especialidad: la de pinchar por la espalda.

Qué cómo se arregló el embrollo, ya oigo las preguntas de vuestras mercedes resonando en sus cabezas mientras releen estas líneas. Para lo que viene al caso iré al grano y les mentaré que ciertamente fue don Anselmo quien medió con el alguacil mayor. Resultó que el dominico tiempo atrás había falsificado unos legajos de la parroquia que documentaban el linaje de cristianos viejos de su familia, y era el sacerdote de los pocos que conocían el secreto de los Espinosa de San Cristóbal que, para mi buena fortuna, querían hacerse un nombre y medrar en el escalafón de la ciudad —se rumoreaba que el hermano mayor del alguacil aspiraba a caballero de los veinticuatro luego se había casado este con la hija mediana de don Pedro de los Ríos cuando todos decían que iba ya para monja de convento y vestir santos—. Y, si alguien destapaba el rumor sobre la nobleza de su abolengo... todo podía irse al traste. Fue por ello que este don Gonzalo se mostró tan recatado a la hora de enfrentarse al párroco aquella mañana. Y, se cobró don Anselmo el favor para que olvidase el asunto y no diese cuenta al corregidor, y como fue acompañado de una bolsa con un excelente para él y diez cuartos de plata a repartir entre los corchetes, nada más se dijo salvo que habría que arreglarlo también entre los sirvientes de los Méndez de Sotomayor que eran los agraviados. De aquella tarea encargóse mi amo, mas era un asunto en el que habría que mostrar cierta contundencia de palabras y de formas, y, otrosí, quería mandarles de paso una advertencia sobre mi persona.

Así pues, presentóse el leonés esa misma tarde donde el Bureo, un sótano en la cava de los Paraísos, pasada la hora del ángelus, con aire de mercader despistado. Era aquel lugar, el Bureo,

donde se libraban todos los lances permitidos por las pragmáticas de los Católicos y, sin disimulo, otros que no lo eran tanto. Pues ya recuento que nuestra pía reina Isabel, muy beata ella y justa de su pueblo y de cosas como el dogma de la concepción de la Virgen y de la causa católica en las Españas, asistida por su pléyade de confesores, había prohibido juegos de naipes y de dados so pena de recibir zurriagazos en público para deleite de los gentiles de bien. Aquello era como predicar en las Alpujarras, porque si algo entusiasmo a nuestras gentes, amén de las corralas, las cañas, los bohordos y los toros, era apostarse la sonada de la falquitrera, la esposa y la vida con una jarra de vino en la mano y en la otra un timazo de naipes. Muchos eran los que jugaban pues siempre los vicios se abren camino en los lugares más insospechados. Y, en algunas casas se juntaban señores y pícaros y hasta las damas que, aunque no eran admitidas en tugurios como el del Bureo también les picaba el gusanillo a las más espabiladas. Y, es de maliciar que en gente bullanguera, altanera y de estocada fácil, sobre todo con vino de por medio, no hay que decir que, muy a menudo los juegos terminaban con un voto a Cristo, a San Cristóbal o a la Virgen y una buena sarta de hurgones.

A lo que vamos, el tugurio del Bureo hervía aquella tarde de valentones, jaques, cantoneras, rufianes, ciertos y ganchos y hombres que iban a jugarse las uñas y hasta el alma. En la docena de mesas, naipes, dados y dineros iban y venían cambiando de manos, provocando reniegos, maldiciones, votos y juramentos, por la Virgen, por Cristo, por Judas y por el mismísimo diablo, si con ello se conseguía ganar una mano y llevarse unas blancas a la bolsa. Entre las miradas de codicia, las risotadas y el murmullo de las conversaciones y el ir y venir de cucos, gariteros y mirones, oteó mi amo en torno y eligió la mesa adecuada, y desplumó sin piedad y con regocijo a ese al que llamaban Pilatos —sentábase el desgraciado sobre sus posaderas en un mullido cojín— y a sus secuaces jugando a sangría lenta a la polla, al cientos y al reparolo, encabritándolos con alardes y chanzas que despertaron no pocas risas entre los parroquianos, dejándolos con mala sangre, sin blancas, sin parola y sin aliento. Y, con muy malas pulgas.

Como era de prever, lo aguardaron los facinerosos en la calle, embozados entre las sombras para recuperar lo suyo. Entonces, me imagino la escena tantas veces contada, volvióse mi amo

despacio, muy sereno, con aquella calma glacial que quienes lo trataban bien consideraban pregón de que eran aconsejables tres pasos atrás y precaver la herreruza.

—Quiero proponeros un trato —miraba muy fijo al Pilatos que cojeaba ostensiblemente por mi mojada. Los otros tres se quedaron muy quietos, perturbados por lo extraño de la situación, pues parecía que ese hombre de la nariz torcida con aspecto de inofensivo mercader los estaba esperando, y no al revés. Sacó con la siniestra la bolsa que les había ganado a los naipes, con la diestra se llevó la mano a la empuñadura de su ropera—. Os devuelvo vuestros dineros...—los tiró al aire y el enano cogió la bolsa sin que cayese al suelo en un alarde de reflejos.

Con avidez recontó las monedas con sus dedos mugrientos. Una sonrisa desdentada asomó en su semblante iluminado por el hachote que colgaba de la ventana de una de las covachuelas de chamarileros aledañas al ensanche de Paraísos.

—Está todo —convino cuando terminó de contar.

—No falta ni una fodida blanca —de nuevo metió mi amo la siniestra en los pliegues de su jubón. Sacó otra escarcela con un excelente y diez cuartos de reales de plata dentro, la misma cantidad que había empleado con los corchetes. Una pequeña fortuna para estos desgraciados. La hizo tintinear y se la lanzó al otro secuaz que acompañaba al Pilatos, el espigado de cabello gris y tupida barba con cara de comadreja—. Y, esto por olvidar un asunto.

No hizo falta la luz de un hachote para entrever los huecos entre los dientes del sirviente de los Méndez de Sotomayor.

—¡Diez cuartos de plata y un excelente de oro! —exclamó.

—Nadie da dineros ni milagros gratis, ni los curas ni las monjas —gruñó el Pilatos que quizás aventuraba ya alguna estratagema—. ¿A qué se debe vuestra generosidad?

Dejó pasar Vasco cinco latidos para que todos tomasen conciencia de que podían gastar monedas durante una temporada putañeando, bebiendo, jugando o lo que les viniera en gana antes de partir a la guerra.

—Quiero que olvidéis el incidente de ayer con los mochuelos. Diréis a vuestro señor que el incendio fue un accidente y santas pascuas.

—¿Y los corchetes? —dijo el Pilatos tras un incómodo silencio.

—De eso ya me encargo yo.

Los tres se miraron. Todos esperaron a ver qué hacía el Pilatos, pues era el más agraviado, sobre todo por la herida en sus posaderas. Su mirada arrogante recorría de arriba abajo a Vasco, y cuando terminó la inspección, tras observar la espada con los gavilanes marcados de arañazos, las cicatrices del rostro y los ojos fríos bajo ese cabello encrespado, la firmeza de aquella mirada no era la misma que al empezar.

—¿Y qué pasa —repuso así mostrando coraje ante sus compinches—...si no me da en gana y quiero ajustar cuentas? —la respuesta había sonado firme, aunque no faltó cierta vacilación al final, con una rápida mirada a los suyos, pues quizás quería saber lo que esperar de ellos.

Suspiró el enano que asía la bolsa con las monedas de plata.

—Es plata, Pilatos —tintineó la bolsa en sus manos—. Plata de la buena.

—Y oro —terció el desdentado—. Más de lo que vamos a conseguir de los señores del Carpio en las talas de los moros, y ahí nos jugamos el pellejo.

En aquellos tiempos un hombre podía perfectamente hacerse matar por su reputación, pues entre caballeros había quien decía que todo se disculpa menos la deshonra y la cobardía. Afortunadamente, el Pilatos no era un caballero ni era uno de esos hombres. A fin de cuentas y en última instancia, el honor se suponía propiedad del hidalgo, a diferencia del pechero que soportaba carros y carretas. El famoso honor de los juglares y de las historias de caballerías quedaba para las plazas y los corrales de comedias.

—Y nos ha devuelto lo que nos ha pelado con los naipes —concluyó el enano—. Más vale pájaro en mano que buitre volando...

Muy despacio, tomándose su tiempo, el leonés se rascó la barba de tres días. Y, luego, con la misma mano, sin exagerar el gesto ni ostentación, desembarazó su capa carmesí dejando libres las empuñaduras de la ropera y la daga que llevaba detrás, al costado.

—Pues pasa... que si quieren ajustar cuentas... tal vez vuestras mercedes tengan que chocar aceros esta noche.

Los otros dos dejaron de sonreír de golpe y se centraron en el asunto. Una cosa era ser dos —y medio, pues el Pilatos andaba cojo—, y robarle a un desconocido en las callejuelas, y otra muy distinta era toparse con un fulano con aire de matarife que les ofrecía un trato ventajoso, y que de buenas a primeras sugería ahorrar trámites o despachar el negocio de inmediato por las bravas.

—Sarna de vuestra merced —escupió el Pilatos un gapo sorbiendo mocos—. ¿Por qué defendéis a esos desarrapados? La mozueta estaba allí a voluntad de venderse por unas monedas y una jarra de vino.

—Eso es asunto mío.

Apretó mi amo la mandíbula.

—Me pica la curiosidad tanto como un sarpullido—se rascó la entrepierna el Pilatos.

Parecióse que mi amo se lo pensó unos instantes antes de reponder.

—Porque uno me salvó la vida —sonrió con un gesto torcido—. Y, eso es algo que valoro.

Se encogió de hombros el Pilatos como si esa respuesta le valiera; a buen seguro que ya pensaba lo que sus compinches: que más valía pájaro en mano y tragarse el honor, que ciento volando y terminar con otra mojada en aquella noche.

—Que no me los vuelva a cruzar en mi camino —gruñó el Pilatos antes de alzar la mano para que lo siguieran sus adláteres.

Así pues, el asunto debió quedar ahí, a la postre no lo hizo, empero esa historia vendrá a su debido tiempo.

VIII. En los campamentos de los ejércitos

Amaneció el Señor bien temprano y pusimos en arma a las puertas de la ciudad no fuera que la suerte se torciera de nuevo —de los vaivenes de la diosa Fortuna puedo dar fe a lo largo de mi azarosa vida—, y, de aliada que parecía ser, cambiase súbitamente de bando pues conocido es que la fodida tiene caprichos de infanzona.

Eran nuestro destino los campamentos de las levas acantonadas cerca de la Torre de la Calahorra, detrás del arrabal de los moros harruqueros del Campo de la Verdad. Lo recordarán vuestras mercedes por los sucesos acaecidos la noche de la taberna del Turco, vísperas de San Juan, consecuencia de los cuales terminó Vasco con un feo costurón, y a punto de perder la vida estuvo, si no fuera porque Mateo y un servidor apedreamos a la cuadrilla del Rata con puntería y destreza de ballesteros reales en el cementerio de los moros. Cosa esta que ya he narrado en otras crónicas, así que centrémonos en aquella mañana. Ay, a veces las palabras corren solas delante de mi pluma como si tuvieran vida propia.

Cabalgaba ensartado a grupas del espléndido corcel bayo que manejaba paciente el leonés, riendas sueltas y prietas sus piernas a los flancos del animal, para guiarlo por el paseo de las murallas que bordeaba la ciudad buscando la catedral, el puente y la ribera del Guadalquivir. De soslayo, mientras me quitaba las legañas con el dedo, oteaba el alboroto de gentes, carretas y bestias de la calle la Feria antes de la hora tercia. Iba con los labios bien cerrados para no molestar los pensamientos de mi amo, pues por poco —o mucho oro— me había librado del castigo de la justicia del concejo, y se hallaba Vasco con el genio sombrío y de muy malas pulgas. De tal guisa estaba el leonés que a cualquier cosa que le mentase me respondía con un

bisbiseo ronco de cállate la puta boca, muchacho del demonio.

Como ya les recuento, los reyes, aun ausentes con sus asuntos en las provincias del norte, habían dado orden de continuar dando por culo a los moros a más no poder, y la ciudad era un hervidero de gentes que intentaban hacer negocio con la guerra. Eran constantes las caravanas de carretas y acémilas que partían de Córdoba y de sus poblaciones aledañas y que portaban los bastimentos y recuajes para los fronteros reales, o que traían viandas y pertrechos de otras partes de las Españas. Es fácil imaginarse que las puertas de la ciudad y las principales calles eran un hervidero de comerciantes, chamarileros, soldados, sirvientes, banderizos, escuderos, golillas, letrados, curas, frailes, caballeros de premia, buscavidas, pícaros, esclavos, criadas, damas, cortesanas y cantoneras para todos gustos y colores. Había quien decía que los Católicos y sus guerras atraían dineros y prosperidad a la ciudad; a buen seguro eran los mismos rapiñadores que se estaban haciendo de oro con la muerte y el hambre que acarreaban las conquistas de los reyes y de los nobles. Cosa mala es la guerra, puedo asegurarlo porque en más de una estuve, que arruina los campos, estrangula el comercio y las empresas de los hombres, mata a los inocentes y recompensa a los culpables, sume a los honrados en la pobreza y llena los bolsillos de los rapiñadores y, al final, sólo acaba alumbrando cadáveres, pinturas en lienzo y canciones de poetas.

Así estaban las cosas en aquella Córdoba de finales de siglo que llevóme el leonés por este paseo de las murallas hacia el puente que dicen romano, abriéndose paso a contracorriente entre las carretas de la campiña que se amontonaban una detrás de otra en un reguero de decenas, transportando sus géneros a la alhóndiga de la Catedral y a las plazas del interior de la Villa y de la Axerquía. De fondo, una cacofonía de gritos, dicterios, rebuznos, balidos, mugidos y el rumor constante de las aguas del Guadalquivir que bajaban con fuerza desde los picos. Apenas podían poner orden el piquete de guardias que custodiaban el puente entre la nube de polvo que se levantaba desde más allá de la Calahorra. Tal era el caos desde que despuntaba el sol, que cada cual hacía lo que podía para abrirse camino entre el bullicio, la plebe y las bestias.

Un poco más adelante, dos arrieros lanzábanse improprios, pues uno había intentado

adelantar al otro —llevaba este otro unas mulas escuálidas que más parecían galgos y que poco hacían por tirar por más zurriagazos que se les diera— y habíanse entabado los ejes de las ruedas, y tenían parado el tránsito luego las mercancías del uno, nabos, lechugas y cebollas, se habían desparramado por el firme del puente y los más avisados se las llevaban al zurrón sin mostrar vergüenza ni recato. Dos guardias bisoños se disponían a separarles cuando ya se liaban a mamporrizo limpio entre los vítores y las carcajadas de los allí presentes que los alentaban, mas de sobra es sabido que una buena pelea es una forma de amenizar la espera y el olor de la sangre siempre envalentona el espíritu de nuestras gentes. Uno de los guardias recibió un puñetazo del mangurrián de las patillas de hachuela y cayó de espaldas, trastabillado, ante las risas del gentío, empujando a una aguadora y haciendo que el cántaro que portaba en el costado cayese al empedrado rompiéndose en mil pedazos. Las mejillas de la moza se tornaron bermejas y una vieja enlutada que la acompañaba comenzó también a vociferar a los soldados alzando su puño amenazante. El caos se adueñaba del puente.

—Agárrate bien, muchacho, no sea que caigas en uno de esos rodales y tengamos una desgracia —barbotó mi amo con un puntito de sorna mientras tiraba de las riendas y el caballo se pegaba al borde del pretil para esquivar la jarana que se había montado.

—No os preocupéis, no caerá esa breva —repliqué con un bostezo soñoliento—. Bicho malo nunca muere.

—Solo cuando lo aplastan con la suela de una bota.

—Estaré bien lejos de esa bota cuando se levante, no os quepa duda.

Reculó el caballo un par de pasos bufando pues crecía la algarabía.

—Deja tus gracias para cuando no tenga que salvarte el culo —espetó Vasco palmeando al animal en la tabla del cuello—. Con mis dineros...

—Os recuerdo que un servidor os lo ha salvado por dos veces y no por ello se me agria el carácter. Dice el refrán que hoy por ti mañana por mí.

—También dice que hombre precavido vale por dos —escupió por encima del pretil—. Para refranes estamos hoy, muchacho, cago en Dios...

—No blasfeméis, mi señor... —no pude evitar replicarle con una risilla, imitando la voz de pajarillo de don Anselmo, ya que feliz me encontraba aquella mañana en que me había librado de los calabozos, las galeras y una buena tunda, e iba a ver mundo más allá de las murallas y especulaba con las aventuras que nos esperaban.

Tiró Vasco de las riendas con fuerza y encabritóse el rocín alzando un poco las patas y no tuve por menos que agarrarme a la capa del leonés para evitar caer por encima del murete que guardaba el puente. Alargué mi cuello y me asomé al vacío, el río bajaba de las sierras oscuro de barro, arrastrando ramas y troncos, y brioso por las lluvias. Tragué saliva y me limpié el sudor frío que perlaba mi frente, mas aún tenía el susto en el cuerpo.

Dióme de seguido el muy cabrito un codazo en las costillas que hizóme soltar todo el aire de mis pulmones sin que pudiera replicarle.

—Cierra la puta boca, muchacho del demonio. Y cúbrete la cabeza, zoquete, que mientras menos se te vea esa carilla de perro sarnoso, mejor será —siseó picando espuelas al caballo para que avanzara por un hueco del flanco pues la multitud se apretujaba en torno a la pelea. Habían acudido más guardias de la cuadrilla de las murallas y estaban dando garrotazos al de las patillas de hachuela y a quien se terciase en su camino.

La caperuza cubría mi rostro cuando pasamos por el entramado de casuchas de adobe y paja del arrabal, no fuera que me cruzase con alguno de los sirvientes de los Méndez de Sotomayor y todo el amaño se fuera al garete, como digo los hados son caprichosos con el destino de los zagales de baja cuna, de genio inquieto y presuroso.

De aquella guisa entramos en los campamentos que preparaban las talas ordenadas por los reyes para después de la celebración de la Natividad del Señor, que, como ya recuento, hubiéronse adelantado aquel año antes de la primavera por las prisas de los Católicos, ya que los días de frío y lluvia solían traer treguas entre moros y cristianos. Eran estos los campamentos donde los señores reunían a sus huestes y las pertrechaban: el marqués de Cádiz y los calatravos en la llanura de la Calahorra, el Maestre de Santiago en los prados de levante y don Alonso de

Aguilar y el hijo del duque de Medina Sidonia cerca de las vegas de Almodóvar.

Era aquel acantonamiento, con los calatravos y los hombres que traía el marqués, el sitio en el que don Anselmo había apalabrado con el alguacil que nadie me buscaría problemas: fuera de la ciudad y con los que iban a la guerra, luego la justicia a menudo hacía la vista gorda si uno iba a luchar contra los infieles.

Una fina lluvia comenzó a caer del cielo plomizo que se había instalado sobre el alfoz cordobés, lo que enturbiaba los ánimos y las miradas de cuantos caballeros, sirvientes, soldados, hombres de leva y mujerzuelas habitaban las tiendas y las inmediaciones del campamento. Muchos huecos había en aquel desordeando entramado de lonas grises y parduzcas que se levantaba entre los hierbajos y el barro, pues aun quedaban semanas para partir. En verdad que esperaba otra cosa de los preparativos de la guerra. Pareció mi amo leerme la mente.

—El mismo aspecto que otro cualquiera... —graznó—. Recuerdos me trae de las noches húmedas y frías de la meseta.

—¿Eran como estos campamentos?

—Aquellos eran mucho peor, muchacho —sonrió esquinado. Escupió al suelo—. Nos apretujábamos alrededor de las fogatas, esperando, mientras nos helábamos, que la lluvia no arreciase. Asando los perrillos en las lanzas de compañeros muertos. Acurrucados cuando se apagaba el fuego bajo todas las mantas que podíamos encontrar, pegados los unos a los otros. Afilando nuestras armas para el trabajo sucio que habría que hacer cuando despuntara el sol... —carcajeó caustico—. Tienes mucho que aprender, muchacho... sobre la guerra y sobre la vida.

No pude por menos que asentir y tragar saliva pues aquello en poco se parecía a los cantos de los poetas.

Hombres, lona, metal, suciedad y barro. Las tiendas aparecían dispersas en todas direcciones sin orden aparente. Los caballos y las mulas estaban atados a los árboles, y su aliento humeaba como el de los soldados. Los fuegos del campamento, unos seguían ardiendo y otros se habían convertido en pavesas que el viento aventaba, llenaban el aire con olor a quemado. Los hombres que se desperezaban, en su mayoría con mantas, ya fuese porque montasen guardia o porque le

dieran a la bebida, nos otearon con el ceño fruncido cuando pasamos ante ellos.

Suspiró mi amo.

—La misma mierda de siempre.

Pasamos por delante de una fragua en la que trabajan dos herreros con mandil, uno de ellos, fornido y sudoroso, golpeaba el metal candente para darle forma de flecha y otro, metódico, afilaba las puntas con una piedra de amolar. Decían que las batallas que se preparaban para arrasar los panes, viñas, higueras y molinos de los moros de Málaga iban a ser más de mil, y que también iban a ir más dos mil caballeros de armadura. Muchas espadas y ballestas se necesitarían para tamaño ejército.

Más adelante un hombre orondo y calvo movía con un cucharón un mejunje espeso dentro de una marmita humeante y un zagal escuálido avivaba el fuego agitando unas tablillas, dos perrillos hambrientos de pelaje ralo los observaban con la lengua fuera y el hocico apuntando al cielo.

Unas lavanderas llevaban en cestos unas pilas de ropa sucia, cantaban y reían solaces poniendo buena cara al mal tiempo que se cernía sobre la ciudad y sus alrededores.

«...A oder y ser odido,

Y poder bien fornicar;

Y aunque me sea sabido,

No me pueden castigar.

A ti, Frayle mal christiano,

Que dexaste el monasterio,

¿Porqué haces adulterio

Con la muger de tu hermano?...»

Los soldados asomaban la cabeza de sus tiendas y las chistaban al paso con risas y comentarios procaces, mas no crean vuestras mercedes que se amedrentaban las mozas, al contrario, algunas les respondían con chanzas aun más desvergonzadas y las había incluso que apalabraban servicios por unas monedas.

Yo presenciaba todo aquello con los ojos muy abiertos pues lo más cerca que había estado de la guerra era cuando volvían los hombres de armas de la frontera y acudían a contar sus historias a las plazas, tabernas y mentideros —pueden maliciar vuestras mercedes que azumbrados de vino como se ponían era buen momento para birlarles unas blancas—.

—Pocas damas encontrarás por aquí, muchacho —musitó mi amo tirando de las riendas para que el caballo aminorase el paso y las mujerzuelas pudiesen pasar camino del río—. Deja de mirarlas que se tuerce el cuello.

—¿Cuántos dineros cuesta yacer con una de esas barraganas? —pregunté avivado por la curiosidad y la sonrisilla que me echó una moza de piel aceitunada.

Se volvió el leonés torciendo el gesto.

—Cuida tu lengua, muchacho del demonio, que no sabes ensillar y ya quieres cabalgar. De todo te pueden pegar si te acercas demasiado. Barraganas... —negó con la cabeza—... hay que foderse con el mochuelo. Más te valdría prestar atención a los libros, como hace el mudito...

—¡Por Cristo! —rezongué tapándome la nariz con la manga del jubón—. Mi señor, avivad el paso del caballo que no respondo de echar lo que tengo dentro.

Incluso el bayo dio un bufido cuando torcimos a la diestra y pasamos cerca de las letrinas, el pestuzo era nauseabundo y a punto estuve de dar una arcada y vomitar las empanadas y la carne de cabritillo que había tenido a bien preparar la Rosarito a modo de despedida con lágrimas en los ojos. Había varios hombres con las calzas bajadas y el rostro contrito en torno a un agujero, echando sus cuerpos toda suerte de ventosidades y uno de ellos parecía que meaba por el culo.

—Las enfermedades de vientre son el primer enemigo que te encontrarás en una guerra, muchacho —carcajeó Vasco levantándose el embozo del gabán de sayal pues el viento del oeste que traía los nubarrones comenzaba a arreciar. Ladeó la cabeza mientras me miraba desde arriba. Como un pájaro a un gusano. Espoleó al caballo—, y el segundo las gripes, y con tanto hacinamiento de hombres se llevan estos males casi tantas almas como las espadas. Recuerda lo que te digo, muchacho, que las guerras ya son difíciles sin que haya gente luchando en ellas.

—Es un consuelo —conseguí articular entre tanta peste.

—Más vale que te vayas acostumbrando, porque el camino que has escogido es ahí donde te va a llevar.

—Vuestro camino —dije limpiándome la saliva de la comisura de los labios.

—Creo... que eres tan necio como aparentas. Buen negocio hice contigo...

—Algo bueno habrá si vos lo tomasteis. A los que hemos nacido pobres pocas alternativas nos da la vida.

—Fijáos en el mudito, a este paso se labrará buen futuro con los franciscanos... Tú también sabes leer y escribir, también puedes hacerlo. Todo es cuestión de voluntad.

—No estoy hecho para copiar legajos ni cuadrar cuentas. Aaaarghh...

Di una arcada pues el viento de nuevo arrastró una vaharada de aire fétido y no tuve por menos que tragarme mi orgullo y los restos de empanada que venían de mis intestinos. Me tendió mi amo un pellejo de vino peleón.

—Ya veo para lo que estás hecho, muchacho, para peón de leva... morirás en primera línea... —suspiró—. Toma, enjuágate la boca.

Di un sorbo y a duras penas pude tragármelo.

—¡Voto a Dios! —exclamé—. ¡Qué diablos me habéis dado!

—Bebe y calla. Te quitará el sabor de tus vómitos y te arreglará las tripas —movió la cabeza—. Tienes mucho que aprender si quieres sobrevivir a toda esta pocilga. Porque, eso es la guerra, una mierda de vaca, bien grande y jugosa.

—Aprendo rápido —musité dando otro trago.

—Eso espero y más te vale, porque aún no has visto nada. Te diré una cosa que he aprendido con el tiempo —chasqueó la lengua—, y que espero que se te grabe a fuego: la guerra deja un sabor amargo en cualquier hombre que no esté medio loco, y ese sabor empeora con el tiempo.

—¿Por eso sois así?

—¿Así como?

—Tan cabrito.

—Quizás sea eso —sonrió enseñando los colmillos y me propinó un codazo que se clavó en

mis costillas.

—Ufff.

—Cuida esa lengua te digo, rapaz. He presenciado todo lo que acompaña a la guerra. Las marchas, las levas, la espera, la enfermedad —escupió al suelo y oteó al horizonte, con la mirada perdida, más allá de las tiendas, hacia las lomas de la campiña y el sol que intentaba abrirse paso entre los nubarrones sin conseguirlo—. Gente violada, robada, lisiada, quemada, aunque no hayan hecho nada para merecerlo. Las buenas personas y las malas parecen lo mismo al morir: pellejos de carne sin aliento.

Me quedé pensativo por unos latidos sin saber qué responder.

—Tendréis que enseñarme a manejar la espada... —dije al fin—...para defenderme —palpé el pomo de la mía.

Carcajeó divertido el leonés como si hubiera contado una chisme de la corte.

—Eso y otras muchas cosas, pero lo principal que te enseñaré es a sobrevivir, a matar y no dejar que te maten, en eso consiste la puta guerra... y la vida.

—No sabía que fuerais filósofo.

Me miró de reojo e hizo ademán de darme otro codazo mas ya estaba prevenido y pude dejar aire entre nuestros cuerpos.

—Aprendes rápido, muchacho, lo que te conviene.

—Entonces... ¿Vamos a la guerra?

Carcajeó divertido.

—Aún no, pero iremos a las tierras de los moros.

IX. De hazañas

Fue aquella mañana, lo recuerdo como si fuera ayer —hay cosas que se le quedan a uno bien grabado en la memoria— cuando vi por primera vez al que sería reconocido en años venideros como «el de las Hazañas». Hernán Pérez del Pulgar y García Osorio, oriundo de Ciudad Real y soldado veterano en las guerras castellanas, al que ya sus proezas le precedían en nombre, no lo confundan vuestras mercedes con el erudito y cronista de los reyes, también Hernando del Pulgar, ya mencionado en algún capítulo de estas crónicas. Ciertamente parecía un capitán forjado para ser leyenda, de porte gallardo y aguerrido, espíritu valiente, ingenio agudo, certero en sus palabras y con un don de gentes que iba más allá de lo habitual: de un vistazo ahondaba en lo bueno y en lo malo de cada uno y sabía de sus penas y de sus anhelos. Huelga decir que era devoto cristiano, decía que Dios le había regalado cada uno de sus dones para que defendiera la verdadera fe; y también devoto de los Católicos pues bien lo pertrechaban y lo cubrían de no pocas lisonjas y dineros. Sus hombres confiaban ciegamente en sus mandatos y seguíanlo hasta la gloria o hasta la muerte según se terciase el día pues a menudo una cosa llevaba a la otra. Incluso su lema: «El pulgar Quebrar y No Doblar», parecía sacado de un cuento de caballería de los que cantan los poetas. Recontábanse en los mentideros y tabernas de su arrojo en las guerras con los portugueses sirviendo a los reyes como punta de lanza, y de cómo sitiada Alhama por los moros, junto al marqués de Cádiz y otros valerosos señores, logró romper el cerco a base de sutilezas y argucias, según unos, a base de acero y estoques, según otros, y llegar hasta Antequera a pedir refuerzos para salvar la fortaleza. Contóme él mismo, tiempo después, que un poco de cada cosa hubo y también de abundante fortuna.

Centrémonos en el asunto, pues, de aquella fría mañana de diciembre, que a buen seguro el tiempo de vuestras mercedes es tan valioso como el oro y mi pluma corre sola cuando escribe sobre aquellos héroes de la cristiandad.

Desmontamos sobre el barrizal en que se había convertido el firme del campamento y ató mi amo el caballo a un nudoso tronco de encina y entramos en una tienda algo apartada del resto casi en la linde sur, entre la bruma del meandro y los trigos que bordeaban el camino de la campiña. En cuanto Vasco asomó la testa por el faldón de telas pardas levantóse una silueta oscura del taburete del fondo para darle un medio abrazo al leonés.

Se trataba de un hombre alto y desgarrado, de largas extremidades, embutido en calzas cortas y abombadas, un jubón gastado de terciopelo oscuro y camisa blanca de cuello de pico.

Dejóse hacer Vasco y le devolvió el gesto apretándole el brazo. Vi en sus miradas un destello de admiración y respeto, cosa rara en mi amo que no era pródigo en agasajos ni alabanzas.

—Vasco, celebro que estéis de vuelta —su voz era firme y grave y su mirada era profunda, aunque marcada con un puntito de locura—. Y que hayáis puesto en orden vuestros asuntos.

Se palpaba la complicidad entre ellos

—Lo prometido es deuda, Hernán —dio mi amo un pasito adelante oteando el viejo baúl, los aceros sobre los camastros y la vela de sebo que alumbraba la mesa creando sombras alargadas sobre las oscuras telas—. Y os acompañaré en esta empresa de locos.

—Bien sabéis que las guerras no son para los cuerdos ni para los cobardes —rascóse una cicatriz que le subía zizagueante desde el pecho hacia el cuello, parecía un tajo mal dado.

—En eso os doy la razón. Más bien son para los cortos de entendimiento o para los que no tienen donde caerse muertos.

Mostró los dientes el de las Hazañas en un amago de sonrisa.

—Nos hará falta vuestra espada y esa suerte que siempre os acompaña.

—Si así fuera que la suerte me acompaña, os aseguro que no estaría ahora aquí frente a vos.

Hizo un aspaviento con la mano el de las Hazañas.

—Seguimos vivos, Vasco, que es lo que cuenta —carraspeó indolente—. Y, este muchacho...

es el arrapiezo del que me habéis hablado... —se volvió hacia mí observándome atentamente, como un tallador observaría una extraña gema.

Quitóme Vasco la caperuza de un manotazo y conformé un ligera reverencia pues colegí que estaba ante un caballero de valía. En realidad, era ya más que un caballero Hernán Pérez del Pulgar. En aquella época había llegado a contino de los reyes y gentilhombre, por sus servicios en las guerras con los portugueses. Siempre me pregunté de rapaz porqué unos consiguieron tanto y otros tan poco, me refiero a mi amo, que según todos los testimonios mató con ahínco y luchó como el que más y como recompensa obtuvo una bolsa con monedas de plata y la amistad de por vida de otros soldados, algunos de los cuales, como era el caso, recurrían a él en momentos de necesidad. Ahora, con la distancia que me dan los años tengo claro que tales prebendas de continos, capitanes y gentileshombres van de la mano de hidalgos y casas de linaje y que, solo unos pocos de los de abajo consiguen alcanzarlas por la gracia de Dios o de sus señores. Tal no fue el caso del leonés, pues como recuento siempre el destino le dio una de cal y otra de arena.

—Se llama Lucas, y se las da de espabilado —comentó mi amo quitándose hierro y dejando el cinto apoyado sobre uno de los palos que sostenían la lona.

Ese gesto confiado me dio a entender que realmente estábamos entre amigos.

—Lucas... —me alzó el mentón con unos dedos huesudos y polvorientos, sus ojos grandes y negros me atravesaron el alma. Fue una sensación extraña pues sentí como si escarbaran y hurgasen en mi interior. Tenía algo de místico y de loco ese que ya comenzaba a ser conocido como el de las Hazañas. Y olía a incienso de iglesia y a tierra húmeda, al contrario que los otros soldados.

Asentí con la cabeza mostrando mi más cordial bonhomía.

—Lucas Expósito De la Iglesia, para servirle, mi señor.

—Un huérfano, un desarrapado de las calles has tomado por hijo, Vasco... Algo de especial tendrá el arrapiezo.

Sepan vuestras mercedes que Expósito y de la Iglesia eran algunos de los apellidos comunes

que se les daba a los huérfanos de padre y madre que se dejaban al cuidado de Dios en escalinatas de parroquias y zaguanes de conventos.

Mis mejillas se sonrojaron de orgullo al oír lo de «hijo» hilado a Vasco, pues nunca antes pensé que pudiera tener padre. Pronto me bajaron las ensoñaciones.

—Solo intento ser mejor persona —se encogió de hombros el leonés sin ni siquiera mirarme—. El destino lo puso en mi camino, podría haber sido este como podría haber sido otro.

—Estáis haciendo méritos con Dios, equilibrando las cosas, eso está bien, querido amigo. Es lo correcto. Un poco tarde, pero ya se sabe lo que dice el refrán... que más vale tarde que nunca —sonrió moviendo la cabeza. Me fijé entonces, mis ojos se habían acostumbrado a la penumbra, en que tenía una cara ancha y una barbilla prominente, y un fino mostacho a la moda francesa, y sus mejillas destilaban un leve rubor de vino.

—¿Cuántos años tienes? —preguntóme Hernán Pérez del Pulgar anudándose una de las agujetas que le cerraban el jubón, ocultando su cicatriz.

—Voy camino de los trece, mi señor —respondí sin desviar la mirada, aunque mi voz sonó entrecortada.

—Muy tierno lo veo para esta encomienda —musitó el de las Hazañas reculando y sentándose en el taburete.

—Con trece años ya sabía dar estocadas y... maté a mi primer hombre —comentó el leonés.

—Eran otros tiempos, Vasco. Ahora los zagales salen más blanditos que la mantequilla —carcajeó el contino secundado por otra sombra que permanecía agazapada a su diestra.

Hasta ese momento no me percaté de que había otro fulano en la tienda, de más inviernos que mi amo y su amigo Hernán, de cabello canoso y de rostro sombrío y macilento. Bebía de un cuenco una sustancia espesa y negruzca y delante de él tenía varios legajos con trazos de mapas dispuestos sobre la mesa. Por sus ojos huidizos, lo delicado de sus manos y el tizne que tenía en sus yemas deduje que no era hombre de armas, mas no presté atención en él pues el de las Hazañas era caballero de carisma que absorbía las miradas y los pensamientos.

—Ya me ha salvado la vida dos veces. Cumplirá —replicó Vasco tomando asiento en otro

taburete de madera de tres patas frente a los otros dos hombres—. Baeza, me alegro de veros...— le lanzó un cabeceo al desconocido y este le respondió el gesto. Sacó la daga y trinchó un trozo de cecina de un plato de barro para masticarlo lentamente.

—¿Has visto la muerte, Lucas? —no se andaba por las ramas el de las Hazañas. Su nuez oscilaba como el badajo de una campana. Acaricióse el mostacho, estirándolo, y de su garganta brotó un sonoro eructo—. ¡Por Cristo, que este brebaje que preparan los teutones sienta bien!

Miróme Vasco esperando una respuesta. Tuvo que darme un empujón para que saliera del encantamiento.

—Responde a Hernán, diablos, muchacho —graznó—. Te ha hecho una pregunta.

—De cerca, mi señor. La he visto de cerca. Más veces de las que quisiera —respondí de corrido esta vez con voz firme y sin aturullarme—. La muerte ronda por las noches en las calles de la ciudad, en cada recodo, en cada esquina, bien se lo puedo decir yo que he nacido en ellas. Y, parece tener cierto amaño con mi amo, pues sale coleando de cualquier entuerto.

—Posee labia el rapaz —sonrió el contino de los reyes mostrando dos paletas prominentes—. De bachiller —apostilló.

—Más de la debida —añadió el leonés esbozando una mueca torcida—. A veces habla como una vieja en una corrala, sin parar y sin miramiento.

No pareció complacido con mi respuesta el de las Hazañas así que reformuló la pregunta.

—¿Has matado? —tamborileó los dedos sobre la mesa y apretó los labios—. ¿Has hendido tu acero en la carne de un hombre, has retorcido sus entrañas y le has mirado a los ojos cuando se le va el alma? —puso su mano sobre mi hombro haciendo garra, tiró de mí y observó la espada corta que portaba con la seriedad con la que un cirujano observaría una herida supurante en el vientre de un soldado. La desenvainó en un parpadeo, paseó la yema del índice por el filo hasta tocar la punta y derramar unas gotas de sangre roja y espesa y volvió a envainarla con destreza. Se chupó la sangre. Asió la jarra de cerámica con la diestra y dio un trago largo que finalizó con otro sonoro eructo—. Responde, diablos. ¿Has matado con este filo para degollar gorrinos?

Dudé unos latidos en los que vinóme a la mente aquella noche sevillana en la Plazoleta de San

Leandro en la que trinché al hideputa del Carmona, a traición y por la espalda no lo dejé fiambre, empero, poco faltó, si bien es cierto que mi amo lo remató de un tajo en el gaznate. Asintió Vasco dándome su beneplácito de forma tácita pues pareció leerme los pensamientos.

—A un hideputa que acorralaba a mi amo.

Tras un breve silencio el de las Hazañas estalló en unas carcajadas que casi lo atragantan.

—¡Por San Cristóbal! —palmeó la mesa—. ¡A un hideputa que acorralaba a mi amo! Mi amo... —movió la cabeza hacia uno y otro lado—. Habéis llegado lejos, Negro... —si lo llamaba así era porque ambos habían matado o bebido o putañado juntos, colegí. O, probablemente las tres cosas—. Ahora os salvan el culo los arrapiezos que os llaman amo —no podía para de reír.

—Es lo que hay... —respondió huraño acodándose sobre la mesa—. Siempre hay hazañas que no se cuentan, Hernán. Eso queda para los fodidos hidalgos.

—Que no se os agrie el carácter, leonés —alzó la mano—, de sobra lo sé. Es la época que nos ha tocado... de señores y vasallos —carraspeó—. No es justa, empero, es así y nada va a cambiar por mucho que nos empeñemos. Luchar contra eso sería como luchar contra una tormenta o una riada, es la naturaleza de las cosas —alzó su jarra y la chocó con la de Vasco—. Aún recuerdo aquel amanecer cerca de Toro, vuestro escudo y vuestra espada estuvieron a mi lado dando tajos a los beltranejos cabrones de los portugueses.

—Y os salvé el culo, si mal no recuerdo —añadió mi amo con una media sonrisa, dando un sorbo a aquel brebaje negruzco, paladeándolo con la lengua.

—Y yo a vos... os saqué a rastras de la refriega.

—Eso es cierto, Hernán... Y es por ello por lo que aquí estoy.

—Si no fuera por hombres como nosotros... esos hideputas de la casa de Avís, adoradores de cantoneras bastardas, estarían sentados ahora en el trono de Castilla... y nos tendrían a su servicio, comerciaríamos con los infieles en lugar de guerrearlos y navegaríamos a la Mina en busca de oro y de negros guineos para hacernos ricos.

—Y, quizás, más a cuenta nos traería —graznó Vasco.

—Solo quizás, Negro —parecía hombre de mente rápida el de las Hazañas—. Los quizás no

nos valen en esta vida, solo las certezas y los designios de nuestro Redentor... —se sacó un crucifijo de plata que colgaba de su cuello—... Ya mostró su voluntad, que Isabel y Fernando nos comanden en esta cruzada. Es lo que hay —besó el metal de la cruz.

—Es lo que hay —repitió mi amo con la boca chica.

El hombrecillo apocado sentado al lado del de las Hazañas pareció inclinarse sobre la mesilla para decir algo, pero justo en ese momento entraron en la carpa dos hombres armados. Uno tenía la tez oscura y el pelo rizado, era alto y delgado, de mejillas barbudas y ojos grandes, parecía moro por su vestimenta, un tornadizo, sin duda. Más tarde me enteré que lo llamaban Pocasangre, que apenas hablaba, y que, en efecto, era un tornadizo oriundo de Murcia y que sería nuestro adalid en las tierras de Granada. El otro fulano era algo más bajito que mi amo y tenía un cuerpo nervudo, iba bien herrado y vestía con botas y calzas oscuras, jubón y colete de cuero, y las gotas de lluvia tapizaban su capa raída. Nada más verlo me dio mala espina.

—Diego, nos preguntábamos si se os habría tragado la tierra o si estaríais retozando con alguna barragana —se levantó Hernán y le estrechó el antebrazo.

Sonrió el tal Diego, al que muchos se referían como Diego «el Chirlo», mostrando una hilera mellada de dientes amarillentos. Traía este la cara chupada y de punto, porque a puros chirlos la tenía toda hilvanada bajo una barba rala, rebozada de polvo y sudor de la cabalgada, que le daba un aspecto de maleante.

—Hernán, siempre es un placer veros, y a vos también, Baeza —le dijo melindrón al hombre en penumbra. Volvióse hacia mi amo el mellado quitándose un extraño sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal—. Vasco... —dejó al descubierto su cabeza rapada.

No hizo ademán el leonés de levantarse, alzó el mentón a modo de saludo.

—¿Qué nuevas nos traéis? —inquirió el hombrecillo silencioso, el tal Baeza. Di un respingo pues su voz era inusualmente grave y varonil.

—Baeza tiene la mosca detrás de la oreja —comentó Hernán, jovial, palmeándole el espaldar.

—Y yo también —apuntilló Vasco—. Mientras más días pasen, más oídos habrá preguntándose qué diablos hace el de las Hazañas por Córdoba y no en Alhama... Es lo que tiene

ser afamado soldado.

Me contaron después que era de dominio público que el conde de Tendillas había ofrecido palacete y tierras para que Hernán siguiera a su servicio en la punta de lanza de la cristiandad en tierra mora, Alhama, a tiro de ballesta de Granada. Desde luego que las guerras intestinas en las que andaban los nazaríes, abencerrajes y zegríes, todos ellos señores de linaje que ansiaban el trono de Granada, unos con Boabdil y otros con Mulay Hacén y el Zagal, les venía de perlas a los intereses de los Católicos y su cruzada. Son apuntes que recuento a vuestras mercedes no por engrosar líneas si no porque son datos que vienen a cuento en toda esta aventura.

Se cruzó de brazos Diego el Chirlo y todas las miradas se volvieron hacia él.

—El condenado moro está a buen recaudo en la villa de La Rambla, en casa del Matallanas, para no atraer la atención de ojos indeseados —oteóme de soslayo frunciendo sus finas cejas, a buen seguro que no se había percatado de mi presencia hasta ese momento. Me emparejé con mi amo, receloso de su aliento a perros muertos—. Se ha quedado el Mulato con él por si hubiera algún impedimento. Llegamos de noche y nadie se enteró.

Miré a mi amo cuando nombraron a Matallanas y este movió la testa para que no me entrometiese, como diciendo luego te lo cuento. Oteaba a uno y otro intentando dilucidar lo que allí tramaban estos montaraces de frontera de aspecto fiero y aguerrido.

—¿Cómo están los caminos? —quiso saber Vasco.

—Con mucho barro y poco trasiego —terció el moro tornadizo limpiándose la barba de la tierra que tenía incrustada. Vestía una aljuba larga de estameña ceñida por un grueso cinto de cuero con una gran hebilla, del que colgaba un alfanje de pomo gastado.

—Habrá que partir pronto —apostilló Baeza levantándose del taburete. Se estiró una deshilachada gonela gris sobre una cota de malla herrumbrosa que le quedaba ridículamente grande. Desde luego que no era hombre de armas mas parecía pinchar en este asunto más de lo que su aspecto apocado traslucía—. Mientras más nos demoremos más serán los ojos y los oídos que nos presten atención.

Apuró su brebaje y levantóse también el de las Hazañas limpiándose las manos en las faldillas

de la escarcela de cuero curtido que le cubrían los muslos.

—Las prisas también matan. Y, con este tiempo... —dijo Hernán.

—Hace un frío de mil demonios por los caminos —rezongó el Chirlo. El tornadizo Pocasangre asintió con un escupitajo.

—Es preciso, el destino de Granada y de la guerra está en juego —repuso Baeza sin amilanarse—. Ya estamos todos, ¿no? —sus ojillos de topo se volvieron hacia mí. Sus finos labios se juntaron—. El joven Lucas es el último de la cuadrilla.

Asintió el de las Hazañas tras otear a mi amo. Y, de nuevo, mis mejillas se ruborizaron.

—Vayamos a por Ojeda y el resto, pues, y ensillemos los caballos. Ya habéis oído a Baeza, no hay tiempo que perder, que ese Bencerraje hay que llevarlo pronto a Guadix.

Bencerraje. Guadix. Eso era tierra mora bien adentro. Decían los soldados que acudían a la taberna del Potro que en Guadix estaba la corte de ese Boabdil, rey Chico, pues nadie en la Alhambra había visto con buenos ojos que el sultán hubiese claudicado tan pronto a las exigencias de los reyes cristianos dejando a su hijo como rehén para hacer la guerra a su padre. Otrosí ya les recuento que Mulay Hacén se había hecho fuerte en Granada, o más bien, su hermano el cabrón del Zagal, pues era este quien gobernaba con mano de hierro, estando Mulay Hacén medio enfermo y medio embrujado por el coño de la muladí Zoraida. Todo aquello y mucho más se maliciaba en los mentideros de la Alhóndiga y el Colodro, y en tabernas y antros, donde los orujos y el vino soltaban la lengua de fronteros, soldados, caballeros, damas, sirvientes, escuderos, pajes y tusonas; y cada cual tenía su versión de los hechos y argumentos de cómo se debían hacer las guerras a los moros y cómo y cuándo había que talar las tierras de Granada y qué plazas había que tomar primero.

Tragué saliva, en buen atolladero me iban a meter mis correrías y mis ínfulas de héroe de caballería. En breve sufriría en mis carnes que las cosas no son como las cuentan los poetas y los juglares. Pues créanme vuestras mercedes cuando les digo que fue aquella conquista de Granada una guerra dura y sucia —tampoco es que nunca las haya conocido de otra forma—, de asediar fortalezas y torres y quemar las huertas y las mieses para acabar con el sustento del enemigo y de

su pueblo, y donde se utilizaban tiros de pólvora para echar abajo los muros de piedra. Y, sobre todo, donde la gente moría y pasaba penurias y hambre. Muchas penurias y mucha hambre, por la gracia de Dios, del Papa, de los Católicos y de la Cruzada.

—¿Y este pichón? —inquirió Diego el Chirlo con una mueca torcida. Observóme de nuevo a contraluz con aire valorativo. Alzó la mano mugrienta para levantarme la barbilla. Había un brillo oscuro en su mirada, mucho más oscuro que el de mi amo—. Si aún no tiene bozo —me dio un cachete que me hizo mover la cabeza. Olía a sudor, metal y cuero, como todos.

—Es mi escudero —se levantó Vasco y apoyóse sobre mi hombro tirando de mí—. Y, nadie le pone la mano encima.

—Está bien, está bien, Vasco —carcajeó ufano dando un paso atrás—. Nadie le tocará un pelo, a menos que se lo merezca... Voto a Cristo, Vasco el negro con un escudero... Cómo prosperan las gentes que no van a la guerra —escupió al suelo sus palabras.

Cogió mi amo el cinto apoyado en el palo que sostenía la tienda y llevóse la mano al pomo de su ropera. Tintinearón los aceros de Diego el Chirlo y del tornadizo Pocasangre.

—Cada uno hace la guerra como puede, Chirlo —la mirada del leonés se volvió glacial como un témpano de hielo—. ¿Algo que objetar? —sus labios dibujaron una mueca extraña mostrando sus colmillos.

Durante un par de latidos un silencio espeso se adueñó de la tienda. Se miraron tranquilos sin despegar los labios. Inmóviles, reconociéndose. Tras un momento callado y como pensativo, el segundo rio de nuevo. Más fuerte esta vez. Más prolongado.

—Vosotros dos, otra vez, diablos os lleven... —dijo el de las Hazañas bostezando como si fuera a desencajársele la quijada—. Dejad vuestras disputas pendientes para cuando hayamos terminado la encomienda, que para eso os pago y no para que mis hombres se madruguen como borrachuzos en una taberna —hizo un aspaviento con la mano y se frotó los riñones. Asió el cinto del camastro y se lo ajustó con movimientos precisos. Era una espada jineta con un pomo dorado y cenefas de adornos. Parecía mora—. Vayamos a por el bravucón de Ojeda, si es que a ese pequeño demonio no lo han ensartado en alguna de sus borracheras, y a por el resto...

X. Y de héroes

A media mañana el cielo seguía encapotado de un gris cenizo y el viento arreciaba del oeste. Caía esa fina lluvia a la que Vasco y las gentes del norte se referían como chirimiri, calando la humedad poco a poco en las ropas y en los huesos. Un paso por detrás de mi amo caminaba el que suscribe estas crónicas tirando de las riendas del corcel bayo, meditabundo por los extraños acontecimientos que se habían concatenado para mandarme en cabalgada a tierra de moros en compañía de aquellos hombres agrestes con aspecto de bandidos y montaraces más que de soldados. No habíame contado aún el leonés de que iba toda la vaina ni yo se lo había preguntado. Mi entendimiento procesaba todo aquello como si fuese un guiso de extraños condimentos. Otrosí, sabía que mi amo no gustaba de las preguntas delante de extraños, y aquellos hombres, al menos para mí lo eran.

He de reconocer que en aquellos momentos me embriagaban sentimientos encontrados, una excitación a medio camino entre el miedo y la zozobra y las ganas de aventura y de ver mundo. Recordé entonces las palabras de la vieja de piel tiznada que conocimos cuando fuimos huéspedes forzosos en el palacio del todopoderoso duque de Medina Sidonia. Sonreí para mis adentros. Afirmaba esta Fermina que podía ver el futuro en las líneas de mis manos y las arrugas de mi rostro, y que mi vida estaría llena de hazañas y portentos, hasta un mundo nuevo pisaría, pero que a cambio padecería el tormento de presenciar cómo me abandonaban todos mis seres queridos. A fe mía que apenas nadie la creía, salvo los esclavos guineos. Ahora, en la distancia de los años me pregunto si en realidad la anciana era medio bruja y podía escrutar entre las entretelas del tiempo o eran delirios de una vieja chocha. Un poco de cada cosa quiero creer.

Aquel día lo creía, creía que aquello era el comienzo de mis aventuras y de una nueva vida.

—¿De qué te ríes, muchacho? Cara de mamerto tienes... —inquirió mi amo con voz pedregosa—. Ni que se te hubiera aparecido la mismísima Virgen...

Me encogí de hombros pues, tal y como estaba el humor del leonés, sabía que cualquier cosa que dijese podría ser malinterpretada.

—Tiene ganas de ver mundo el zagal —respondió por mí el de las Hazañas volviendo la mirada con esa extraña sonrisa—. Se le nota a la legua...

—Pronto se le van a quitar —masculló el Chirlo calándose el extraño sombrero de ala ancha y escupiendo al suelo—. Apuesto un cuarto de plata a que mañana mandamos de vuelta al cagalindes con el rabo entre las piernas —oteó de soslayo a mi amo y este le devolvió el gesto.

Por cagalindes se refería a mí. Me dispuse a responder, empero, mi amo posó su mano sobre mi hombro.

—Dos cuartos a que aguanta toda la encomienda —repuso sin amilanarse lo cual me llenó de orgullo.

—Ahora no dispongo de dos cuartos —rezongó el Chirlo de mala gana rascándose la entrepierna.

—Pues callaos la puta boca, entonces. El rapaz aguantará lo que le echen.

Tiró el Pocasangre de la manga del Chirlo y asintió con la cabeza.

—Me lo presta el calladito el cuarto que me falta —sonrió enseñando su hilera de dientes amarillentos y mellados—. Si muere, también cuenta. ¿Qué decís, Negro?

—Que también cuenta —murmuró mi amo sin volver la testa.

—Testigo sois, Hernán, si muere cuenta.

Tragué saliva y tiré de las riendas del caballo que se había parado a echar un mojón. Ya hacía rato que había dejado de sonreír. A nadie le gusta que un canalla apueste por su vida como si fuera una tirada de dados.

—Si muere... también cuenta —repitió el de las Hazañas acompasando su zancada a mi paso. Puso su mano sobre mi cabeza en un gesto que me reconfortó y me susurró sin que nadie más se

percatase—: Aunque, me da a mí, Lucas, que vuestra vida será larga y llena de portentos.

Como refiero, poca actividad había en los campamentos, pues no se esperaba una gran tala hasta final de invierno. Pululaban entre las tiendas hombres de diferente catadura y ralea, había soldados y oficiales de la Hermandad, pero también matarifes a sueldo como el ya referido Pilatos, curtidos en el arte de la escabechina y de la guerra, de los señores que ponían el oro. Otrosí había mercenarios devotos de Cristo y de la Cruzada y que con la bula papal querían la recompensa del reino de los cielos, los suizos y los tudescos eran los más propensos a esto. Por supuesto que estos mercenarios venidos de otras naciones cristianas se habían quedado en las Andalucías, pues al norte con los reyes solo habían ido los de su confianza y sus ejércitos. Ya les recuento que eran estos soldados extranjeros temidos en la ciudad, cuando entraban solo querían armar bulla, beber y putañear.

Del resto de hombres de leva, mochileros, carreteros y acemileros poco rastro se atisbaba, luego habían partido a cuidar de sus familias, de sus cosechas y de sus ganados hasta después de la Natividad del Señor. Porque las batallas no se nutren únicamente de soldados y mesnaderos, hay casi más hombres de pertrechos, de tala y quema y cantoneras que los siguen. Pero, a todo ello me referiré a su debido tiempo. En esta historia vamos a otros menesteres.

Les estaba narrando como conocí al de las Hazañas y a Alonso de Ojeda en la misma mañana, algo que si uno lo piensa parece casi inaudito, pero ya les juro por mi vida que así fue.

El célebre Alonso de Ojeda. Qué reminiscencias me vienen a la mente de aquel héroe de las Españas, héroe que ya empieza a caer en el olvido, uno de tantos, pues ya se sabe que nuestras gentes tienen la memoria corta, tan pronto ensalzan las virtudes de sus paladines como los ignoran cuando ya son pasado y no tienen ninguna dicha que ofrecerles. Aquel mozuelo vivaracho, de mirada fugaz, ingenioso y talentoso, que se convertiría en navegante, gobernador y conquistador para gloria de sus reyes. Por supuesto, espada en mano fue como lo vi por primera vez.

—¿Dónde estará el condenado conquense del demonio? —preguntó el de Baeza que iba

apretando el paso tras las amplias zancadas de Hernán Pérez del Pulgar, parecía solo el de las Hazañas conocer nuestro destino.

Vasco y yo íbamos detrás embozados en nuestras caperuzas tensando un servidor de las riendas de nuestra montura.

—Estará donde las timbas con los lansquenets y los suizos —se detuvo el de las Hazañas pues tres carros tirados por acémilas pasaban a buen ritmo, sus huellas levantando el barro—. Le gustan los naipes más que a un tonto un melindre —dióle una patada a un perro sarnoso que acercó su hocico a olisquearle la bota y continuó su camino.

Diego el Chirlo y el tornadizo Pocasangre habían montado en sus caballos e ido en busca de toda la cuadrilla que decían ellos que estarían esparcidos por el campamento durmiendo la borrachera, fornicando o jugando a la taba, luego era lo que la hacían aquellos hideputas cuando no estaban robando o matando moros. Pues a fe mía que hideputas eran el Alfonso el Ramplón, Rodrigo el Flechita y el Tuerto Sorní, pero eran los hideputas que iban a convertir a Hernán Pérez del Pulgar en el hombre de las Hazañas. Una cuadrilla de locos.

He de decir que no eran pocos los que paraban a Hernán a que les diera de primera mano nuevas de Alhama, pues como ya he referido en estas crónicas muchas historias se contaban de esta fortaleza tomada a los moros a una cabalgada de la Alhambra y con la que comenzó aquella guerra postrera con los nazaríes. Deteníase Hernán de buen grado con todos aquellos, sin distinción de pedigrí, que querían saber de algún hermano, novio, esposo, primo, amigo, o que simplemente querían charlar o saludarlo. Ya les recuento que era el ciudadrealeño hombre más digno de una historia de caballería que de una guerra sucia, de hambre y penurias, de desgaste y de traiciones como aquella. Empero, qué guerras no lo son, al menos todas las que yo conocí lo fueron, y dicen que las que libra ahora el César con sus tercios por Europa también, o peores, pues más artilugios para matar hombres se han inventado. Desde luego que no se puede decir que la civilización no avance, ya que, en todas las guerras se inventan nuevas formas de matar.

Centrándonos en lo nuestro, a todos les dedicaba un apretón de manos, una sonrisa o un cagoenlavrigen fulanito fue un gran soldado y mejor hombre, para aquellos que perecieron,

secundado por un abrazo fraternal. Era caballero de noble corazón, devoto de Dios y llano en el trato, el de las Hazañas, de buen ingenio y mejor talante, sin dobleces, quizás por ello fue tan querido por capitanes, soldados, damas y tusonas. Y, tenía a su servicio una cuadrilla de diablos que lo seguirían a tomar el mismísimo infierno si él los comandase. Siempre lo recuerdo con una sonrisa esquinada asomando entre sus labios y esa mirada soñadora que emanaba brillante de sus ojos oscuros como un pozo sin fondo. Carisma, es la palabra que definiría a aquel hombre.

Al fondo del camino embarrado se levantaban las últimas lonas de los campamentos por levante, bajo el cobijo de un bosque de álamos blancos pelado de matorrales, y lindando con la ribera del Guadalquivir y el antiguo cementerio de los moros. Por sus pendones, ondeando cada vez más al son de un viento que olía a tormenta, colegí que aquellas eran las tiendas de los mercenarios venidos de las otras naciones de Europa.

Desde lejos se podía escuchar una cacofonía de gritos y voces concentradas en un semicírculo.

—Maldito Ojeda —gruñó mi amo entornando la mirada—. Ya está otra vez haciendo de las tuyas.

—Ese pichón tiene casi tanto talento como vos manejando el acero —apuntó el de Baeza.

—Eso es cierto —refrendó el de las Hazañas atusándose el bigote.

—Y la lengua igual de afilada —repuso Vasco—. Eso le meterá en muchos líos.

—También lo sacaré de otros muchos... —suspiró Hernán dando un saltito para sortear un charco, pero metió la bota en una boñiga de caballo—. Mierda —musitó restregando la suela sobre unas jaras—. Lo que cuenta es lo que cuenta. Tiene donaire y tiene nobleza de espíritu, el joven Alonso.

—Eso le traerá aún más problemas —replicó el leonés—. No son estos tiempos para caballeros.

—No seáis tan agorero, Vasco. ¿Qué sería de la vida sin el honor?

—El mismo lugar de mierda —replicó con un bufido.

Dos barraganas salieron de una tienda, un «merci beaucoup, messieurs» brotó de los labios de la más joven, pocos más inviernos que yo tendría, mientras se cubría los pechos con una ruana.

La otra tenía un notable parecido, empero, diez o veinte años más vieja, no sabría decirlo, y con menos dientes que un leproso. Se acercaron ambas a un abrevadero de acémilas a limpiarse sus bajos.

Me dio un empujón mi amo para evitase la bosta de un buey y para que dejase de mirar cómo la joven se lavaba impúdicamente el pubis al lado de una mula sin importarle que estuviésemos a cinco pasos.

—No os dejéis arrastrar por los vicios, Lucas.

De otra de las tiendas salió un hombre espigado de bigote y perilla rubios y les hizo ademanes para que se acercaran.

—Dios no lo quiera —repuse con una sonrisa pícara.

—Si el rapaz sabe matar también deberá saber otras cosas y refocilarse de lo vedado —me dio una colleja el de las Hazañas.

—Todo a su tiempo —graznó mi amo—. Como dice el hideputa del Chirlo, aun no tiene bozo...

—Tenéis razón, Vasco, a misas no se va con prisas; empero, el mochuelo va a ir a las tierras de los moros a batirse el cobre. Y, ya tiene edad de empalmarse —carcajeó.

Dio mi amo la callada por respuesta y se encaminó hacia la multitud.

A menos de cincuenta pasos escuchábanse el chocar de los aceros entre la barahúnda de gritos y carcajadas de los mercenarios y mujerzuelas que rodeaban lo que sin duda alguna era un duelo, o, algo así, por llamarlo de alguna manera. Porque cuando nos abrimos paso a empujones vimos a un joven mozalbete, a veinte primaveras no llegaba, danzando como una avispa alrededor de un rubicundo gigantón que maldecía en lengua bárbara. Tenía este espécimen algunos cortes superficiales en brazos y torso y su sayón de lana gris tiznado de rojo, y el mochuelo, inmaculado, salvo por algunas motas de barro. La concurrencia parecía dividida a partes iguales, pues habíalos que gritaban al imberbe Ojeda, solo un fino mostacho y una escasa barba de patillas adornaban su rostro anguloso, y se carcajaban del tudesco peludo y barrigudo, que a la postre resultó ser uno de los temidos lansquenets. El resto, gruñían como los grandes perrancos

que algunos llevaban atados con gruesos cordeles de cáñamo, olían estos canes de batalla la sangre al igual que sus amos y ladraban excitados, también al igual que sus amos. No hay que encarecer aquí las blasfemias y oprobios que decían contra el conquense estos hideputas, vuestras mercedes ya se lo imaginan. Eran los partidarios de Alonso de Ojeda franceses e italianos y, los del otro mercenario, rubicundos tudescos o suizos, de anchos hombros y cabezas cuadradas, o taimados ingleses.

Esquivando estocadas y espumarajos de babas, se movía el de Ojeda con gracia y manejaba la tizona con destreza, pues su ropera paraba en ángulos inverosímiles y con poses cómicas cuantos tajos le daba el otro energúmeno con la furia del que se sabe objeto de mofa ante sus compinches y no menos de treinta soldados. Se volvió de espaldas Alonsito de Ojeda abriendo los brazos, sonriendo a una moza de cabello crespo y largo y piel aceitunada, cuando el otro alzó su espada bastarda dispuesto a abrirle la crisma. No sé decirles a ciencia cierta si fue por los gritos ahogados de la jauría o porque tenía ojos en el cogote o porque Dios estaba de su parte, el caso fue que el conquense dio un saltito a su diestra con la misma gracia que una rana alcoholada, el filo del acero del mangurrián pasó rozándole la oreja y el hombro, y, como una centella, reculó medio paso y acomodó cuerpo, brazo y espada para pincharle en la nalga atravesando sayón y calzas. Negó mi amo con la cabeza, pues no gustaba de los excesos del ego ni del talento con los filos de acero, y sonrió el de las Hazañas, divertido. De la garganta del tudesco brotó un grito agudo, se revolvió este, iracundo, lanzando al aire estocadas y mandobles como un poseso. Todas ellas las esquivó Ojeda, que, por su pequeño tamaño, sacábame no más de un palmo, se movía a su alrededor con la ligereza de una bailarina, jaleado por los suyos. Escupió el hombretón del norte un «español hideputa» con acento tosco más otros improperios en su lengua bárbara. Eso no pareció gustarle a Alonso que frunció el ceño y negó con la cabeza. Ya saben ustedes que no hay nada que nos saque más de nuestras casillas que metan en estos asuntos a nuestras madres, pues pocas cosas hay más sagradas. Y, parando la siguiente estocada que le lanzó el mangurrián con los gavilanes de su tizona, muy cerca los cuerpos, le sacaba el tudesco casi dos cabezas, desenvainó el de Ojeda con la rapidez de un rayo la daga que llevaba al cinto,

retrocediendo y cediendo al empuje del otro. En lugar de abrirlo en canal como un cerdo, lo que se aventuraba desde la muchedumbre, cortó el cordel que le sujetaba las calzas quedando el otro al descubierto con un nabo flácido, arrugado y peludo entre las piernas. He de decirles que siempre tuvo Alonso de Ojeda un extraño sentido del humor que afloraba en las situaciones más rocambolescas.

Un estallido de carcajadas y chanzas en no menos de cinco idiomas brotó de las gargantas de la multitud, y, aprovechando el desconcierto de su contrincante, con un movimiento rápido y preciso de muñeca desembarazó al tudesco de su espadón, colocando la punta de su acero a un dedo de su miembro colgante. Putamedre, le espetó el lansquenete, su mirada cargada de odio. La cosa entonces se puso seria pues la soldadesca dejó de reír, expectantes de si iban a presenciar allí la castración de un hombre como si fuese un puerco. Se oyeron aceros desenvainando a nuestra siniestra y se llevó mi amo la mano al pomo de su espada y yo hice lo propio imitándolo.

—¡Alonsito! ¡Alonsito! —gritó el de las Hazañas dando codazos. En tres grandes zancadas se plantó dentro del círculo y tiró del brazo con el que Ojeda asía la daga sin hacer caso de las blasfemias y las miradas furibundas—. ¡Ya es suficiente!

Comenzó a gesticular y a echarle un rapapolvo usando vocablos y mezclando varias lenguas. Se desembarazó de su agarre Alonso de Ojeda, Alonsito para Hernán el de las Hazañas —nunca vi al de Cuenca permitir que otro se dirigiera a él empleando el diminutivo de su nombre—, y frunció el ceño hacia el bravucón que tragaba saliva y había cedido tres pasos sosteniéndose las calzas en una pose ciertamente grotesca, pues por las greñas y lo peludo parecía un oso rezongando.

—Vámonos, Alonsito, que se puede liar parda y hay mucho meteco por aquí —volvió a cogerle el de las Hazañas por el pescuezo y lo sacó de allí a empellones seguido de un Vasco inquieto, de un Baeza tembloroso y un servidor que no quitaba ojo de las caras que componían los compadres del tudesco—. Ya tenemos al moro y hay que partir.

—¿Ya tenemos al Mohamed?

—Así es. Hay que partir cuanto antes. El Chirlo y el Pocasangre han ido a por los otros.

Asintió el de Ojeda bajando espada y daga, sin enfundarlas, dejándose hacer. Por la estatura, la reprimenda, fingida esta y en varias lenguas, y las facciones de sus rostros, más parecían padre e hijo que capitán y soldado.

—¡Por Cristo! —exclamó el de Baeza tragando saliva cuando llegó a su altura, mirando a uno y otro lado su párpado derecho se movía sin control—. ¿Qué diablos os ha hecho ese hombre para que lo humilléis de esa manera?

Encogióse de hombros Alonso de Ojeda ya saliendo de las hileras de tiendas de los mercenarios metecos, como los llamaba Hernán, pues era persona leída y versada en los textos antiguos —algo raro en hombres de armas de la época y que solo volví a ver repetido en aquel don Gonzalo que ya conocen vuestras mercedes y que sería Gran Capitán de los ejércitos—.

—Dijo que la hombría de un soldado se mide por su estatura... —sonrió avieso repasándose el cabello mojado de lluvia entremezclada con sudor.

—Y tuvisteis que sacarle de su error —apuntó Hernán Pérez del Pulgar con una ligera sonrisa—. Debéis aprender a no llamar tanto la atención.

—Sobre todo tan de mañana —terció mi amo con sorna.

—Estamos en nuestra tierra, Hernán, y estos facinerosos vienen a beberse nuestro vino, follarse a nuestras mujeres, llevarse nuestro oro y matar moros que nos corresponden —tenía buena parla el de Ojeda y hablaba de igual a igual a Hernán; y este le consentía de todo al conquense, pues decía que eran casi paisanos de la Mancha.

Aligeramos las zancadas. A veinte pasos a nuestras espaldas teníamos a media compañía de lansquenets que no se decidían a seguirnos, empero bramaban como alimañas y alzaban sus bastardas amenazantes. Asomaron de la tienda las cabezas de las dos daifas de antes a ver qué pasaba con tanta algarabía, miraron a uno y otro lado cuando se percataron de que era solo el final de una trifulca, y volvieron adentro a resolver sus asuntos.

—Vuestra bravuconería acabará con vos —reprendiólo mi amo con un gruñido.

—No será con un acero—repuso el de Ojeda que parecía igual de relajado y bravucón que en el duelo. Nunca fue de amilanarse ni de disculparse el conquense.

En ese momento, hizo su aparición una patrulla de soldados bien uniformados y pertrechados que acudían a ver que se cocía entre tanto tumulto y chocar de aceros y poner orden pues mandato tenían los oficiales que no se perdieran vidas inútilmente antes de las talas. Acercóse entonces el capitán que los comandaba con sus soldados y sus ademanes altaneros y gestos ceñudos, picas en ristre llevaban sus hombres, cuando se percató de que era Hernán Pérez del Pulgar el que comandaba nuestra cuadrilla. Su reputación y su nombre lo precedía, cediéonos el paso y, tras un saludo cortés, tendiónos el pellejo de vino.

—Catad el caldo dulce de este buen amigo, Ferrán Carrillo —anunció el de las Hazañas después de darle un trago.

—Me habían dicho que andabais por los campamentos, Hernán —comentó el tal Carrillo oteando de soslayo a la barahunda de mercenarios que comenzaba a dispersarse donde los álamos y la linde con el cementerio.

—Por poco tiempo, hoy parto de nuevo para Alhama —Mintió. Bebió del caldo, se limpió las gotas que le caían por la barbilla con el dorso de la mano y alargó el pellejo de cerdo a un soldado de cara redonda y calva incipiente—. Y yo os hacía en Jerez cuidando de vuestra hacienda y vuestra esposa.

—Nuestros señores han puesto a cargo de la justicia y los oficiales de la leva al licenciado Juan de la Fuente y pronto me hizo llamar pues buenos vecinos somos —repuso el capitán Ferrán Carrillo ajustándose las correas del capacete.

—Afortunado vos que tenéis a los hidalgos de vuestra parte —le palmeó el hombro.

—Y vos, siempre tuvisteis el don de la palabra, Hernán... y a algún santo cuidándoos las espaldas —rieron los soldados que bebían del pellejo con la punta de sus picas apuntando al cielo—. Y, quién es este mochuelo que monta estos escándalos con los estradiotes, del que tanto habla la soldadesca... Dicen que parece un niño y que les mete el miedo en el cuerpo a los lansquenets y las ganas de revancha —se volvió Carrillo hacia el joven Alonso.

Le hizo una leve reverencia Alonso de Ojeda con esa sonrisa pícara que tanto esbozaba.

—Alonso de Ojeda, a sus pies... Al servicio del Duque de Medinaceli —le lanzó un breve

amago de estocada con sus palabras pues si uno servía a poderosos señores el otro también.

—Dos semanas lleváis por los campamentos y cuántos duelos... —carraspeó—. ¿Cuatro? Pardiez, solo sois un rapaz de barba rala...

—Cinco con el de hoy —lo corrigió el de Ojeda.

—Buena carrera lleváis —apuntaló Ferrán Carrillo enseñando los dientes entre su tupida barba cobriza.

—Es lo que cuesta mantener el honor intacto.

—Mucho habréis de batiros, pues —respondió el capitán de las huestes.

—Lo que Dios disponga.

El honor, Dios y los Santos siempre en boca del valiente Alonso de Ojeda.

—Mientras no sea con los maestros y los artilleros que la reina ha hecho traer de Francia y Alemania no tendréis problemas conmigo. Pues es mi misión principal su bienestar y es nuestra señora la que vela por ellos y quien los ha hecho venir de aquellas tierras pagándoles servicios con su propio oro. Y, bajo ningún concepto se les toca un pelo.

De todos era sabido el interés de la reina Isabel en aquellas lombardas y falconetes del demonio que derribaban murallas como si fueran mantequilla y que tanto cambiarían las guerras a la antigua usanza. Ay, cuántas vidas han segado esos tiros de pólvora y cuántas más segarán esos artilugios pergeñados por el mismísimo Belcebú.

—De mi acero no tendrán queja —asintió el de Ojeda en tono servil—. Mi palabra os doy, y, vale tanto como el oro.

Empezaron a caer goterones del cielo encapotado. Cubrióse mi amo la cabeza con el capuz de pañizuelo y yo lo imité más por acto reflejo que por otra cosa, pues fascinado me hallaba con semejantes personajes camino de escoltar un moro para ir a Guadix; cada vez que me venía a la cabeza mi corazón golpeaba mi pecho con fuerza. Pueden imaginarse vuestras mercedes que un servidor no perdía comba de los acontecimientos pues se sucedían a tan vertiginosa velocidad que mi entendimiento apenas daba cabida.

—Tiempo de irnos, Ferrán —cogió del brazo al capitán el de las Hazañas dando por zanjada la

conversación.

—Suerte en vuestras empresas, Hernán, cualesquiera que sean... sólo Dios lo sabe.

—Lo mismo os digo, Fernán Carrillo —hizo un gesto el de las Hazañas y comenzó a andar con grandes zancadas hacia los corrales de la yeguada.

Apresuramos el paso luego la lluvia arreciaba.

—¿Y quién sois vos? —inquirió el de Ojeda emparejándose conmigo. Siempre me trató con el respeto que profesa un buen amigo.

—Mi nombre es Lucas, escudero de Vasco. Y, me he unido a la cuadrilla de Hernán.

Me oteó mi amo de reojo y asintió con la cabeza. A pesar de cuanto renegaba del carácter de Alonso Ojeda siempre intuí que le caía en gracia, como a todos.

—Lucas, yo soy Alonso de Ojeda, y parece que pasaremos algún tiempo juntos —sonrió con malicia y me estrechó la mano con fuerza.

Y así fue como conocí aquella mañana ojeriza de finales de noviembre al gran Alonso de Ojeda, excelso espadachín, bebedor empedernido, mujeriego, testarudo y arrogante como el que más, navegante de la Mar Océana, gobernador y conquistador español del Nuevo Mundo.

XI. Interludio

El aire es cálido en esta mañana que marca el final de la primavera y el Tajo serpentea turbulento con las aguas del deshielo de los picos. Una recua de acémilas encordadas comandada por dos arrieros en calzas cortas y alpargatas lleva las tinajas cargadas de agua por el sendero, desde el río a la ciudad. Más allá, los niños se bañan y juegan a las espadas o flotan con tablones o pequeñas barcas en los arenales que hay extramuros, bajo el Puente de Alcántara, donde el torreón que mandó reparar nuestra señora Isabel en su visita aquel año de mil cuatrocientos ochenta y tres que recuento en mis crónicas, ¿o fue al siguiente? Tendré que ordenar mis pensamientos pues a veces se vuelven bruma.

Cerca de la noria del desfiladero el río se encabrita y los remolinos son frecuentes; el último verano llevóse Dios a su reino un zagal por querer ser este el más bravo de la jacaranda y pretender cruzar el Tajo por donde no debía para impresionar a una vendedora de panes de Zocodover. Siempre que me encuentro a esa gavilla de correcales buscando refugio entre las covachuelas de la muralla me vienen a la mente las caras del Morenito, del Ventoso, del Cuco y de Isabelita. Ay Isabelita, hace años, décadas que ya no veo su rostro, mas en mis pensamientos siempre quedó como aquella niña espigada con formas de mujer que ofrecióme su tesoro y su vida, y que yo rechacé tres veces por culpa de ese diablo encarnado en hembra al que pertenece mi corazón, incluso después de muerta.

Me vuelvo hacia los guardias que nos escoltan. El alto y barbudo capitán alemán frunce las cejas y tuerce el gesto. Oteo al resto de los hombres de armas. Diablos, qué más da uno que otro, todos tienen mala uva y saben obedecer órdenes. Conmigo, cuando se les antoja. Otra cosa es cuando acompaño a la infanta, entonces todos acatan como el más servil de los lacayos del reino. Incluido el oficial rubicundo.

—Haced que esos chicuelos se retiren de la orilla, capitán. Las aguas bajan turbulentas —le digo con voz cascada, la voz que tiene un viejo, a sabiendas de que depende del día con que haya amanecido el tudesco podría soltarme cualquier cosa, desde un ligero cabeceo y a sus órdenes mi señor, a iros a tomar por culo con el Turco. Empero, esta mañana acompaño a la infanta en su paseo.

Sigue impasible su rostro con un per signum crucis de inimicis suis el capitán de la Guardia Amarilla, sudando a chorros bajo el peto de hierro, el jubón y el gregüesco, acuchillado en gualda y rojo. Otea al frente, con el cuello erguido, sin parpadear como quien oye llover, marcando el paso con sus botas altas de campaña, su mano en el pomo de la espada. Posee una mirada de soldado veterano, distante, indolente, dura y fría; recuerda la de mi amo, o a la mía después de Nápoles. Ese hombre ha matado mucho y ha visto la muerte de cerca. Dicen que luchó bravo con los tercios en Mühlberg contra los bastardos luteranos de la Liga Esmalcalda que osaron desafiar la autoridad imperial. Dicen que a las órdenes del tercio de lombardía con tres mil hombres al mando de Rodrigo de Arce. También allí estuvieron los del Tercio Viejo de Nápoles. Nápoles, qué recuerdos resurgen de memoria, en aquellos campos yermos esperando el toque de batalla, el corazón en un puño, la garganta seca y las calzas mojadas, para matar franceses, codo a codo con Vasco y los otros, a las órdenes del Gran Capitán. Ruvo, Seminara, Ceriñola y Garellano. Cuánta gloria tuvimos para las Españas en aquellos campos; cuántos hombres buenos se quedaron por el camino. A bien poco sabe la gloria cuando te dejan sin aliento, solía decir mi amo.

Fueron otros tiempos.

Hace un calor pegajoso del demonio. Espanto los mosquitos y mis pensamientos lúgubres,

últimamente solo me llevan a los mismos rincones de siempre, y me quito la parlota y me limpio el sudor que perla mi frente con una madeja de lino.

No es hasta que la infanta se detiene, alza la mano enguantada en seda y asiente con la testa, que conmina a dos de sus hombres, tan altos y fuertes como él, que vayan donde los desarrapados se mojan los pies a la orilla del traicionero Tajo. Me sonrío pues era a estos rubicundos cabezas cuadradas a quien Alonso de Ojeda tenía especial predilección por dejarlos en cueros. Ay, Ojeda, ay el de las Hazañas, ay don Gonzalo, ay Vasco, Matallanas, Juanillo y tantos otros héroes que ya no están, mas el destino parece jugar con este viejo renqueante para que cuente sus historias y no caigan en el olvido como tantas otras.

Al percatarse que es una dama del Alcázar la que pasea por el camino de la ribera acuden los desarrapados en tropel prestos a limosnear. Pronto los teutones forman un cordón alrededor de la infanta y de sus damas de compañía. A mí, que me he quedado rezagado, me pueden joder los luteranos, que no van a mover los alemanes un dedo por este viejo que enseña historia a la hija del rey emperador. «Tú historia», me dijo el César Carlos con ese vozarrón y ese acento extranjero fuerte y desagradable con el que mata las palabras castellanas; «pues, maese Lucas, quiero que mi hija conozca la naturaleza humana como vos la conocéis y que no se lleve sorpresas de lo que le espera en la vida».

Algunos en palacio me tachan de senil, o de loco, ya que acostumbro a emplear la verdad cual arma arrojadiza, empero, importa mucho más lo que uno piense de sí mismo que lo que otros. Es de entender que a estas alturas no manejo más filos que mi ingenio y mi parola; y, cuando me preguntan, cuento las cosas según las he vivido, casi siempre —pues aún anciano uno le tiene aprecio a su cuello, a su cabeza, a su piel y a los dedos de sus manos—. Y, es que la Inquisición tiene ojos y oídos en cualquier recoveco, y sé de buena tinta que tienen ganas de echarme el guante. Pues por azares de la vida soy mentor de la infanta. Ja. Que se jodan los curas y los inquisidores y la puta de Leonor de Mascareñas con su verruga y sus pelos en el bigote. Una vida que puede calificarse de prodigiosa, porque, empezando rateando debajo de un puente miren vuestras mercedes donde han dado mis huesos, en el mismísimo Alcázar de Toledo, corte

imperial según caiga el año y una de las residencias del hombre más poderoso de su tiempo. El César Carlos, rey emperador, dueño de medio mundo. Sus dominios se extienden desde Alemania a las Españas pasando por Flandes, Milán, Luxemburgo, Nápoles y Sicilia y parecen no terminar nunca pues el Nuevo Mundo es ancho y basto.

Les dice la princesa a sus damas que repartan entre los chicuelos que rodean a los guardias las obleas y los barquillos que llevan dentro de los cestos que portan en sus regazos. Algunas de ellas observo que miran de soslayo a los teutones, sudorosos como puercos bajo sus uniformes amarillos. Me sonrío, pues el brillo de sus ojos y los dientecillos asomando en la comisura de sus labios lo dice todo. Algunas cosas no cambian por mucho que pasen los años.

—¿De qué os reís, maese Lucas?

No me he percatado que la infanta se ha acercado con el sigilo de una gata, cosa que es habitual en ella. Me coge del brazo y me conmina a caminar a su paso.

—De nada, mi señora —me pinzo el entrecejo, el cansancio y el dolor de huesos comienza a hacerme mella—. Solo algunos recuerdos que asoman al ver a esos trotones.

—No me llaméis señora, os tengo dicho. Hay confianza.

La confianza, se gana con el tiempo y con los actos. Y esta futura reina se ha ganado la mía. Posee una voz dulce y a sus quince primaveras aún tiene pensamientos de niña entreverados con los de mujer, y me consta que no pocas veces también mira con picardía al capitán rubiasco de su guardia.

—Y vos no me llaméis, maese, pues no tengo oficio reconocido.

Es aquel el juego de todos los días, el del viejo y achacoso maestro y su insultantemente joven y bella pupila y señora. Parece que ninguno se siente cómodo del todo en ese papel que Dios ha dispuesto.

—Os traen recuerdos de vuestra crianza, esos chicuelos —me río, pues apenas tuve crianza, pero no la interrumpo—. De cuando corríais las calles —me observa con esos ojos almendrados color miel que no pocos corazones derriten en palacio, desde el más alto duque al último paje. Ha heredado esa belleza clásica e imperecedera de su madre, que en paz descanse, y tiene un

genio liviano y un gran talento para las escrituras y la música. Hubiera sido una gran erudita si hubiera nacido varón. Empero, su destino está marcado, pues es descendiente de los Trastámara. Fodidos Trastámara, su sangre empozoña—. En Córdoba, con vuestro fiel Mateo, el mudo... me gustaría haberlo conocido, a él y a tantos otros... Vasco, Matallanas, Ojeda...

Me sonrío de nuevo, tapándome la boca para no mostrar los huecos de mi dentadura, pues no sé qué diablos se imagina que es correr las calles y alternar con asesinos y soldados de fortuna.

—Eran gentes duras...

—Como piedras... para sortear tiempos duros —no me deja terminar la frase pues tiene una mente ágil, mucho más que la mía—. Que hacían lo que había que hacer para sobrevivir, y bebían y cagaban y putañeaban como todos —da una risotada.

Alzo una ceja y gruño en respuesta.

—Espero que no repitáis esas palabras en palacio, y menos a esa bruja de Leonor de Mascareñas.

—Ni por asomo, maese Lucas. Este es nuestro secreto —me guiña un ojo. Sus hoyuelos se marcan en sus mejillas cuando sus labios se arquean dibujando una inocente sonrisa que ni la misma Virgen tuviera.

Mis pasos son más livianos con ella cogida de mi brazo y mi corazón late más deprisa. Tiene ese aura angelical que hace imposible rechazar cualquiera de sus deseos, incluso que escriba a escondidas las crónicas de mi amo —todavía lo recuerdo como aquel me recogió de la calle y me vistió y me dio de comer y me dio un acero y me enseñó a ser hombre—, que, visto lo visto, también las considero mías.

Tiro de su mano para evitar que el dobladillo de su vestido, de paño bordado en flandes, y sus chapines bañados en oro —a buen seguro de las tierras del Brasil— se manchen con el barro del charquito. Paños, chapines, mantos, vestidos, corpiños y joyas se amontonan en su alcoba. Regalos venidos de Lisboa, pues sepan vuestras mercedes que los alcahuetes imperiales pergeñan emparentar a los dos infantes y conquistar Portugal sin las armas, usando el coño de una virgen de sangre azul. Así es la política de nuestro tiempo, y la de todos los tiempos que yo

conocí, las casas reales cruzando a sus vástagos como perros para obtener un mejor pedigrí y un poder absoluto. Hay pensamientos que no puedo compartir con la infanta.

Se percata el capitán rubicundo que nos hemos alejado unos pasos y les hace un gesto a los guardias para que nos sigan por el sendero que rodea las murallas de la ciudad. Las damas de compañía, la mayoría infanzonas de Castilla, corren tras el tintineo de los hierros de los soldados y los penachos de sus capacetes, recogiendo torpemente el dobladillo de sus ropas.

A la sombra del Alcázar laboran los carpinteros y los herreros a las órdenes de don Francisco de Villalpando. Se percata el maestro de nuestra presencia y nos saluda con la mano desde la roca donde supervisa los trabajos de los obreros. Engranar estos los maderos para alzar los andamios que rodean una de las torres.

—¿Quiénes son aquellos que están con él, mi señora? —pregunto aguzando la vista. Solo veo una figura oscura y barbuda y otra más espigada.

—Ese viejo marino que llaman Blasco de Garay —responde ella devolviendo los saludos a los tres hombres y a los obreros que la vitorean—. Y Alonso de Santa Cruz.

—Si él es viejo, qué soy yo...

Me coge la mano y me la aprieta.

—No quería ofender, maese Lucas. Han venido para la fiesta de mañana.

Le sonrío como haría un pisaverde con su dama.

—Dos genios platicando juntos, muy lejos del mar andan —digo.

Es también Blasco de Garay un hombre de notable intelecto y de extrañas ideas, como el de Santa Cruz, capaz de crear portentosos artificios e ingenios para su emperador y gloria de las Españas.

—Ellos entenderán de lo que hablan —musitó ella—. Dicen en palacio que tienen el talento de Torriani.

Niego con la cabeza.

—Mucho talento es ese. Cuentan que este ingeniero de vuestro padre crea todo tipo de artilugios en tierras lombardas, desde curiosos relojes hasta artificios de batalla.

Asiente con la cabeza. Un mechón le cae por la frente y se lo retira para recogerlo bajo su diadema de plata.

—Me ha hecho llegar mi padre una muñeca del Torriani –sus ojos siempre brillan de orgullo cuando habla del César, aunque poco tiempo pasan juntos, un padre es un padre y más si es rey emperador—. Lo llamado a Bruselas para que le muestre un reloj que marca las horas y la posición de los planetas.

—Por Cristo, un verdadero ingenio.

—El Astrarium lo llaman.

Ni por asomo puedo imaginar cómo alguien puede crear semejantes artefactos de solo mirar el cielo. Cosa del demonio dicen los curas. Ciencia dicen los eruditos. De todos es sabido la curiosidad innata del César por los artilugios, los ingenios y las matemáticas, no así por otras artes y ciencias, aunque toda Europa le brinda lo mejor de cada casa para enriquecer su corte, sus ciudades y sus ejércitos.

—¿Qué tiene de especial esa muñeca?

—Que se mueve sola –responde presta con una sonrisilla.

—Voto a Dios...

—Es un engendro, dicen los curas y doña Leonor –sus labios se arquean enseñando su perfecta dentadura.

Leonor de Mascareñas. Se me retuercen las tripas. Bruja. Vieja alcoholada.

—Por lo tanto, me interesa. ¿Qué hace? —pregunto con un carraspeo.

Sonríe ella con dos hoyuelos en sus mejillas. No hay duda que la sangre azul Trastámara fluye por sus venas, soy de los pocos que aún viven desde los tiempos de su bisabuela y sé de lo que hablo. Tiene la niña ciertos rasgos de Isabel y de su abuela Juana que encandilaron al pueblo y a tantos otros, y también atisbo en ella restos de su temple y de su firmeza, y de su curiosidad por las cosas del mundo.

—Hay que darle cuerda como a un reloj y después anda y mueve brazos y piernas, y se inclina cuando termina.

—¿Para qué diablos lo ha creado el Torriani?

Se encoge de hombros en un gesto de niña.

—Dicen que por el gusto de verlo moverse. Y, a mi padre también le gusta.

Niego con la cabeza. Cada hombre tiene sus rarezas. Capaz de inventar el Astrarium, o como diantres se llame, para que el emperador pueda pavonearse por Europa de marcar los astros, y capaz de crear una muñeca por puro divertimento. En fin, el mundo está lleno de locos que cambian el sentido de la vida. De sobra lo sé.

Dejamos atrás las obras del Alcázar y subimos por la senda que serpentea hacia el arrabal de casas de adobe y paja para terminar nuestro paseo, pues mis rodillas ya tiemblan. Desde las alturas oteamos, cerca de la explanada del río, unas hogueras que preparan para la noche de mañana, apilan leños los hombres un poco más allá, frente a las isletas donde se posan esos pajarracos negros, cerca del desfiladero de altas y escarpadas paredes que cincela la corriente. Los guardias se abren paso entre un grupo de aguadores y lavanderas que bajan con cestos de mimbre llenos de ropa y tinajas para llenar del Tajo. Les hace la infanta un gesto a sus damas para que también repartan algunos reales y el resto de refrigerios pues es la víspera de su aniversario y es de recibo mostrar buenas virtudes con el pueblo. Las gentes la vitorean entusiasmadas por la generosidad de su princesa. Ay, con qué poco se conforma el pobre, con las migajas de sus señores, empero, eso no se puede cambiar, cada uno nace con un sitio y una misión en este extraño lugar que llaman mundo, y son pocos los que consiguen cambiar su condición de nacimiento pues ya se encargan curas, hidalgos y nobles de que así sea.

—He terminado de leer las crónicas de vuestro amo —me dice en confidencia sus palabras ahogadas por la algarabía. Me vuelvo la cabeza para ver a qué distancia están los soldados. Tampoco es que entiendan todo lo que decimos, pero uno nunca sabe.

Le hago un gesto llevándome el índice a mis labios resacos. Sonríe ella pícara. Se coloca bien la diadema de plata. Qué poco de niña le queda ya. Niega con la cabeza, ufana, para ella todo es un juego, que lo disfrute mientras aun pueda.

—Es nuestro secreto —repite.

—Una cosa es que os cuente las cosas como yo las viví o las entiendo y otra que las escriba y las deje para la posteridad —me cruzo de brazos—. Conozco a algunos que no estarían muy contentos.

Espanta una avispa con la mano.

—No os preocupéis por eso, os repito que mis labios están sellados.

—Más os vale pues aventuro que en un futuro son muchos los secretos que tendréis obligación de guardar...

Arruga el entrecejo.

—Quiero que sigáis escribiendo vuestras vivencias con ese Vasco —en ese tono también se parecía a su bisabuela, es un tono recio, de cuna, de los que no se aprenden.

—En eso estoy, pero necesito más papel y más tinta —resoplo, luego las cuestras ya se me atragantaban—. Aflojad el paso.

—No os preocupéis por ello.

—Devolvedme los legajos que los guarde a buen recaudo.

—Esta tarde los llevaré a la sala de lectura. Fueron tiempos bárbaros los que os tocaron vivir —añade.

Enarco una ceja a modo de respuesta y aprieto mis labios mordiéndome la lengua. Pobre niña consentida. Todos los tiempos tienen su barbarie. Debería pasar una noche con el capitán rubicundo, le podría enseñar más sobre la condición humana en una taberna y en un catre de lo que yo contándole mil historias. Al final todo se reduce a lo mismo, deseos, anhelos entrañas y vísceras. Empero, haré lo que esté en mi mano para satisfacer al César Carlos y para que esta niña tenga algo de mundo antes de mandarla a Portugal a que se encame con su primo Juan Manuel.

—Todos los tiempos tienen su barbarie —últimamente mis pensamientos se tornan en palabras sin que apenas me dé cuenta, es lo que tiene ser viejo.

—En eso tenéis razón —afirma rotunda arrugando la nariz como hacía su bisabuela Isabel. Ay, lo que abarca una vida.

—¿Por qué estáis tan segura? —inquiero con una sonrisa torcida.

—Por lo que me ha contado el capitán tudesco —me guiña un ojo.

No puedo por menos que proferir una sonora carcajada. Aquella niña no deja de sorprenderme. El por qué se muestra tan confiada con mi persona es aún un misterio para mí habiendo tanto donde elegir en la corte, quizás sea porque los relatos de mi vida la hacen conocerme mejor que al resto; el caso es que muy a menudo me cuenta sus secretos como un quid pro quo. De este, poco más quiero saber.

Rebusca dentro de los pliegues de su vestido de terciopelo verde. Aun tenemos cierta intimidad pues los soldados van unos pasos por detrás y todavía queda cuesta para llegar al Alcázar. Me da algo pequeño envuelto en lino, me lo tiende entre sus delicadas manos.

—¿Qué es esto? —preguntó intrigado cogiéndolo con dedos temblorosos.

—Un regalo —enarco de nuevo una ceja—. Si lo que ponéis en vuestras crónicas es cierto... mañana vos cumplís años y yo también. La jornada será ajetreada y no sé a ciencia cierta si podré veros.

Una sonrisa ilumina mi rostro. Nunca deja de sorprenderme esta chiquilla.

—Es una llave —digo cuando lo desenvuelvo.

—Esa llave abre la biblioteca de mi padre. Sé que tenéis una mente curiosa y una vida solitaria cuando no estamos juntos y cuando no escribís... Así pues... aprovechad el presente. Leonor me ha dado permiso —sonríe de nuevo marcando sus hoyuelos—. Le he dicho que no dejaría hacer a las costureras sin enfadarme... con los corpiños y con las enaguas.

—Gracias, mi señora —baluceo como un niño al que le regalan unos zapatos nuevos, una lágrima surca mi mejilla. Nada tengo yo que darle a cambio a la infanta del reino de las Españas y del Sacro Imperio Germánico y futura monarca de Portugal. Abro las manos y a punto de disculparme estoy mas ella se adelanta.

—Ya estoy regalada con vuestra presencia, maese Lucas.

No puedo por menos que sonrojarme.

Camina por nuestro lado el capitán tudesco dando grandes zancadas y se sitúa en vanguardia

antes de llegar a la arcada de la muralla, no es poco el ajetreo de personas y carros que se percibe desde la distancia. Por un latido sus ojos brillan y sonríe cómplice a la infanta Juana, primero, y después a mi, como si supiera de qué iba la vaina. A veces me pregunto si no seré yo el que reciba lecciones de una chiquilla.

XII. Deudas de honor

He narrado como el destino jugó conmigo para terminar con el de las Hazañas y Alonso de Ojeda en los campamentos de las levas, junto a mi amo y medio proscrito, en una suerte de aventura que parecía tener por destino tierra de moros. Es de recibo que cuente cómo Vasco se vio envuelto en semejante embrollo, pues a buen seguro que vuestras mercedes se preguntaran cómo llegamos a ese punto de ir a buscar a un sarraceno para llevarlo donde el rey Chico a que lo ayudase a guerrear contra Mulay Hacén y el Zagal. Para ello debemos retraernos unas semanas atrás cuando Alvarito Bargas, apodado el Seco, se presentó en la posada del Potro en busca del leonés, de parte de Hernán Pérez del Pulgar. Antiguos compinches, recelaba mi amo del Seco como de la sarna, mas no le faltaban razones, una de cal y otra de arena le daba. Empero, acuerdo de ayuda mutua habían pergeñado. Recuerden vuestras mercedes que allí se encontraba un servidor poniendo la oreja luego así lo quiso mi amo.

Resultó que había deudas que debía saldar con el infanzón ciudadrealeño, débitos de honor que mi amo respetaba. De aquello me enteré poco después durante nuestro periplo por las marcas de la frontera. Venían estas deudas de las guerras con los portugueses donde ambos fueron camaradas de armas en la batalla de Peleagonzalo, también mentada en los relatos de la época como batalla de Toro.

Dicen que durante más de seis horas estuvieron castellanos y portugueses batiéndose el cobre, dándose estopa, por sus señores y Dios mediante. Unos por los Católicos y otros por el rey

Alfonso y Juana de Castilla, prima de la reina Isabel por pedigrí y conocida como la Beltraneja, pues se dudaba de su linaje real y se decía que era hija del válido Beltrán de la Cueva que había sembrado su semilla en el vientre de Juana de Portugal ante las impotencias del rey Enrique, el hermano de Isabel y caído en desgracia. Ya saben, cosas de los Trastámara.

Y, digo yo que para qué quería el rey de Portugal meterse en esos berenjenales, pues a punto de perder su reino estuvo, aun con el apoyo de los franceses que acababan de invadir el Rosellón y la Cerdeña. No veían los gabachos con buenos ojos que el príncipe aragonés fuese también rey en Castilla. Convenció Fernando con buen tino a su padre el rey Juan, bien sabio dicen que era, para que no mandase batallas contra el rey Luis de Francia y se las cediese para luchar con los portugueses a favor de sus intereses. Los ingleses y los borgoñeses atentos estaban a la pelea de gallos y convertidos en aliados de Castilla luego compartían intereses comunes. Y los nazaríes, fíjense vuestras mercedes qué cosas más enredadas, habían pactado la paz con Isabel y Fernando, incluso ofrecieron ayuda para luchar contra los portugueses; tal empresa no se materializó, empero, ahí quedó y así lo cuento como dato curioso.

En eso estaban las cosas que mi amo luchaba por Isabel y Fernando del bando de los castellanos, en el flanco izquierdo de a pie, contra las batallas que comandaba el obispo Carrillo. Había que foderse pues años antes había luchado Vasco a las órdenes del clérigo a favor del malogrado rey Alfonso, el de la conjura de Ávila y también hermano de Isabel. Batióse el cobre en aquel páramo entre Toro y Peleagonzalo con el Duero en el fondo del paisaje, corriendo a espadazos a los amigos de la Beltraneja que querían meter mano bajo las enaguas de Isabel y de Castilla.

Más de veinte mil portugueses dicen las crónicas que juntó Alfonso de la casa de Avís. Venía el luso con el rabo entre las piernas de asediar Zamora, y, habiendo caído Burgos del bando castellano semanas antes y sin la esperada ayuda de los franceses, había tocado retreta para guarecerse del frío y de la lluvia en la ciudad de Toro. Luego tuvo a bien Fernando ver la ocasión y, como tampoco andaba mal de mesnadas, atacó a los portugueses por sorpresa a una legua escasa de la villa de Toro.

Fue una batalla de las de caballería, a la antigua usanza, de lóriga, armadura, espada y lanza, de choque, en la que uno tenía el aliento de su adversario a menos de un palmo. Recuentan los veteranos de aquello, que en el centro estaba Fernando con su guardia, a comandar junto a Enrique Enríquez, su Mayordomo mayor, a las tropas gallegas del Conde de Lemos, a las levas de Salamanca, de Ciudad Rodrigo, de Medina del Campo, de Valladolid, de Olmedo y de Zamora —deseosas estas de dar cuchilladas a los portugueses por las penurias sufridas—. A la diestra del rey se dispuso de siete escuadrones de caballería ligera, acaudillados por la flor y nata de los jinetes de Castilla y Aragón, de apellidos Mendoza, Guzmán, Velasco o Ledesca, y con Fonseca, el obispo de Ávila, al mando. Y, a su izquierda, más cerca del Duero, los caballeros pesados del duque de Alba con el almirante de Castilla como adalid. Y mi amo. Y el de las Hazañas. Con los de a pie. A madrugar como demonios.

Dicen que la treta de Fernando de enviar en la noche a trescientos caballeros ligeros a dar por culo a la retaguardia de los portugueses volviósele en contra de sus intereses, pues contaban los hideputas de un regimiento de espingarderos que puso a los jinetes de lanzas y lóriga tocando a retreta. Ahí se prendió la mecha de la masacre, y en plena madrugada, lluviosa y fría, bien anegados estaban los campos, bailaron los aceros de uno y otro bando sin más luz que la de la luna creciente y las antorchas.

Fue aquella una sangrienta pelea de infantería donde unos luchaban contra otros enconados bajo el aguacero, cortando golletes, crujendo huesos, vociferando y pidiendo a Dios o a quien estuviese en el cielo que pusiese fin a aquella carnicería, y en donde muchas veces se daban tajos a la primera sombra que tapaba un haz luz, sin importar que fuera amigo o enemigo.

En aquel infierno hallábase mi amo con el de las Hazañas y un tal Pedro Vaca, infanzón aragonés resabido de nobleza, haciendo chispas con sus aceros, de barro y sangre hasta las cejas, cuando, con la aurora, percatáronse de que el pendón de los portugueses estaba a tiro de piedra. Y, fueron a él como diablos, por San Cristóbal y los reyes, dando mandobles, cercenando miembros y matando a cuantos portugueses se les aparecían en su camino. Cuentan que el de las Hazañas hendió la punta de su espada en el costado del caballo de guerra y que mi amo cortó de

un tajo la mano del alférez Duarte que sostenía el pendón, quedando este a merced de Pedro Vaca que se lo llevó hecho jirones a las tropas castellanas entre una gran algarabía, el leonés y el de las Hazañas abriéndose camino a base de hígados y estocadas. En esas estaban cuando el rey Alfonso de Portugal tocó a retirada huyendo sus tropas despavoridas hacia el Duero, muchos perecieron ahogados, los castellanos matando con saña al pie del puente como si fueran alimañas. Y, si no llega a ser por el infante Juan, hijo de Alfonso, que se mantuvo estoico luchando durante horas, la escabechina hubiera sido mayor y hubiera decantado ya el curso de la guerra. Fue tal el coraje y el heroísmo de Juan y sus caballeros que dijera después Fernando a Isabel en una de sus cartas la célebre frase que rezaba: «si no viniera el pollo, preso fuera el gallo».

En aquellos compases finales de la batalla cayó mi amo en un descuido, mientras se batía lanza en mano con uno de los caballeros del obispo de Évora que iba con el infante Juan, su rocín le dio una coz que le partió el casquete y lo dejó boqueando sangre por el campo de batalla como alma en pena. Y, de no ser por el de las Hazañas que lo sacó de allí a rastras, a buen seguro que estas crónicas no hubieran sido escritas. Lo sacó Hernán de aquel infierno y lo llevó a la retaguardia a que lo atendiesen los cirujanos de la reina mientras la batalla llegaba a su fin sin que hubiera ganador claro, pues sufrieron las tropas castellanas igual número de bajas que las lusas. Empero, el rey Fernando tuvo la picardía de enviar pregoneros a proclamar su victoria y maliciar contra los lusos, y, a los pocos días, todas las orejas de Castilla habían oído que Alfonso había huido con el rabo entre las piernas de la llanura de Peleagonzalo para salvar su vida, dejando así para las crónicas de la historia que esta riña supusiera el principio del fin de las aspiraciones del luso de sentarse en el trono de Castilla.

Era aquella la deuda de por vida que tenía mi amo con Hernán el de las Hazañas. Una deuda que estaba dispuesto a devolverle pues, aunque en muchos aspectos no tenía Vasco una vida ejemplar, he de decirles que sí tenía algo de héroe de caballería en cuanto había honor de por medio. Así, cuando fue requerido plantóse mi amo con Alvarito Bargas en los campamentos de las levas en busca de saldar deudas con su antiguo compañero de armas.

XIII. Las tendillas

Caminaba Vasco emparejado con el de las Hazañas y el de Baeza, Diego Chirlo y el tornadizo Pocasangre detrás de sus sombras a unos prudentes cinco pasos, entre las gentes que se arracimaban en torno a las tiendillas de cueros, pertrechos de campaña y aceros y otras mercancías, que poblaban las inmediaciones de la casa del comendador de Calatrava, justo en el centro del barrio De la Villa cordobesa. Una multitud de mercaderes, aperadores, chamalireros, molineros, herreros, cordoneros, hortelanos, acemileros, carboneros, albañiles, lagareros, cardadores, rabadaneros, zapateros, carniceros, tejedores y tundidores iban y venían montando sus puestos, arreglando sus tratos, reparando el firme o abriendo sus tiendas.

—Y, aun no podéis decirme en qué andáis metido... —dijo el leonés abriéndose paso a empellones, recogiendo en su regazo la capa de chamelote para que no se enredase con los hierros que sobresalían de las tiendillas.

—Aún no, Vasco, aún no... —replicó paciente como un maestro ante un alumno díscolo—. Solo que es un asunto de moros que concierne a los señores y... a los mismísimos reyes —susurró el contino con una mueca exagerada, echando un ojo atrás hacia el de Baeza que asintió con la testa—. Además, todo depende de lo que se diga en la casa del Comendador.

Ahora sabía Vasco como se sentían Matallanas y Ponce de León cuando él les daba largas. Y era una mierda no saber nada.

—Pues qué pinto yo en asuntos de altos vuelos, Hernán, que ya me metieron en camisas de

once de varas y por los pelos logré salir a estocada limpia.

Hizo un gesto con la mano el de las Hazañas, espantando los moscones que rebozaban alrededor del cadáver de un perrillo aplastado por las ruedas de los carros que llevaban abastos a la casa del comendador.

—Jamás nada grandioso fue conseguido sin peligro... —sonrió, levantándose la boina de ala ancha genovesa ante una joven pecosa y pizpireta que vendía velones de sebo. Gruñó esta algo ininteligible cuando vio que pasaba de largo sin mirar la mercancía de su puesto y atendiendo solo a su camisa escotada. Se anudó el pañuelo la moza y siguió sonriendo a un grupo de gentiles acaudalados que se acercaban con las escarcelas tintineando a cada paso que daban—. Os mandé llamar pues parecióme oportuno contar con un hombre de hígados y de cojones para esta encomienda... Y, habíame mentado don Gonzalo que vuestras posaderas andaban por Córdoba ofreciendo tizona y daga al contado. Os brindo algo mejor que eso para vuestro porvenir.

—Eso mismo dijéronme la última vez —rezongó mi amo—. Y, a punto estuve de salir madrugado por venganzas entre nobles y señores. Y, con don Gonzalo de por medio.

—Vos salís airoso de todos los entuertos que se cruzan en vuestro camino, Vasco —lo palmeó en el hombro—. Siempre he pensado que tenéis a Dios o algún santo de vuestra parte, por extraño que pueda parecer. Y, don Gonzalo reza por vos... aunque no lo creáis os tiene en estima...

—Por su puta madre podía rezarle Capitán... —masculló mi amo.

—¡Cagoenlavirgen! —exclamó el de Baeza al meter el tacón de su bota entre las tripas del perrillo y resbalar. Rieron como ratas el Chirlo y el tornadizo Pocasangre en procesión tras el hombrecillo, lo cogieron al vuelo antes de que diese con sus huesos en el empedrado.

—¿Y este pazguato? —inquirió mi amo cubriéndose con la capa pues desde las sierras caía un viento gélido de mil demonios.

—Indispensable para la buena resolución de la encomienda. Será de utilidad. Conoce los entresijos del asunto y se mueve por la frontera.

—No ha de ser un negocio limpio, si lleváis al Chirlo en la cuadrilla —masculló el leonés

apretando los dientes. Limpióse el moquillo que le caía por la nariz con el dorso de la mano.

—Tampoco lo es del todo sucio, amigo mío. Y, el Chirlo es bastante útil cuando la situación se tuerce y hay que salir a tajo limpio.

—Es un indeseable, sin honor...

—Hay muchos de esos por aquí y el honor no importa cuando uno está en guerra, mi buen amigo, vos bien lo sabéis. Además, los planes que son una locura sólo pueden llevarse a cabo con gente que esté, cuando menos, medio loca —carcajéo ufano—. Los hombres cuerdos suelen caer en la tentación de atajar por el camino fácil, ¿no creéis?

—¡Por Cristo, no me fodáis más de lo que estoy con vuestras chanzas y acertijos! —refunfuñó Vasco.

—Si fuera hembra, no os quepa duda que lo haría, amigo mío —sacóse la punta de la lengua y relamióse el labio superior.

—En la frontera estáis perdiendo vuestro entendimiento —negó con la testa el leonés.

—Es buen sitio para perderlo, tan bueno como otro cualquiera.

Solía escamarse mi amo cuando alguien lo llamaba amigo, empero, con el de las Hazañas podía hacer una excepción, pues contaría luego de él que era de los pocos hombres en que confiaría incluso la guarda de una hermana.

Pasaron delante de unos titiriteros que simulaban la toma de Alhama por los señores andaluces moviendo unos muñecos toscos tallados en madera sobre un tablado. Una multitud de zagales, damas y gentiles reía las burlas y macanas, y aplaudieron enfervorizados cuando acuchillaron al espantajo con el turbante en la cabeza.

—Tiriteros que mueven los hilos de los pobres... —comentó el de las Hazañas soltando un vellón en el cuenco de madera—. Poderosa es la propaganda de nuestros reyes.

—Pronto los poetas cantarán sobre vos, Hernán —chasqueó la lengua el leonés.

—Antes hemos de terminar una guerra, Vasco. Y, después que canten los poetas lo que tengan que cantar, quizás también tengáis vuestra gloria.

—Los hombres como yo no aparecemos en los sonetos de los juglares.

—Empero, sois iguales de necesarios para que los de arriba puedan seguir gobernando.

Esquivaron a unos chicuelos zarrapastrosos que corrían despavoridos entre las piernas de los transeúntes después de haber hecho alguna maldad.

—Siempre hay alguien que tiene que limpiar las letrinas.

—En eso os doy la razón, Vasco. Y más vale hacerlo por un puñado de oro que con un garrote al cuello.

Uno de los criados que estaban entre la muchedumbre de los titiriteros vociferaba a grito pelado que le habían afanado la falquitrera y alzaba el cuello como un grullo buscando a los malhechores. Los chicuelos ya habían desaparecido.

—En eso soy yo el que os da la razón.

Aspiró hondo el de las Hazañas cambiando el rumbo de la conversación.

—En cuanto pregunté por vos a los veteranos de la tropa apareció ese Bargas, muy interesado, y ofrecióse a buscaros. Dice que os conoce y a don Gonzalo también.

—No os fiéis de él —apartó mi amo unas jaulas de pichones que se bamboleaban con el trajín del paso de las gentes—. Le place más el oro que una garrocha a un tonto. Vendería a su abuela por un excelente.

—No es mal precio por una vieja chocha... Y también dice que es amigo vuestro —sonrió cáustico.

—Lo fuimos —acotó mi amo ajustándose la boina de terciopelo oscuro—. Nuestros caminos se cruzaron en el escaribel de Toledo.

—De ahí os sacó don Gonzalo, si mal no me han contado.

—Nadie lo llamó al entierro...

—No tenéis muchos amigos, Vasco —los dientes asomaron entre su barba—. Debéis cultivarlos y cuidarlos.

—De eso me ocupo yo que cuenta me tiene —respondió con muy malas pulgas pues todo lo relacionado con Bargas y don Gonzalo solía alterarle el ánimo.

Se plantó delante de ellos un mercader dotado de abundante parola y rostro de cáscara de

nuez, mordiscado de facciones, con un peto de cuero, alzando un manojo de dagas cogidas con un cordel de cáñamo. Ninguno prestó mayor atención a su chirlería y tuvo mi amo que darle un brusco empujón para quitárselo de en medio pues no estaban allí para gastar dineros y el fulano les cortaba el paso.

—No os turbéis, mi buen leonés —apuntó Hernán cogiéndole del hombro y apaciguando con la mirada al mercader—. Habrá una buena recompensa si aceptáis venir conmigo.

—En esto no estoy por dineros.

—Lo sé, lo sé... empero, nunca viene mal el oro... mas me contó don Gonzalo que ahora hacéis de padre con dos mozuelos salidos de la calle.

—Diablos se lleven al fodido Capitán.

—Con un poco de suerte lo harán los moros...

—Os contó mal —farfulló Vasco—. Los rapaces están a mi servicio. Trabajan para ganarse cada mendrugo de pan.

—Como pajes o escuderos...

—Así es.

—Entonces, el oro será... para pagarles ropa y manduca, que de aire no viven los hombres ni los zagales —le guiñó un ojo—. Ya hemos llegado. Nos esperan adentro.

Alzó mi amo la vista ante la mole de granito que sombreaba el empedrado.

—La casa del Comendador.

No bromeaba el de las Hazañas cuando arguía que el negocio era de altos vuelos.

—Decidíos, mi buen amigo —cerró su mano sobre el antebrazo de Vasco. Ante ellos el portón de madera abierto con dos cuadrillas de guardias espantando de malos modos a los pordioseros y a las busconas que querían entrar en el patio de armas del imponente palacete de piedra gris—. Si pasáis conmigo, apechugad con lo que venga.

Hubo un barullo y los guardias empujaron a un grupo de hombres sin miramientos y estos a su vez a las tusonas que tenían detrás haciendo sus negocios con tres mochuelos de finas ropas. Cogióse mi amo la escarcela y con el codo hizóse hueco entre dos mendigos desarrapados de

rostros macilentos que pedían con las manos mugrientas demasiado cerca de su jubón, mirándolo con la misma expresión de hambre que los gansos a un cuenco de migajas. Dióles una blanca y a tomar por culo mandóles en buen castellano. Durante varios latidos sopesó Vasco sus opciones. El honor y el oro, sobre todo el oro, eran poderosas razones para seguir al de las Hazañas. Qué demonios, pensó para sus adentros, vayamos a ver qué trajinan los titiriteros que mueven los hilos de las vidas de los pobres.

XIV. La casa del Comendador

Dejaron los guardias el paso franco a Hernán y su recua. Bien pertrechados iban los calatravos con sus cotas de malla, espada y lanza, y túnica con la cruz roja en el pecho. Tenían estos órdenes de dejar entrar al ínclito ciudadrealeño y conducirlo al salón donde aguardaban los señores para pergeñar algún plan con la gavilla que había reunido. Un plan, cavilaba mi amo mientras sus pasos resonaban por la amplia escalinata de mármol blanco, que, con ese trujimán de Hernando de Baeza de por medio, algo tenía que ver con los gerifaltes de los moros. Mas el de las Hazañas no soltaba prenda, era lo peculiar de su carácter y había que aceptarlo tal cual, a esas alturas nadie íbale a cambiar.

Pronto los escoltaron aquellos monjes guerreros por los pasillos de granito de esa casona lúgubre que se erguía como bastión entre las tendillas. Más parecía una fortaleza que un palacio: una mole de piedra con pocas ventanas y balcones y con la azotea almenada, contravinendo la premática de los Católicos de amurallarse dentro de las ciudades andaluzas para evitar las trifulcas entre nobles. Las guerras intestinas entre Ponces y Guzmanes eran agua pasada en las Andalucías y la Corona no quería que bajo ningún azar movieran rueda de molino.

Es de recibo hacer un breve aparte en nuestra historia y apuntar que no pocos eran los privilegios que tenían estas órdenes militares y religiosas, de principal misión defender a la cristiandad frente al islam. Y, como era la de Calatrava la orden más longeva de Castilla también era la que poseía más dispensas, como el derecho de diezmo, el portazgo de algunas ciudades y el libre pastoreo del ganado entre sus tierras. Otrosí, y, para poner a vuestras mercedes en situación, se contaban sus maestros entre las gentes de mayor alcurnia y calidad, tanto en cuanto

comandaban hombres de armas como en lo religioso, pues solo tenían deber de responder ante Roma y ante el Císter. Y, es fácil de imaginar que estos maestrazgos eran muy ambicionados por hidalgos y señores, ya que como digo daban prestigio y poder al linaje, tanto, que la corona española, años más tarde, decretó que sólo los reyes pudieran ser maestros. Así, como es bien sabido, Fernando el Católico fue el primer monarca que ostentó el título de maestre de la Orden de Calatrava, quedando Isabel como administradora ante la imposibilidad de ocupar el maestrazgo por ser hembra. Empero, esta es otra historia distinta a la que escribo y que alguna vez saldrá a colación.

El caso fue que aquella mañana un puñado de hombres notables y señores se encontraban platicando acaloradamente en aquel salón frío y húmedo de la casa del Comendador, en torno a la mesa alargada de roble repleta de buenas viandas y buenos vinos. Presidía el peculiar consejo García López de Padilla, trigesimoprimer maestre de la orden de Calatrava y mayordomo mayor de los Reyes Católicos, del noble linaje de los Padilla, señores de Calatañazor. Era este un hombre de pelo y barba largos y canosos, de robusta complexión, casi más ancho que largo, cara de lechón y ojos muy separados con abundantes bolsas y arrugas, embutido en una cota de malla y una sobreveste blanca con la cruz roja. De edad avanzada, dejaba los asuntos de las guerras para su sobrino que sentábase a su siniestra, Gutierre de Padilla, claverero de la orden, ataviado también en los hábitos del monje guerrero. Mucho más joven este Padilla, frisaba la cuarentena, de cabello recortado a cepillo y tupida barba cobriza, con los mismos ojos que su tío. Encontrábase a la diestra del maestre calatravo, otro ilustre maestre, Alonso de Cárdenas, el poderoso cabecilla de la orden de Santiago; con menos inviernos a sus espaldas que García López de Padilla parecía este un guerrero sacado de los libros de caballerías: hombros anchos, prominente mentón y pómulos marcados, arrugas y cicatrices cruzábanle la frente, y tenía unas espesas cejas que guardaban unos ojos vivaces y azules y el cabello oscuro surcado de hebras plateadas.

Repartíanse el resto de la mesa el Comendador de la orden de Calatrava en Córdoba, frente al conde de Cabra, de sobrios ropajes de terciopelo, corta estatura y de mirada aviesa; el inquisidor

Tomás de Torquemada susurrando despreocupado en la oreja del mismísimo marqués de Cádiz —tragó saliva mi amo y dio un paso atrás por acto reflejo—; el duque de Medinaceli con ojos cansados platicando con el joven Juan Enríquez, hijo del duque de Medina Sidonia, pichón de alcurnia al que ya me he referido pues mi amada Leonor de Zúñiga bebía los vientos por este que era su primo hermano. Cabrito. Había otros dos pollastres que no conocía mi amo, empero, resultaron ser el tesorero Ruy López de Toledo y el secretario Francisco Ramírez de Madrid, validos de los reyes, a los que sus Católicas majestades hubieron dejado al cargo para que se cumpliesen sus regias voluntades en las Andalucías, sobre todo en lo que a las guerras con los moros se refería.

No duden vuestras mercedes que era en estos salones de nobles y señores entre vinos y carne de puerco sazónada donde se hablaba el lenguaje de la guerra. De las órdenes de batalla y del abastecimiento. Del tiempo, de los caminos y del ánimo de los pobres desgraciados que combatían por los pendones de sus reyes. De los ritmos a los que había que marchar y cabalgar en las talas. Y, de las capitulaciones de Boabdil.

—¡Hernán Pérez del Pulgar! —bramó el maestre Alonso de Cárdenas con voz bronca—. ¡Ya era hora de que aparecierais! —alzó la mano—. ¡Por Cristo, que os hacéis derogar como la virtud de una doncella!

Entre las risas de los allí presentes dio un paso adelante el ciudadrealeño con ímpetu, como hacía todo en la vida.

—Maestres, nobles señores —hizo una reverencia el contino y avanzó otra zancada, todas las miradas clavadas en él y en quienes le acompañaban—. Vienen conmigo el trujimán Hernando de Baeza que trae las nuevas que os adelanté por carta y algunos de mis hombres de confianza.

Hombres de confianza, había que foderse, cavilaba mi amo oteando de soslayo el rostro surcado de cicatrices del Chirlo y la barba descuidada del tornadizo Pocasangre.

Algo le susurró el sobrino Gutierre de Padilla a su tío y este acaricióse la barba antes de hablar:

—El de Baeza puede quedarse —dijo el maestre de Calatrava con una tos quejosa, sus manos

temblaban dejando la copa de vino en la mesa. Unas gotitas empaparon su lengua barba—. El resto de vuestros... hombres... —enarcó una ceja, su mirada lo decía todo mientras calibraba la valía del Chirlo, Vasco y el tornadizo Pocasangre—... que vayan al patio de armas con los otros. Allí les darán caldos y viandas para aligerar la espera.

—Ya habéis oído —apuntó con desdén el sobrino Gutierre de Padilla haciéndose notar.

—Id con Dios y aguardad donde os dicen — tras un parpadeo, volvióse el de las Hazañas, sosegado, hacia Vasco, el tornadizo y el Chirlo—. Y, nada de embrollarse.

Suspiró mi amo, aliviado, pues no gustaba que se viese su rostro a la luz del día entre tanto noble e infanzón, ya se sabe del dicho de las reuniones de pastores. Fue el primero en darse la vuelta e ir tras los monjes que los escoltaban por un ancho pasillo de granito, sin ventanas y con antorchas colgadas cada diez pasos que creaban sombras alargadas en los muros encalados.

—Me da a mí que de esta no os libráis —susurró el veterano soldado a su oído sin abrir los labios, como si quisiera evitar el aliento que despedía su boca, tan apestoso como la fruta podrida.

—Para eso estamos, Chirlo —dijo el leonés con sorna al cruzar una arcada que daba a cuatro peldaños y un rellano iluminado por un ventanuco alargado con forma de cruz que más parecía un surco en la piedra que otra cosa—. Para lo que nos manden nuestros ilustres señores. Ellos alzan la mano y nosotros vaciamos la bacinilla.

—No me digáis que ahora renegáis de vuestro pasado, Negro.

—De algunas cosas uno siempre reniega.

—Erais muy bien mandado y acatabais órdenes sin pensar en las consecuencias.

—Y, vos también debierais, Chirlo.

—¿A qué os referís si puede saberse? —frunció el ceño cogiéndole del brazo.

—Vos ya lo sabéis.

Era Diego el Chirlo de esos valentones que empiezan una conversación bronca y no saben cómo ni cuándo terminarla. Los dos hombres se sostuvieron la mirada y una sombra pasó por sus iris.

—Los rapaces también matan con filos —añadió el Chirlo.

—Aquellos pobres diablos de la alquería no portaban aceros, solo azadas y rastrillos —gruñó Vasco dándole un empujón para zafarse de su agarre. El tornadizo Pocasangre no abría la boca y se limitaba a ir un paso por detrás pues intuía que había rencillas entre los dos y no era plan de meterse en medio—. Fue una masacre. Y vuestras órdenes, si mal no recuerdo, eran solo de explorar el terreno.

—Era la guerra... y estaban en el bando equivocado —se encogió de hombros Diego el Chirlo como si fuera motivo suficiente—. También tenéis vuestros pecados que os comen la sangre, Negro.

—Los míos suelen ir bien herrados —gruñó con un quejido.

—Os he visto hacer de todo. En aquella aldea de Ávila no quedó ni uno coleando...

—No he violado ni torturado —se mordió la lengua.

—Es lo único que os falta —sonrió Diego el Chirlo enseñando sus dientes amarillentos—. Y, ahora, os dedicáis a escaquearos de la frontera.

—Mis asuntos tengo. Cuando haya que blandir acero... allí estaré —mintió solemne. Siempre decía mi amo que era doblemente placentero mentir al canalla o al impostor.

—Y una mierda de perro judío. No me creo una mierda —escupió al suelo bajo la mirada reprobatoria de uno de los monjes que los escoltaban—. Os habéis vuelto un cobarde. Mientras nos batimos el cobre en Alhama, estáis aquí como un fodido petimetre... Bebiendo vino, comiendo cordero y follando con putas pulgosas... que es lo que siempre os ha gustado.

—Cuidad vuestra lengua, Chirlo. Si no queréis perderla... por mucho que seáis el perrillo de Hernán.

—El perrillo... —farfulló entre salivas.

—Un perrillo sarnoso... Siempre con la lengua fuera de tanto chuparla.

—No me dais miedo, Negro —apretó los puños—. Toda vuestra fama es una mentira. Vasco el Negro... es solo un fantasma mataniños.

Enseñó los colmillos como un lobo hambriento.

—Sabandija miserable.

—Cabronazo embustero.

—Ya está bien, Chirlo. El patrón ha dicho que nada de broncas —medió el tornadizo Pocasangre, hombre de escasas palabras pero certeras como el dardo de un saetero. Le dio un empujón y se lo llevó para adelante, pues unos instantes más y juraba mi amo que se hubieran liado a cuchilladas.

Bajaron unas escaleras y tomaron otro pasillo y después otro, detrás de los calatravos, que les abrían paso entre las piaras de monjes, curas, lavanderas, camareros y demás siervos de la orden que pululaban por las entrañas de la casona del Comendador. Avanzaron después por un largo corredor que daba a un claustro rectangular con una cruz de granito en el medio, giraron a la izquierda y llegaron al patio que se abría al portón del patio de armas.

Era aquella trasera del palacio una enorme corraliza que albergaba los establos, los talleres de los carpinteros y albañiles y las fraguas de los herreros, con una alberca alargada en el centro, de agua verdosa, y una zahurda al fondo con los gorrinos gruñendo entre el barro.

Habíase montado un gran alboroto frente a la puerta de las cuadras. La veintena de hombres de armas, entre calatravos y siervos de los otros señores del contubernio, se pasaban los pellejos de vino, excitados, y había que sumarles los criados, carpinteros, herreros, palafreneros y las lavanderas que habían dejado sus quehaceres y se arracimaban en torno a la especie de círculo dentro del cual chocábanse las tizonas. Clanc, clanc, clanc.

Quién diablos se batía el duelo a esas horas delante de tantos ojos. Aguzó la vista mi amo y se subió al borde de la fuente apoyándose en el hombro del tornadizo. Resultaba que un mozalbete espadeaba contra dos mercenarios sin uniforme, de calzas y peto negro, piel clara, altos, fornidos y rubicundos. Mercenarios extranjeros a todas luces.

En cuanto Alvarito Bargas, apodado el Seco, percatóse de la presencia del leonés, levantó la mano y acercóse en cuatro amplias zancadas. Era Bargas otro moro tornado que mi amo había conocido en el escaribel de Toledo. Recordarán vuestras mercedes que durante un tiempo fueron uña y carne y que trabajaron ambos a las órdenes de don Gonzalo, empero, sus caminos se

habían separado abruptamente, pues buscaba Bargas otros horizontes al abrigo del infame Torquemada.

—También estáis por aquí, moro del demonio, no me libro de vos ni a sol ni a sombra— musitó mi amo, desabrido, apeándose de la fuente y dejando que el Chirlo y el Pocasangre se juntaran donde el corrillo para ver chocar los aceros, pues no hay nada que les guste más a las gentes para pasar el rato que la promesa de sangre, bien sea en un lance de toros o en un duelo a espada.

—Vasco, con la misma nariz torcida y las mismas malas pulgas de siempre —un palmo más alto que mi amo, tuvo este que alzar la mirada para encontrar los ojos oscuros del Seco Bargas —. Acompaño a Torquemada igual que vos acompañáis a Hernán Pérez del Pulgar —repuso con retintín.

—Mal amo os habéis buscado, Seco —escupió al terruño. Pésimos recuerdos le venían de la Santa Inquisición y de los autos de Sevilla, y de su papel en la conjura de los judíos.

Clanc. Clanc. Clanc. Los aceros seguían chocando de fondo y las risas y los improperios brotaban de las gargantas de los allí presentes.

—Cada uno se bandea con lo que puede. A elegir entre amos... el que más oro pueda proveer o el que más sombra de.

Se giró Vasco oteando el duelo.

—¿Qué pasa aquí?

Sonrió Bargas, lobuno.

—Por fin ha nacido un espadachín que puede haceros sombra, Negro —señaló con la barbilla.

Centró mi amo su atención en el mozalbete sonriente y de corta estatura que de un salto se había subido en el pescante de un carro. Este parecía liviano de pies y se movía con una agilidad felina y paraba las estocadas de sus adversarios sin esfuerzo aparente con su ropera de cazo, como si pudiese ver de antemano sus intenciones, provocando las risas y las burlas de los calatravos y demás matachines que cerraban el círculo. Observó con asombro cómo saltó de nuevo al barro e hizo una cabriola para colocarse en medio de sus atacantes; estos no dudaron ni

un segundo en lanzarle sendos mandobles en horizontal de diestra a siniestra y viceversa, con intención de hacer daño. Empero, el rapaz, esperó con sangre fría hasta que las puntas de las tizonas rozaron su cabello para agacharse y dar dos pasos rápidos como centellas hacia adelante y esquivar los filos que chocaron entre sí causando la hilaridad de la concurrencia. Maldijeron los rubicundos y profirieron todo tipo de improperios en germanía.

—Empuñan espadas romas —advirtió mi amo percatándose que empuñaba la tizona con la zurda y de forma peculiar—. ¿Por qué pelean?

—Estaban de chanzas y chirlerías metiéndose estos mercenarios suizos del conde de Cabra con los santos de Castilla y con la madre que los parió, con la mismísima Virgen, diciendo que no era tal, cuando este mozalbete sacó pecho y díjoles que podía batirse con dos de los suyos sin despeinarse si no dejaban sus burlas. Y, empezaron a apostar los calatravos, que ya conocen a este rapaz.

—Redios, poco talento debe tener dentro de esa cabeza —rezongó el leonés, ya saben vuestras mercedes que no era amigo de lucimientos—. ¿A quién sirve este gallo? —inquirió acariciándose la barba de tres días. Con la otra mano hizo visera para tapar la luz del sol del mediodía.

—Dicen que viene con el duque de Medinaceli. Un tal Alonso... Alonso de Ojeda, infanzón de Cuenca, buena familia, cristianos viejos —matizó con sorna—. Como la vuestra.

—¿Sabéis que recuentan los de dentro? —no hizo mi amo demasiado caso de la pulla.

—Poco he oído, solo que hay un abencerraje de renombre de por medio —enarcó una ceja el Seco—. ¿Y vos?

—Lo mismo —se encogió de hombros.

—Seguimos teniendo un pacto —apuntó Bargas arqueando los labios.

—No esperéis mucho de mí, Seco, esta vez no me mueve el oro sino saldar deudas de honor.

—El honor no da de comer, Vasco.

—A mí me ayuda a conciliar el sueño.

Clanc. Clanc. Clanc. Seguía el choque de los aceros romos y las exclamaciones de los hombres que hacían un corro cada vez más grande alrededor de los espadachines. Entre los

cuerpos de los monjes guerreros dejábase ver el arte y las argucias de aquel zagal oriundo de Cuenca. Y, como si se sintiese atraído por brujería por las cualidades sin parangón del mozalbete, apartó Vasco a dos palafraneros que le hacían sombra y centró su mirada en él.

Aunque era evidente que aquel rapaz habría quedado muy atractivo en una pintura, eran su estampa y su manera de enseñar los dientes, de burlarse de los mercenarios, de arquear una ceja, de moverse, lo que realmente le distinguían del resto. Poseía Alonso de Ojeda el equilibrio de un bailarín, el porte de un héroe, el temple de un guerrero, la rapidez de una sierpe. Y aquello engatusaba a mi amo como excelso espadachín que era.

—¡Por Cristo, esmeraos un poco! —gritó el conquense levantando no pocas risotadas. Giróse para salir ileso de un tajo desmañado y propinar acto seguido un hábil golpe con la puntera de su bota en la entrepierna del mercenario más espigado. Aquella muestra de zorrería hizo que la multitud rompiera en carcajadas—. ¡Qué no se diga de los suecos o los suizos o lo que diantres seáis!

—¡Buen espectáculo! —comentó Diego el Chirlo, balanceándose de alegría de un pie a otro, parecía que habíale cambiado el humor.

—¡Un espectáculo condenadamente bueno! —terció el tornadizo Pocasangre, que estaba a su diestra.

—¡Excelente ejecución! —exclamó entre risitas Bargas.

Siempre tuvo Alonso de Ojeda un carisma especial entre toda suerte de hombres que sabían apreciar un buen acero, un buen vino y una buena hembra.

—Es ducho en el arte de la espada —concedió mi amo, hablando por la comisura de la boca, observando como el joven Alonso de Ojeda desarmaba a uno y otro adversario con certeros movimientos de muñeca, con una rapidez y una agilidad inusitada.

Pronto comenzó el de Ojeda a recoger las monedas de las apuestas dentro de un bonete de lana dejando a los otros espadachines boqueando por el esfuerzo como atunes en almadraba. Él parecía fresco como una rosa en primavera.

—Podría ponerlos en aprietos —aventuró Bargas que ya pergeñaba alguna treta.

—No estéis tan seguro —repuso mi amo.

—¿Apostamos? —sonrió Bargas—. En algo tenemos que matar el tiempo hasta que salgan los nobles y nos manden a recoger boñigas... ¡Ojeda, os ha salido otra novia! —gritó alzando la mano. Dio cinco zancadas para plantarse ante el conquense que se refrescaba echándose agua por el rostro de la tinaja que le sostenía una moza solícita y de buen ver.

—Qué demonios hacéis, condenado moro... —rezongó mi amo intentando coger el brazo del Seco.

XV. Titiriteros que mueven los hilos

Mientras todo aquello pasaba afuera, en el patio de armas de los calatravos con el de Ojeda ejerciendo su maestría innata con la tizona ante esos dos metecos, adentro del palacete se pergeñaba el asunto que nos trae al meollo de esta historia. Pues hallábanse los señores platicando vehementemente sobre cómo acometer la guerra y cómo acometer ese espinoso asunto del bencerraje y Boabdil.

—Y decís, Hernando de Baeza, que venís de parte de Boabdil —el que hablaba con voz de trueno era el maestro de la Orden de Santiago, Alonso de Cárdenas.

Habíase levantado este de su asiento sin dejar la copa y habíase acercado a uno de los tres ventanales que daban a las tiendillas y proporcionaban algo de luz a la estancia sobria, húmeda y fría, pues aunque había una enorme chimenea de todos era conocida la austeridad con el que el maestro de los calatravos administraba sus bienes. Ni una alfombra, ni un tapiz, ni una pintura adornaba la estancia, solo un Cristo crucificado de madera negra sobre la chimenea.

—Así es, mi señor —dijo el hombrecillo nervudo de piel blanquecina. Se quitó el bonete mostrando una buena mata de cabello ceniciento y se aclaró la garganta Hernando de Baeza—. Presentóse un emisario en Alcaudete y envióme aviso de partir para Guadix con urgencia luego era deseo del sultán hablar conmigo para transmitir un mensaje.

Hizo una pausa para que sus palabras calasen en los señores reunidos en el salón de la casa del Comendador.

—¿Y fuisteis a Guadix? —quiso saber Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, mientras

masticaba una aceituna. A pesar de todo el dinero que se había gastado su joven amante en sastres, sus espléndidos cuellos nunca parecían quedarle del todo bien y su gollete nervudo sobresalía de ellos como el de una tortuga de su caparazón. Escupió el hueso al suelo y el criado chepudo de rostro deforme que escanciaba el vino lo recogió presto y lo guardó en un pliegue de su túnica raída. Tintineó un cascabel que llevaba anudado al cuello.

—Así es, mi señor.

—¿Y os dio Boabdil el mensaje? —preguntó el marqués de Cádiz atusándose su mostacho.

Asintió con la cabeza el de Baeza.

—Hablad, por Cristo, no querráis tenernos en ascuas —agitó una mano el maestre de Calatrava, impaciente, con su sempiterna tos—. Cuál es ese fodido mensaje —se acarició la barba.

—No es mensaje para oídos indiscretos —miró al criado.

—No os preocupéis por Raimundo —apuntó el sobrino del maestre calatravo—. Además de ser más feo que un gurreño es imbécil de nacimiento —alargó la mano para darle una colleja al chepudo y deforme Raimundo—. ¿A qué sí?

Emitió un gruñido como respuesta rascándose con sus dedos mugrientos el verrugón de la nariz y asintió con la cabeza muy de seguido. Hubo algunas risas entre los señores. No le gustó aquel gesto al de las Hazañas más no dijo nada pues era hombre que sabía cuándo callar.

Se estiró Hernando de Baeza antes de hablar de nuevo con aquella voz varonil que no casaba con su anatomía.

—Exige que los reyes cumplan con la promesa hecha de traer a Mohamed Bencerraje para hacer la guerra a su padre y a su tío.

Una especie de mordaza calafateó por un latido todas aquellas bocas burlonas. Algunas cejas alzaronse al unísono y otras juntáronse haciendo una.

—Una exigencia del rey Chico, no un mensaje —el conde de Cabra se rebullía en su asiento bien pertrechado con el ropón frotándose las manos, el vaho saliendo de sus labios. Se limpió el moquillo que le caía por la napia con pañuelo de lino. Todo en este conde parecía agudo, afilado o preciso: su rostro, su voz, la autosatisfacción del noble que había capturado al rey moro—.

Buenos cristianos murieron en Lucena. No debemos olvidarlo. Y, ahora, hay que traer a un comandante bencerraje —carcajeó sardónico.

—Eso mismo, el conde lo ha definido a la perfección, una exigencia de un fodido moro amanerado... —de nuevo tronó la voz del maestre de Santiago que habíase vuelto hacia los privados de los reyes. Dio un paso y un haz de luz le iluminó el rostro de duras facciones entre el polvillo que había en el aire—... Que no debíamos haber liberado —apretó sus gruesos labios. Se rascó la cicatriz de la mejilla entre la tupida barba. Muy despacio, sólo con las yemas de los dedos. Hizo una mueca y se rascó con más fuerza.

—Un sarraceno, un infiel del demonio —era Torquemada quien secundó las palabras de ambos, santiguándose. Se frotó sus narinas y terminó estornudando. Por Cristo que hacía frío en aquella condenada sala. Sus ojillos no paraban de mirar hacia el resto de los contertulios que allí se hallaban.

Era de dominio público que Torquemada y otros obispos de la clerecía, junto con algunos nobles y señores de Castilla y de las Andalucías, como el conde de Cabra y el duque de Medinaceli, apoyaban los razonamientos del maestre Alonso de Cárdenas que conminaban a los reyes a que entregasen a Boabdil a su padre Mulay Hacén y a su tío el Zagal y se dejasen de milongas y partidas de ajedrez. Argüían que mejor era el moro muerto que el vivo. Empero, los reyes tuvieron a bien escuchar los argumentos del marqués de Cádiz y de su rival en Sevilla, el duque de Medina Sidonia, para liberar al rey Chico y que comenzase una guerra civil entre los nazaríes, los bencerrajes y los zegríes.

He de narrar aquí muy brevemente una curiosidad que quedó plasmada en las crónicas de la época y que nos trae al meollo de toda esta aventura. Resultó que Boabdil puso una única condición en los acuerdos que trágó con Isabel y Fernando para su liberación, y no fue otra que dejaran venir del reino de Tremecén a un noble llamado Mohamed Bencerraje que había huido a África para salvar el pellejo cuando Mulay Hacén tomó el trono tras su humillante derrota en la batalla de Lucena y Martín González. Era este Mohamed un señor de su clan con gran influencia y poder entre los suyos, hombre de valor y gran estratega, sin el cual pensaba Boabdil que no

podía aspirar a recuperar el trono de la Alhambra.

—Ya tuvisteis ocasión de rebatir a vuestros reyes —habló con tos quejosa el maestre de la orden de Calatrava, García López de Padilla, apoyados sus codos en la mesa. Un enorme perro pastor, negro como el azabache y de ojos rojos y acuosos levantó la cabeza y estornudó. Inclínose el anciano maestre en su silla y acarició al perro en el lomo, asintió entonces con la cabeza a su sobrino y este a su vez le hizo un gesto al chepudo Raimundo para que prendiese el fuego del hogar con un chisquero que sacó de la escarcela que le colgaba del cinto.

—Ya iba siendo hora de que nos dierais calor —terció Alonso de Cárdenas, rudo, dándole una patadita al perranco que emitió un gruñidito enseñando los dientes —. Y, quizás, nuestros reyes se equivocaron cuando liberaron al rey Chico —volvió a su asiento a la diestra del maestre de Calatrava y clavó sus ojos en Tomás de Torquemada esperando que de nuevo secundase sus palabras.

El hideputa lo había soltado, y bien alto. Desvió Torquemada la mirada y movió la cabeza de modo casi imperceptible. Desde luego que una cosa era no estar de acuerdo con una decisión que emanaba de la Corona y otra rebatirla en público una vez los monarcas habían manifestado su deseo. Eso podía acarrear consecuencias tal y como estaban las cosas. Solo un hombre con el poder y el genio del maestre de Santiago se atrevería a ello. Empero, había otras formas. Torquemada siempre tenía otras formas de hacer las cosas.

Un silencio plúmbeo e incómodo adueñóse del salón. Oíase solo el chisquero que encendía el siervo calatravo, el crujir de las ramitas de oliva y como prendían las llamas. Poco a poco las miradas se volvieron hacia los favoritos de los reyes pues ellos habían quedado al cargo de los asuntos de la Corona hasta el regreso de los monarcas.

—Lo reyes, nuestros soberanos por la gracia de Dios, fueron tajantes al respecto —arguyó el más joven de los válidos, el tesorero Ruy López de Toledo, su nariz aguileña apuntaba al maestre de Santiago. Se ajustó las mangas de la jaqueta de terciopelo de índigo y cruzó las manos sobre la mesa. No parecía hombre de amedrentarse.

—Su voluntad es clara —secundó el secretario Francisco Ramírez de Madrid, el de más edad

de los dos enviados de los reyes—. Hay que llevar al moro —era achaparrado y de rostro ancho y rasurado. Vestía de ropajes negros y sobrios. Llevaba una cadena de oro y un medallón con el escudo de Castilla colgando al cuello que acariciaba descuidadamente a la par que miraba al maestro de la orden de Calatrava que asentía en silencio dando su beneplácito—. Sin dilación.

—Es lo que hay, mis señores, este asunto ya fue tratado en el Consejo, y nuestros reyes han hablado por boca de sus válidos, que para eso están —sonrió Ponce de León, el marqués de Cádiz, dando un sorbito a su copa. Las guerras con los moros habían afilado su rostro y apenas quedaba rastro de su glotonería y su vida licenciosa salvo una pequeña papada que le colgaba de la mandíbula. Clavó sus ojos pardos en el maestro de la orden de Santiago. Ambos mantuviéronse la mirada, el mentón bien alto. De todos eran conocidas sus rencillas en lo referente a como presentar batalla y estrategia. Sobre todo, después del desbarate de la tala de la Axarquía donde a punto de perder la vida estuvieron ambos en aquellos ventisqueros de las aldeas que saqueaban. Habíanse acrecentado estas rencillas después sus posiciones enconadas con Boabdil y su liberación—. Hay que llevar ese bencerraje a Guadix para fortalecer la alianza con el rey Chico.

Gruñó algunos improperios por lo bajini Alonso de Cárdenas y sus mejillas se tornaron bermejas. Dio un sorbo a su copa, eructó y se cruzó de brazos.

—Así es también la voluntad de mi padre para con los reyes —añadió el heredero de la casa de Medina Sidonia jugando con una daga con la que trinchó un trozo de cecina. Enviólo su padre a las talas en su nombre pues ya les recuento que don Enrique de Guzmán había quedado muy debilitado por unas fiebres de otoño y le había salido otro bozo palpitante en el cuello que nada bueno podía traer. Decían las hablillas que había días que parecía una estantigua más que un hombre.

—No es momento de mostrar fisuras en nuestras filas —terció el duque de Medinaceli haciendo girar su anillo de oro engastado con un zafiro azul como sus ojos. Tenía un rostro ojeroso y alargado terminado en un mentón en punta adornado con una barbilla de cabrilla. Parecía un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada al cinto, ropilla de mangas colgantes,

calzas atacadas y botas, el cuello abierto más de roto que de molde atado con agujeta. Decían que su amante, una dama de compañía de su difunta esposa a la que sacaba casi veinte años, era la que lo vestía, lo aseaba y lo perfumaba siguiendo las modas que venían de la corte francesa—. Es momento de mostrar la unidad del reino, muchos son los enemigos que nos acechan a norte y sur, y este y oeste —no era hombre de armas este duque, empero, siempre había mostrado su fidelidad a la causa Isabelina, y más con las prebendas que le ofreció el rey Juan, el padre de Fernando—. Aunque nos pese, hay que cumplir la palabra dada por nuestros soberanos y llevar a ese bencerraje —.

—Se trata de un infiel... —farfulló Alonso de Cárdenas moviendo su poderoso cuello de toro, su nuez protuberante subía y bajaba y sus manos pasaban de la copa al pomo de su espada de forma repetitiva, empero, más que otra cosa era una pose para amedrentar. Como recuento, bien conocida era su pretensión defendida ante los reyes de una guerra abierta con los nazaríes—. Un diablo moro que nos puede traer problemas en un futuro... Y, estamos en una Guerra Santa con una bula papal. La iglesia tendrá algo que decir al respecto.

Todas las miradas se volvieron hacia el dominico. Torquemada tragó azumbres de bilis. Carraspeó antes de pronunciarse, sus iris oscuros brillaban ensartándose como puñales en Alonso de Cárdenas, justo en frente de él se hallaba.

—La iglesia... —arguyó con calma fingida pues su mirada despedía fuego. Se rascó su narizota y entrecruzó los dedos de las manos intentando que su voz sonase firme y confiada—... se ocupa de salvar almas y de los asuntos de la fe del reino. De las trifulcas con los moros y de los acuerdos con Boabdil... nada tenemos que decir, don Alonso. Son estos asuntos de la guerra de tratar entre reyes y señores.

Apretó los puños el maestre de Santiago y frunció sus espesas cejas hasta hacerlas una, más de su boca no salió palabra alguna. Bastante había dicho.

—Mis hombres escoltarán al caballero abencerraje hasta Córdoba —ofrecióse el marqués de Cádiz oteando a los válidos de los reyes. Asintieron estos con la testa.

—Los míos os ayudarán a tal empresa —añadió el duque de Medinaceli pues no quería este

quedarse al margen de tan buenas relaciones que mantenía con Isabel y Fernando. Solía decir mi amo que nada mejor para una alianza que compartir un mismo asco.

—¿Quién se encargará de llevarlo a Guadix? —inquirió el tesorero Ruy López de Toledo.

—Peligrosa empresa... una cabalgada por la frontera con un bencerraje enemigo de Mulay Hacén —añadió el secretario Francisco Ramírez de Madrid, parecía que si hablaba uno el otro también lo hacía—. Solo un loco se atrevería a hacerlo. Empero, la recompensa será grande, pues los reyes son generosos con sus capitanes y banderizos.

Asintieron el resto de señores frunciendo el ceño, cuchicheando entre ellos. Durante unos instantes una cacofonía de susurros se adueñó de la estancia, cada cual calibrando como salir de aquel atolladero y echarle el bulto a otro.

Alzó la voz el de las Hazañas.

—Yo lo haré.

Todas las cabezas se volvieron al extremo de la mesa cercano a la puerta.

—¿Vos? —arqueó una ceja Rodrigo Ponce de León y se rascó el escudo bordado en el ropón.

—Que mejor hombre que yo, que llevo guerreando en la frontera desde la toma de Alhama. Conozco los caminos y las trochas como las arrugas de mi rostro —palmeó la mesa con fuerza y habló con voz firme—. Y ya me envió la reina una vez a parlamentar con la madre de Boabdil para su liberación —añadió abriendo las manos—. Me acompañará don Hernando de Baeza, aquí presente, pues amigo del rey Chico dice que es y le place hacerlo.

—Yo también iré —alzó la voz el hombrecillo, que a pesar de lo apocado de su físico resultó ser hombre de ingenio y valor—. Si la recompensa es a repartir —matizó ladino. Otrosí tenía el don de la avaricia. Resultaba que el tal Hernando de Baeza debía unos buenos dineros al conde de Jaén y era por eso por lo que se aprestaba a ejercer de trujimán entre Boabdil y los Católicos, luego el sultán también le había prometido oro si conseguía traer a ese Mohammed Bencerraje.

—Y, si Dios, que todo lo ve y todo lo sabe, hizo que Hernando de Baeza acudiera a mí, por algo sería —repuso el de las Hazañas con sorna.

—Me parece una idea excelente —comentó el tesorero de seguido.

—Los reyes estarían de acuerdo —añadió el secretario.

—Por mi parte, ninguna objeción —terció el anciano maestro de los calatravos trabando mirada acuosa con su sobrino.

El resto de señores mostraron su acuerdo con mayor o menor vehemencia.

—Necesitaréis hombres de hígados que estén dispuestos a todo —comentó finalmente el duque de Medinaceli con cierta idea.

—De eso yo me encargo —acotó el de las Hazañas—. He reunido una buena recua que a valientes no les gana nadie.

—Permitidme que os sugiera que os llevéis a un joven paje que viene de un pariente lejano... de Cuenca. Es brioso donde los haya y necesita desfogarse —apuntó con una sonrisilla—. Es pequeño de estatura pero ágil hasta causar sorpresa, y, aun siendo un rapaz, en todos los ejercicios de espada, maestro consumado. Es como si tuviera un don divino...

XVI. Duelo de espadachines

Mientras se ultimaban los flecos de la encomienda para satisfacer al rey Chico había entrado Vasco en el juego de Alvarito Bargas, pues como recuento era muchacho impetuoso y con no pocas ínfulas Alonso de Ojeda, y, cuando se enteró que mi amo había sido soldado de renombre en los ejércitos de los reyes se engalló de tal manera que no le dejó más alternativa luego eran muchos los que miraban.

—Ese de la nariz torcida... No parece un espadachín —acotó el conquense limpiándose el sudor que le caía por la frente.

—Creedme que lo es —apuntó el Seco Bargas.

—Es como un diablo con una espada —matizó Diego el Chirlo metiendo baza en el asunto, dispuesto a pasar un rato de solaz a costa de mi amo—. Os lo digo yo, que una vez lo vi batirse en Burgos con no menos de diez hombres y salir sin un rasguño.

—¿Diez hombres? —se ajustó el de Ojeada la aguja que le cerraba el cuello del colete echando una mirada valorativa al leonés—. Muchos son...

—¡Vasco el Negro! —musitó un calatravo calvo y desdentado que escuchaba la conversación royendo un trozo de carne seca—. Oí hablar de él en las guerras con los portugueses, decían que era un diablo que podía matar con solo mirarte. El Negro... —rio enseñando una hilera de agujeros en su dentadura. Se limpió las manos con la casulla y hurgó con sus uñas entre el hueco de las paletas—. Nunca lo vi, empero... pudiera ser ese hombre que decís... —apuntó con el dedo a mi amo

—Os lo dije —apuntó el Chirlo—. Un diablo.

Permanecía Vasco en segundo plano observando como se desenvolvía tanto valentón hablando de su persona y de su destreza con las armas y de sus batallas en las guerras.

—No parecéis un soldado... ni un espadachín —acercóse finalmente el joven Ojeda.

Un corrillo se formaba a su alrededor, el murmullo iba en aumento.

—Puede que ya no sea ni una cosa ni la otra —se atusó mi amo el mostacho calibrando al rapaz. Por el rabillo del ojo atisbó como Bargas le sonreía divertido contando las monedas de su bolsa—. Empero, ya que lo mencionáis, vos tampoco —una cosa era que no gustase de exhibiciones públicas y otra que un mozalbete engreído subiésele a las barbas—. Más parecéis albillo o moscatel...

—Un vino peleón dicen algunos —repuso el de Cuenca levantando algunas carcajadas ahogadas.

—Un mozo consentido que necesita le bajen los humos con unos azotes —sonrió mi amo tamborileando sus dedos sobre el pomo de su espada—. Mejor no busquéis broncas donde no las hay si no queréis salir escaldado.

Más risas brotaron a su alrededor haciendo que el de Ojeda enrojeciese de ira y de bochorno. Ya recuento que era hombre curioso el conquense. Pendenciero, orgulloso y de genio pronto, era valiente hasta la temeridad, vengativo hasta la crueldad, tierno de corazón con los débiles, y cortés con las damas. Empero, si alguien buscábale las cosquillas pronto las encontraba. Y, mi amo, tuvo a bien buscárselas en aquella mañana.

—A esto llamáis broncas —rio el de Ojeda abriendo las manos, girando sobre sí mismo, señalando con el mentón poblado de una barba rala a los mercenarios que rezongaban en corrillo con los suyos donde la verja de la cochiguera—. Ni para empezar he tenido... era solo un juego.

—A los juegos se dedican los chicuelos en las calles —apuntó Vasco con sosiego, sus labios dibujando una media sonrisa.

Más burlas y carcajadas a sus espaldas. Apretó la mandíbula el joven rapaz hasta casi hacer estallar sus dientes.

—Os voy a dar una lección que no olvidaréis, Vasco el Negro o como diablos os llaméis —

farfulló envarándose hacia mi amo.

—Para un rapaz como vos... soy Vasco Cortés de Astorga —dio un paso adelante.

—Ahora veremos lo que sois, viejo, y aprenderéis a tener respeto por Alonso de Ojeda. No olvidaréis mi nombre. Os lo juro por Dios que no lo haréis.

Le tendió el conguense una espada de filos romos. Negó mi amo con la cabeza hormando con la mirada la talla de su contrincante.

—Los duelos de hombres son con aceros de verdad —se llevó Vasco la mano a la empuñadura de su espada, confiado de que el de Ojeda echaría un paso atrás con alguna ocurrencia, pues así eran la mayoría de valentones cuando encontrábanse con su nariz torcida, sus ojos grises y su mirada acerada.

Empero, aquel rapaz de apenas de diecisiete primaveras quedóse bien plantado frente a mi amo sin apenas parpadear.

—¿Acaso queréis perder la vida esta mañana? —preguntó Alonso de Ojeda con actitud desafiante, las piernas bien abiertas.

—Para nada quiero terminar en los calabozos de los calatravos o del corregidor y, menos aún que el verdugo se divierta con mi cabeza por haberos mandado al infierno. Será un duelo a primera sangre, testigos no sobran.

—A primera sangre... Sea pues, dispuesto a cumplir vuestros deseos —sonrió el de Ojeda templando su genio.

Ante la perspectiva de sangre los murmullos y las exclamaciones se multiplicaron.

Sin amilanarse devolvió el pañuelo el de Ojeda a la criada de piel morena y cabello oscuro, que se sonrojó cuando el mozalbete le dijo alguna maldad al oído, y tendió la espada roma a un calatravo. Se acercó a un carro y desenvainó con la zurda una ropera afilada que descansaba sobre la paja.

Lanzó un par de tajos al aire como para equilibrar su peso.

—¿Espada o espada y daga? —inquirió mi amo ajustándose los guantes de cuero y quitándose la capa lanuda.

—Con la espada me basto.

Desenfundó el leonés la tizona con la punta rozando el terruño. Se colocaron ambos a tres cuerpos chocando la punta de sus herreruzas y retrocedieron medio paso asintiendo con la cabeza.

No tuvo tiempo Vasco para más, pues el de Cuenca comenzó a lanzarle rápidas estocadas moviéndose con una rapidez inusitada hacia su diestra, haciendo que tuviese que recular y girarse sobre sí mismo.

Contaba Vasco después que costaba ver la punta de la tizona del joven Alonso y que tuvo que emplearse a fondo para evitar aquellas estocadas, pues parecía que el filo empuñábalo un diablo. Lo que hubiera dado por hallarme allí, pues créanme vuestras mercedes cuando les digo que aquellos dos eran espadachines formidables, los más grandes que vi, empero, aquel duelo no se repetiría, pues serían estos dos que tan mal habían empezado compañeros de armas y amigos inseparables en las guerras de Granada.

Aguardaba mi amo paciente su momento. Comenzaba a ver el leonés un patrón en aquellos ataques del conquense, entre tanto amago y finta, mandoble para despiste y estocada. Un paso a la diestra, tajo al bajovientre, un paso atrás, a la siniestra, finta y cuchillada en diagonal. Se movía Alonso de Ojeda como una centella, mas Vasco mantenía bien la guardia y la distancia de dos pasos para que el otro tuviera que enseñar sus naipes. Recuerdo que siempre me decía mi amo que todo era cuestión de distancias y tiempos. Que cada cosa tenía su momento, y uno tenía que hallar el suyo y tirarse a fondo, sin miedo.

Aun cuando uno se fijaba más en las florituras continuas de Alonso de Ojeda, sin embargo, había una hermosura en la holgura de los gestos de mi amo, en como cogía la espada, en la estudiada posición de su guardia, en el control elegante del juego de muñeca que mantenía la hoja igual de equilibrada que si flotase en la superficie de un estanque en calma, con el sol chispeando en su punta afilada.

—No sois tan viejo como aparentáis —apuntó el de Ojeda dando dos pasos atrás para tomar resuello, de nuevo calibrando a ese extraño de nariz torcida y ojos grises que apenas gastaba

esfuerzo para librarse de sus acometidas y eso que se estaba empleando a fondo.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo —mantuvo Vasco la guardia alta pues no se fiaba de las tretas del jovenzuelo que a punto había estado de arañarle el jubón en un par de intentos bien lanzados.

—Me temo que tengo una mala noticia que daros... —esbozó una mueca el conquense, ladino, y enarcó Vasco una ceja por respuesta—. ¡No soy zurdo! —se cambió Ojeda la espada de mano con un rápido gesto mostrando una hilera de dientes perfectos—. Simplemente estaba probando vuestra destreza...

Esbozó Vasco una mueca lupina y cambiósese también la espada de mano.

—¡Ja! ¡Me temo que yo tampoco!

—¡Engendro de Belbecebú!

Sonrió el de Ojeda y con la rapidez del rayo, saltó hacia adelante para asestar una estocada y después otra. Vasco lo bloqueó dando medio paso atrás, girando sobre sus talones, los aceros chirriaron y relucieron bajo la luz del sol de mediodía. Cedió terreno, pero lenta y cuidadosamente, con los ojos siempre puestos en los del mochuelo. Que, de nuevo, no se daba por vencido. Alonso de Ojeda, volvió a atacar, tajo, tajo y cuchillada, demasiado rápido para que cualquier espadachín pudiera seguirlo. Empero, Vasco, sí que los siguió parando las continuas embestidas y cediendo un par de pasos por precaución, entre los «oeesss» y «aahssss» que lanzaban los que allí presenciaban el duelo.

—No os cansáis... —esta vez fue mi amo el que tomó resuello parando una estocada y empujando con fuerza al de Ojeda con el hombro, rompiendo su guardia, apartándolo unos pasos.

Durante un instante, el joven Alonso se tambaleó, y Vasco gruñó y enseñó los dientes como un perro rabioso

—Ni por asomo —carraspeó el conquense quitándose el sudor y el polvillo de los ojos—. Debéis aprender que el trabajo no puede suplir al talento.

Y lanzóse contra el leonés con más ferocidad y rapidez que antes, y las tizonas vibraron y

sonaron como truenos en la tormenta. Se acercó más y durante un latido dudó, pues mi amo dio un paso adelante cuando debía haberlo hecho atrás, y Vasco le propinó una feroz patada en las costillas que hizo que el joven Ojeda se estremeciera y se tambalease. Aunque recobró el de Cuenca instantáneamente el equilibrio, detuvo uno, dos ataques de mi amo, se irguió y, aspirando una bocanada de aire, estuvo listo de nuevo.

—Sucias tretas empleáis.

—Tretas de soldado, os queda mucho que aprender, joven Ojeda.

De nuevo abalanzóse sobre mi amo, empero la fatiga debía empezar a hacer mella en el de Ojeda, pues Vasco había ahorrado fuerzas y ahora desviaba sus acometidas sin esfuerzo, ya no eran tan rápidas como las primeras y eran previsibles. Era su momento. Dejó que el rapaz avanzara de nuevo, confiado, y, fingiendo que daba un paso en falso, desvió su cuchillada al hombro, se giró y dejó que el conquense pasara para tirarle una estocada a la mano diestra pinchando levemente el antebrazo de su oponente.

—¡Ahhhhgh! —el acero de Alonso de Ojeda cayó de su mano enguantada y se deslizó por el barro.

Se llevó Alonso de Ojeda la mano izquierda al brazo y luego, bajando la mirada contempló muy perplejo los dedos manchados de sangre, como si fuera algo inconcebible, como si apenas pudiese creer que hubiese sido tocado y sangrase como los demás.

—Inaudito —dijo enfundando la tizona, observando alternativamente a Vasco y a su brazo—. Nunca presencié nada igual... Me habéis herido sin que lo haya visto venir, ni por asomo.

Entornó mi amo la mirada y esbozó una media sonrisa que lo decía todo. La joven de antes acudió presta a quitarle el colete al conquense y limpiarle la herida con trozo de lino. Este la apartó con pequeño empujón y se limpió él mismo la sangre.

—Os lo advertí... que más sabe el diablo por viejo que por diablo —enfundó el leonés la tizona y alzó la vista—. Tenéis una forma de empuñar la espada que nunca había visto, y sois rápido como el rayo... Empero, todo se reduce al momento adecuado.

—¿Qué queréis decir? —arrugó los labios.

Se enjugó mi amo el sudor con el dorso de la mano y se abrochó la capa que sostenía el Seco Bargas, que sonreía de oreja a oreja pues por Vasco había apostado. El calatravo veterano de las guerras con los portugueses le tendió la bota de vino.

—En la vida hay un momento para todo, y también para dar la estocada definitiva —dio un trago largo antes de continuar—. Hay que ser paciente. Aun tenéis mucho que aprender, Alonso de Ojeda.

—¡Vasco! —bramó en aquel instante Hernán Pérez del Pulgar que bajaba las escaleras de maderos, chirriaban a cada paso, desde la planta principal de la casona—. ¿Qué ocurre aquí?

Se irguió mi amo y se encogió de hombros.

—¡Simplemente, me ejercitaba con este rapaz!

—¡Alonso, por Cristo, no podéis dejar pasar un día sin batiros! —gritó el noble que iba delante de Hernando de Baeza. Luis de la Cerda no bajaba con la misma agilidad y se agarraba a la baranda de la escalera. No se amilanó el de Ojeda, se ajustó su ferreruelo y le susurró algo al oído a la moza que le ayudaba a anudarse la camisola que sobresalía del coleteo.

La multitud se dispersó en corrillos pues bajaban el resto de los señores y cada uno tenía instrucciones que dar. Se fijó Vasco en que el último de la comitiva era Torquemada y que Bargas se fue presto hacia él, y que fueron los primeros en partir cuando dos sirvientes de los calatravos abrieron las puertas.

—Os tenía por hombre discreto —apuntó el de las Hazañas.

—Y, lo soy, empero este mozalbete pedía una lección a gritos —arguyó el leonés.

Se acercaron también Diego el Chirlo y el tornadizo Pocasangre.

—Buen espectáculo nos han brindado estos dos —dijo el Chirlo.

—Ojeda, Ojeda —movió la cabeza el duque de Medinaceli cruzando los brazos—. No dejáis de meteros en entuertos. Prometí a vuestra madre que haría un hombre de vos, pero lo ponéis difícil... ¿Os habéis batido con el hombre de Hernán?

—Y con dos rubicundos de esos que acompañan a los del conde de Cabra —respondió el joven.

—¡Por Cristo que no tenéis remedio! —bufó el de Medinaceli—. Estoy dudando si debo mandaros de vuelta a Cuenca a que os cuajéis, pue así lo único que conseguiréis es que os maten el día menos pensado...

—Este es el rapaz... —dijo Hernán valorando al mochuelo rascándose la barbilla—. No parece gran cosa... —miró a Vasco—. Dice el duque que puede sernos de ayuda. ¿Qué opináis vos?

Volvióse el leonés hacia Alonso de Ojeda. Tenía este parte de su destino más inmediato en su mano luego de sus palabras dependía que fuera aceptado en la cuadrilla. Cruzaron miradas ambos espadachines.

—Sabe manejar la tizona —acotó mi amo, escueto, pasándole el pellejo al tornadizo Pocasangre pues este se lo pedía con los ojos—. Y es valiente... aunque un poco bultuntún.

—Viniendo de vos es todo un cumplido —replicó el de las Hazañas centrando su atención en el joven conquense—. Dice vuestro señor que buscáis aventuras y glorias.

Sonrió el joven de oreja a oreja.

—Y oro —apuntó mostrando los dientes Alonso de Ojeda.

—Voto a Cristo, Alonso —suspiró el duque—. La avaricia rompe el saco.

—Primero hay que tener saco, mi duque.

Sonrió Luis de la Cerda con expresión paternal. Parecía que ambos tenían cierta confianza, no en vano la madre de Alonso era prima hermana por parte de padre de la esposa del duque de Medinaceli. Y, es que en la vida hay que tener buenos padrinos... y mejores madrinas.

—Pardiez, qué pronto aprende el rapaz —carcajeó el de las Hazañas—. Presentaos mañana en los campamentos del Campo de la Verdad.

Contóme mi amo que los ojos del joven Ojeda brillaban como dos luceros al alba y que su sonrisa era tan sincera que parecíale que había encontrado una bolsa de excelentes y no una encomienda para correr tierra de moros. En fin, imagino que a Alonso de Ojeda le ocurría lo que a mí, que tenía ganas de ver mundo. Y, a fe mía que ambos lo veríamos.

XVII. La plaza de la Paja

Abríase la plaza de la Paja en el ensanche que daba al hospital de la Trinidad, frontera con el hospicio y encajonada de espaldas al escaribel de la Corredera. Era aquel uno de los sitios favoritos de maleantes y gentes de baja estofa, pues por la noche salían allí a beber, jugar, putañear y realizar sus faenas —robar, herir o matar, según el caso—, convirtiendo el lugar en un concurrido ir y venir donde no faltaban improvisados figones de puntapié para mojar el gaznate o hincar el diente.

Cuando llegó mi amo, con la compañía de Alonso de Ojeda, había una treintena de almas pululando: jaques, capeadores, algunas pelandruscas ajustando cuentas con sus fulanos, y grupitos de valentones y chusma que charlaban en corrillos, o despachaban pellejos y damajuanas de vino peleón mientras jugaban a quínolas y pollas y tiraban dados. Excelsa concurrencia que tenía por costumbre ahuecar el ala en cuanto asomaban los corchetes del concejo; ni que decir tiene que, cuando estos se dejaban ver, era por puro despiste o porque había que echarle el guante a algún facineroso que se había pasado de la raya dando cuchilladas o entrando en casa de quien no debía.

Lugares como este, junto con el arrabal de la puerta de Palencia y el del Campo de la Verdad, contaban con el dudoso privilegio de acoger a la flor y nata de la jacaranda, el latrocinio y el sacabuche de altos vuelos; ahí no asomaban el hocico los correcales como nosotros, o como la cuadrilla del Morenito y del Ventoso. Y toda esta ilustre hermandad, que, como refiero, tenía que jalar, emborracharse, satisfacer necesidades carnales y resolver sus propios asuntos, aprovechaba

la noche para salir a tomar el fresco, maliciar nuevas felonías, rapiñar, ajustar cuentas o lo que se terciara. Con lo que los alrededores tornábanse con la luna taberna de maleantes e incluso mancebía, donde se recontaban aventuras reales o imaginarias, se pactaban mojadas y sentencias de muerte, y donde, al fin y al cabo, bullía el pulso de aquel reino en ciernes que llamaban de las Españas, orgulloso, bajuno, peligroso y atrevido, el de los pícaros y valentones. Ese reino y esas gentes que en pocos años serían dueños de medio mundo.

Casi todo el lugar estaba en sombra, y la mitad larga de la gente iba embozada o con caperuza; de modo que el ambiente, aunque animado de risotadas y parlas, resultaba lóbrego en extremo, y harto apropiado para pasar desapercibidos.

Los ojos del joven Alonso brillaban bajo la exigua luz del farolillo colgado en la esquina del pasadizo, avizorando el panorama desde el arco que daba a la plaza de la Paja.

—Ganas me entran de dar un trago —se aclaró la garganta el de Ojeda oteando a uno y otro lado con los ojos muy abiertos y con una media sonrisa dibujada en sus labios, como un niño delante de un puesto de dulzainas.

—No es momento de diversión, pese al frío del sereno hay que mantener el pulso firme... por si las moscas —musitó mi amo pegándose a la sombra del tapial que daba al patio del hospicio. Era el leonés hombre precavido en extremo y, como vuestras mercedes ya saben, tal costumbre le salvó la vida en más de una ocasión

—¿Siempre estáis de esta guisa?

—¿De qué guisa me habláis? —gruñó Vasco atusándose el mostacho que se dejaba crecer más que la barba.

—Avinagrado, como si os hubiesen metido un garrote por el ojete.

Lo oteó con una mirada torva, muy de las suyas, y, de improviso, cogiólo mi amo de la pechera y aplastólo contra el ladrillo. Era el de Ojeda muy propenso a buscarle las cosquillas a Vasco.

—Os creéis que manejar bien la tizona os da bula papal para pasear entre matarifes... —esbozó una mueca esquinada—. Tenéis mucho que aprender, Ojeda. Aquí, a un curioso, a un

mirón o a un alguacil, si no viene en cuadrilla y bien herrado, pueden desjarretarlo en un Jesús mientras se moja el gaznate —apretó mi amo en sus costillas el rondel que había sacado con la zurda en un pestañeo—. En las distancias cortas más vale el filo de una daga que el de una espada.

—No apretéis tanto el pincho que buen jubón me compré en las tiendillas y aún no es hora de remendarlo. Y, ya me fodisties una prenda... —repuso el de Ojeda con su habitual flema dándole un empujoncito para que corriera el aire.

Lo dejó estar el leonés pues sintió que unas pisadas se acercaban por detrás precedidas de un olor rancio a humanidad.

—¡Por la Virgen! —exclamó el conquense ante la cantonera de amplias carnes y pelo ensortijado que lo miraba con lascivia. Se abrió esta la capa y se sacó una aldaba por encima de la saya, tan grande como una sandía.

—Fuera de aquí —espantóla mi amo alzando la mano, también impresionado por tan notable teta empitonada.

—Quizás el mochuelo quiera otra cosa... —sonrió la ramera con un mohín guiñando un ojo. Apestaba a vino, a sudor y a fornicio, y tenía el labio inferior partido y algo hinchado—. Puedo aliviarle de peso por cinco vellones.

Iba el de Ojeda a abrir la boca cuando Vasco se adelantó:

—El mochuelo solo quiere un trago y vamos donde la Catalana —mintió con una sonrisa.

—Una lástima, son mi especialidad los mozos sin mundo... Muchos vienen a mi rinconcito, en busca del desvirgo o a coger experiencia para cuando tienen que satisfacer a una dama y no saben cómo —ojeó al de Ojeda calibrando a cuál de las dos categorías pertenecía y, trabajosamente, se guardó la teta bajo la saya—. Preguntad por ahí por Dolores la Cascorra, todos me conocen como la más puta del lugar... Y a mucha honra.

—Yo... tengo experiencia más que sobrada en la materia —farfulló Alonso de Ojeda atropelladamente alzando el mentón.

Arrugó el morro la pelandrusca y, alargando la mano, le sobó los cojones de un restriego. Dio

el joven Alonso un respingo y se pegó a la cal de la pared.

—Permitidme que lo dude, el pajarillo se esconde de mis caricias... —enseñó unos dientes amarillentos con algunos huecos—. Pero, eso se puede arreglar en un santiamén... —asomó la puntita de su lengua.

Carcajeó mi amo y sacó una blanca de su falquitrera.

—Me habéis alegrado la puta noche —lanzóle el vellón al vuelo.

—Nunca mejor dicho —sonrió la daifa alargando la mano para coger la moneda sin que cayera con la rapidez de una sierpe. Dio un trago del pellejo que le colgaba del hombro y alzó sus ojos tristes a la altura de los del leonés—. ¿Quéreis catar estos caldos de Montilla?

Negó mi amo con la cabeza y le dio un manotazo a la zarpa de su compinche que ya se disponía a recoger el ofrecimiento de la buscona.

—Aunque... Quizás... podríais hacerme un favor por tres blancas.

—Por supuesto, mi señor —de nuevo asomó la puntita de su lengua moviéndola, humedeciendo sus labios entumecidos—. También tengo experiencia con hombres rudos y aguerridos... soldados como vos a los que consolar antes de ir a las guerras, hay muchos, más de los que creéis... Pajes, caballeros, escuderos, sirvientes y hombres de leva... Algún conde de gustos rebuscados también he tratado... —parecía mujer parlanchina. Hipó antes de continuar—. Digo yo que nuestro trabajo, a estas alturas, debiera verse como un servicio más del concejo a la ciudad.

—Aunque estoy de acuerdo con esto último... no va por ahí mi propuesta —dio un paso atrás mi amo pues la buscona lo había dado hacia adelante y su aliento hedía a muladar.

—¿Entonces, por dónde va?

—Necesito encontrar a un hombre. En otro tiempo fuimos amigos.

Entornó los párpados la ramera borrando la sonrisa de sus labios y se arrebujo dentro de su capa de arpillera.

—Qué hermoso... el reencuentro de dos viejos amigos...

—No os creará problemas.

Dibujó la buscona un mohín de desagrado.

—Aquí hay muchos hombres —miró a su alrededor con desgana—. Y, ninguno de bien.

—Yo tampoco lo soy —sacó tres vellones de su bolsa y se los tendió a la tusona que los cogió con agilidad en apenas un parpadeo y se los guardó entre los pliegues de su saya.

—¿Cómo se llama vuestro amigo?

—Lo conocía como Sorní el Tuerto.

—Fodido truhán... Sorní... —rezongó Dolores la Cascorra retirando tras su oreja uno de los mugrientos mechones que le caían por el carrillo.

—Sabéis quién es...

—Un tuerto con una cicatriz en la mejilla derecha, de arriba abajo —recorrió con su uña una parte de su rostro—. Nunca quiere pagar, dice el hideputa que favor por favor. Aunque es verdad que hombre de palabra es y los devuelve... que se lo digan al cabrón que me partió el labio... —abrió la boca señalando con el dedo regordete una pequeña costra sobre su labio carnosos—. Menuda tunda le dio el tuerto...

—Parece el mismo Sorní. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Miró al cielo la cantonera rascándose la cabeza.

—En muchos sitios y en ninguno... mi señor, la Axerquía es un barrio grande... y el vino nubla mi mente a estas horas intempestivas... —sonrió ladina.

Tendióle mi amo otra blanca a regañadientes.

—Para que se haga la claridad en vuestros pensamientos.

—Veré que puedo hacer. Quedaos por aquí... y no os vayáis muy lejos... Quizás tarde un poco...

Antes de que se diera la vuelta la cogió mi amo de la muñeca con fuerza. La atrajo hacia sí y le enseñó la punta de la rodela.

—Decidle que Vasco el Negro lo busca, con eso bastará. Y que estaremos por la plaza hasta la media noche. Y, otra cosa —bizqueó la tusona—. Ni se os ocurra engañarme.

Asintió la daifa con calma, recelosa, mientras se desembarazaba de su agarre y se alejaba

oteándolos de soslayo.

—¿Quién es ese tuerto? —quiso saber el joven Ojeda cuando se quedaron a solas.

—Un buen hombre al que la guerra lo hizo trizas y lo bajó al infierno de sopetón... Uno de tantos...

—No parece este lugar apropiado para hallar hombres buenos.

—Que no os engañen vuestros ojos... —graznó con voz arenosa con un deje de orgullo—...la mitad de estos desgraciados sin futuro que veis aquí arracimados... morirán por su rey con un voto a Dios y a la Virgen entre sus dientes, sin dudarlo, y la otra mitad por su reina —abrió las manos, su mirada rememoraba otros tiempos—. Estos son los hideputas que se batirán en primera línea de las batallas por sus señores, por sus príncipes y por Cristo Crucificado... Cuando se les requiera... Pero, mientras tanto se preparan los ejércitos, en algo tienen que entretenerse los pobres diablos.

Amenizaban la espera apostando a las timbas de dados pues había insistido el conquense en jugarse la media soldada que le quedaba y no pudo Vasco disuadirlo, en cuanto a cuestiones de juego era Alonso de Ojeda tozudo como una mula. Esa noche acompañábale la suerte al de Ojeda y había ganado veinte blancas seguidas en cinco tiradas; empero, no le dejó el leonés que bebiese ni una sola gota de vino, luego tenía mi amo ese sexto sentido despierto y bien aguzado por las muchas escaramuzas de las que había salido con vida y otras tantas que él había tendido, y, le decía que aquella noche negra sin luna podía ser noche de fechorías y de emboscadas en callejuelas estrechas. Y, que mejor lugar que la plaza de la Paja para ello.

Reconoció a Sorní pese al embozo, junto al farolillo del arco, y paseóse este hacia donde estaba la timba con disimulo, apartándose a un lado, la capa subida sobre la cara y el fieltro hasta las cejas; aspecto que, por otra parte, mostraba con naturalidad la mitad de los presentes en la plazoleta. Se mesó la barba y señaló a una esquina con el mentón.

Hízole un gesto Vasco al de Ojeda para que dejase la partida y se encaminaron hacia el guardacantón donde se apoyaba el tuerto Sorní.

Le había encomendado el de las Hazañas a mi amo que reclutase a hombres de confianza, y que estuvieran acostumbrados a rondar a la de la guadaña. Era aquel el motivo de que se encontrasen en aquellos ambientes sórdidos y de baja calaña. Sorní y Rafalito Matallanas eran sus mejores bazas, en Juanillo Ponce de León también había pensado, pero se hallaba este atareado reconociendo las marcas fronterizas con Málaga en compañía del Capitán.

—Vasco el Negro... Bicho malo nunca muere... —sonrió el Tuerto Sorní agarrándolo del antebrazo—. Decían que andabais criando malvas en los campos de Toledo... Por un asunto de cuernos... o de herencias.

—Ya veis que no, Tuerto —le devolvió el saludo. Ambos se escrutaron reconociéndose debajo de la barba, los costurones y las arrugas—. Y a mí me contaron que os pincharon los moros en Alhama y que allí os quedasteis.

—Ya veis que no, Negro —hizo una pausa y se llevó la mano al pomo de su espada, dos valentones de enhiestos mostachos y mirar zaino pasaron por su vera y era también el Tuerto hombre precavido. Imitó mi amo el gesto y los jaques parecieron pensárselo mejor y siguieron deambulando por la plaza en busca de otras presas más apetecibles—. Os han aplastado la nariz.

—Gajes del oficio —dibujó mi amo una extraña mueca.

—Para lo que hemos quedado.

—Para recoger las heces de las bacinillas de nuestros señores.

—Eso es así y siempre lo será para los de nuestro sino —hizo una pausa calibrando al leonés—. ¿Cómo sabíais dónde buscarme, Negro?

—De casualidad oí que un tuerto con una cicatriz como la vuestra había robado unas bolsas al gremio de tundidores y que dos corchetes intentaron echarle el guante y habían sido tarifados a cuchilladas. Y, las malas lenguas, bien untadas de blancas, me contaron que andabais por aquí cuando caía la noche.

Escupió al suelo un gapo sanguinoliento y esbozó una mueca amarga que a sonrisa no llegaba.

—Acogidos a sagrado en San Pedro estamos, Negro, durmiendo en la cripta mohosa con los mártires, a salvo de alguaciles. Me toca planchar la oreja sobre la lápida de Enero... —se cruzó

de brazos alzando la barbilla a unas mujerzuelas que pasaron cerca y que parecieron reconocerle, frunció el ceño y negó con la cabeza para que se fueran a tomar vientos cuando dieron un paso hacia ellos—. Así de bajo hemos caído los soldados que nos batimos el cobre por nuestros reyes, haciéndoles favores a las busconas y sus fulanos... Si me lo llegan a contar les dan mucho por culo, y que se hubiesen liado ellos mismos a estocadas con los beltranejos... puta Isabel y puto Fernando... —de nuevo escupió el veterano de las guerras castellanas—. Robamos para para poder comer y para poder vestirnos decentemente... y aquí nos véis, durmiendo por las mañanas, y por las noches salimos a que nos dé el aire, a beber y a putañear lo que nos dejen —sonrió ladino y se rascó debajo del parche—. Hasta que se nos acabe la bolsa. Y vuelta a empezar. Uno siempre intenta hacer lo correcto... pero ya véis donde he acabado.

De la misma estatura y complexión que mi amo, tenía Sorní un mentón prominente poblado por una barba rubicunda y descuidada, e iba ataviado con borceguíes altos, una aljuba basta de sarga y una capa con caperuzo. A todas luces la estampa de un soldado veterano y dejado de la mano de Dios y de sus señores. Uno de tantos despojos que dejan las guerras.

—Faltan sogas para apretar tanto gentil gazzate —compuso Vasco una sonrisa torcida.

—Menos chanzas, Negro... —se ajustó el cinto del que colgaba su espada jineta—. Puta mierda de vida... Si me lo llegan a contar...

—Desde luego que sí, Tuerto, empero, es la vida que nos ha tocado y todos nos aferramos a ella por naturaleza. Y, si os sirve de consuelo, si me lo llegan a contar a mí, tampoco lo hubiera creído.

—Eso es cierto, eso es cierto... —oteó de soslayo al de Ojeda centrando su atención en el joven—. ¿Quién es este palomo? Se os da un aire... ¿No será un hijo bastardo que os ha salido por Córdoba? —de su garganta brotó una risotada a destiempo.

—Más quisiera él...

—Me llamo Alonso de Ojeda —dio un paso al frente—. Y, venimos de parte de Hernán Pérez del Pulgar.

Lo fulminó mi amo con la mirada.

—Hernán... Hernán... Viejo loco —repuso en voz baja soltando ahora una risa ruda, de soldado—. Su fama le precede por donde pisa. Eso puede ser bueno o malo. El de las Hazañas le dicen. Y, también dicen que pelea por Alhama. Es hombre admirado, temido y amado, lo cual constituye para muchos el apogeo de las fortunas humanas.

—Ahora está aquí... Es una historia larga... Y busca hombres de hígados para una encomienda.

Chasqueó la lengua el Tuerto.

—Hombres de hígados... a cuánto se paga sonreír a la muerte...

—A dos excelentes por un mes de cabalgada.

—Mucho es... —caviló Sorní, pensativo, ajustando cuentas—. Cabalgada, decís... a dónde —juntó las cejas.

—A tierras moras.

—Pardiez... qué se nos ha perdido por ahí... Dicen que las talas no serán hasta después de la Natividad del Señor.

Iba a abrir la boca Alonso de Ojeda pero le dio un empujón mi amo y se adelantó en la respuesta.

—Hay que llevar a un moro con otro moro —atajó.

—¿Solo eso?

—Por ahora.

—Extraño... muy extraño...

—Tiempos extraños nos han tocado en suerte.

—Por Cristo... que sois parco en palabras cuando os interesa —rezongó el Tuerto Sorní.

—Más no puedo decir —se encogió de hombros oteando de reojo al joven Ojeda mas este no abrió la boca—. Mejor trato os propongo que andar escondido bajo los faldones de los curas en las iglesias. Con el dinero podéis salir de este agujero y volver a Burgos.

Enseñó unos dientes mal puestos el Tuerto en un amago de sonrisa, el vaho saliendo de su boca.

—En eso tenéis razón, mejor que dormir junto a los huesos de Juniperio... Me da mala espina... —aspiró el aire frío y húmedo de la noche—. ¿Necesita Hernán más hombres para esta encomienda de mierda?

—Alguno más no vendría mal.

—¿El mismo precio?

—El mismo —respondió Vasco—. ¿Con quién andáis?

—Con el Ramplón y el Flechita Quiñones —rascóse el lóbulo de la oreja.

Silbó mi amo.

—Mala compañía.

—De las peores —carraspeó el veterano sargento de caballos—. Pero no les tiembla el pulso cuando hay pelea y les gusta el oro más que una pluma de ganso a un tonto.

—Cierto es.

—Y, eso es lo que buscáis, ¿no? —su único ojo lo escrutó con malicia—. Hombres que no hagan preguntas y que puedan matar sin pestañear.

Asintió Vasco. Eso mismo buscaba. Unas gotas finas comenzaron a caer del cielo.

—Mientras antes los reunáis, mejor.

—El Ramplón estará contando las monedas que nos quedan, las estrellas en el cielo o, si le carcome la conciencia, los hombres que ha madrugado, ya lo conocéis.

—Sigue con esa costumbre de contarle todo.

—Peor, con la edad empeoran las obsesiones de la mente... y al Flechita lo he dejado saltando el muro del convento de Santa Clara, que se ha echado una novia monja que conoció comprando buñuelos donde el arroyo, el hideputa... —chasqueó la lengua de nuevo. Era su costumbre—. Regresará a San Pedro antes del amanecer.

—Sigue igual que siempre, metiendo el nabo en la cazuela que no debe.

—Peor, con la edad ha empeorado, se ha vuelto más vicioso, si cabe...

—Presentaros en los campamentos del Campo de la Verdad pasado mañana al atardecer —apoyó sus manos enguantadas sobre el cinto—. Preguntad por Hernán el de las Hazañas, allí

todos lo conocen.

—Como no... —repuso el soldado. Se ajustó la capa y la caperuza. Comenzaron a caer algunas gotas de la negrura del cielo—. Siempre pensé, Negro, que vos seríais el de las Hazañas —sonrió esquinado.

No sería la primera ni la última vez que oiría mi amo semejante comentario de boca de compañeros de armas. Empero, ya les recuento que la suerte siempre diole manos dispares. Pues fíjense que el de las Hazañas había empezado en realidad como Vasco, es decir, desde el terruño, sin apenas unas blancas, pues su familia, aunque hidalga, no estaba para muchos dispendios. Empero, su valentía insolente, y su suerte, más insolente todavía en unos tiempos en que los palos y los tajos caían como chuzos, habíanle izado a la cima de esa difícil escala que se llama el favor de la corte, y cuyos peldaños había subido de cuatro en cuatro.

—Unos tienen fama, otros escardan lana —replicó Vasco con la pose estoica de un veterano soldado.

—Es el sino de nuestro tiempo. Digo yo que algún día cambiará.

XVIII. La calle de la Muela

Abriéronse paso bien embozados bajo la fina lluvia entre la escoria que empezábase a dispersar de la plaza de la Paja y que buscaba refugio en los últimos tugurios abiertos en la Corredera y en las covachuelas de callejas alledañas. Era un reguero de buscones, putas y maleantes que iban en pareja o en cuadrilla bien azumbrados de vino, bullangueros, con ganas de jarana, de fornicio, de dar cuartelillo y de beberse todo lo que quedara. Precavidos y ya mi amo con la mosca detrás de la oreja, atajaron por el ensanche de las Cañas esquivando los vómitos de un beodo que a rastras salía del antro de los Cuatro Gatos, y culebrearon por la bajada de las Ánimas, sus pasos resonando sobre el empedrado mojado, para terminar en la callejuela de la Muela cerca de la subida que decíase de la Feria.

—El Potro queda por otro camino —apuntó el de Ojeda sorbiendo mucosidad. Había apalabrado catre para aquella noche con el Rana—. O, quizás... preferís catar caldos donde la Catalana... hembra de postín dicen que es y buen vino dicen que sirve... —se restregó el agüilla de la nariz con el dedo índice.

Detúvose en seco mi amo, alzó el hocico como si olisqueara el aire y, de un empujón y sin previo aviso, arrimólo al tapial de la casona.

—Mierda, otra lección de bachiller de mundo... —musitó el joven Ojeda arrugando la nariz. Olía a leña quemada y a putrefacción pues pisaban sobre un muladar de restos de comidas—. Otra vez me vais a mostrar la rodela, leonés... Ya sé que cuando no hay distancias es mejor sacar el acero corto que el largo...

—Callad vuestra bocaza por una fodida vez, rapaz —siseó Vasco.

En la esquina había sujeto un hachote cuya luz se mecía al son de la brisa. Dentro de la callejuela todo estaba oscuro, solitario, y ellos encontrábanse arropados por las sombras de las casas y la lluvia que caía constante en una fina bruma.

—Qué diablos... —masculló el de Ojeda.

Voces y risas haciendo eco.

—Válgame Dios, muchacho que no abráis la boca os digo —bisbeó echándole el hálito en el rostro.

Al poco bajaba por donde las Ánimas un viejete achispado abrazado a dos mujerzuelas que reían sus gracietas y bravatas; mentábales este a grito pelado y ebrio de vino de las hazañas que se proponía emprender aquella noche sobre el jergón y ellas le respondían imprecándole con comentarios picantes y mordaces. Que mi nabo es como el del mismísimo rey Fernando... Con las dos no vais a poder, que muchas hembras somos... Que a mirando a la Meca os voy a poner orando al alba... Que no sois un zagal para proezas, mejor de una en una, que se os desinfla la vida... Al torcer la cuadrilla en el siguiente esquinazo se amortiguaron sus befas.

Nada más escuchábase salvo el repiqueteo de las gotas cayendo sobre el firme y el ladrido de un perro en la distancia. Descolgarónse los hombros de mi amo de sus orejas, mas aún tenía la piel del cogote erizada.

—Parece que hay alguien que se divierte...

—Pensé que nos seguían y he dado un pequeño rodeo —susurró el leonés con esa voz arenosa—. Me pareció ver unas sombras cuando atajamos por los Cuatro Vientos y ese borrachuzo nos quiso vomitar encima.

Bostezó el de Ojeda.

—Hombre precavido vale por dos, decía mi madre, que en paz descanse... —se santiguó a la par que estiraba la pierna y restregaba los detritus pegados en la suela de su bota sobre un escalón del descansillo de una cava que hacía de tiendecilla de un sastre—. O vamos a echar un trago o vamos a dormir, que a uno ya le vence el sueño, y si no es con vino no me tengo.

—Sois demasiado aficionado a los caldos... y a las mujeres, joven Ojeda —volvióse mi amo hacia la esquina entornando los párpados pues aún tenía la piel del cogote erizada y eso siempre era mala señal, de peligro.

—Y qué hombre que se precie no lo es... —sonrió torvo palmeándole el hombro.

—Es solo un consejo.

—Le dijo la sartén al cazo... Según el Chirlo sois el demonio reencarnado en hombre.

—Las mujeres y el vino hacen a los hombres renegar. Os lo digo por experiencia... Y, ni puto caso al Chirlo, es un malnacido y está como un cencerro...

Sonrió el de Ojeda despreocupado.

—Si hemos de batirnos el cobre en la frontera, mejor ir con los ánimos calmados y la conciencia en paz... no pongáis esa cara de cura. Vamos, Vasco, ya hemos cumplido, hemos reclutado a los hombres necesarios para la encomienda... Os invito a un trago donde la Catalana, quiero echarle un ojo a esa hembra que dicen es la mejor de Córdoba... —le propuso agarrándolo del hombro—. Acompañadme, ningún mal os hará tomar una jarrita...

—Sois incorregible... Un trago y a dormir —concedió mi amo con un gruñido dándose la vuelta y enfilando hacia la esquina sin tenerlas todas consigo. Ya les recuento que poseía el leonés un sexto sentido agudizado por años de emboscadas en las guerras para eso del peligro, a veces parecíame que incluso podía olerlo en la distancia como un perro huele el rastro de una alimaña.

No habían dado ni tres pasos cuando sintieron el tintineo del roce de aceros a sus espaldas, seguido de unos jadeos y pasos a la carrera.

—Valga el diablo... —gruñó mi amo escuchando el siseo de no menos de dos herreruzas saliendo de sus vainas. Entornó los párpados avizorando las siluetas fantasmales que se movían ahora lentamente. Se llevó la mano al pomo de su ropera sacándola un cuarto—. ¿Cuántos veis?

—Al menos dos sombras.

—¿Tenéis buena vista?

—Como la de un gato —sonrió el de Ojeda desenfundando su tizona por completo. Solo la

perspectiva de vino y hembra le alegraba más al de Cuenca que encontrarse con un duelo inesperado en mitad de la noche.

—Podemos salir por el otro lado, corriendo como diablos —propuso Vasco.

Ssshhhhh. Sssshhhhh. Otras dos herreruzas desenvaináronse a sus espaldas. Volvióse mi amo y bajo la luz tremulante del hachote que colgaba de la esquina de la casona apreció dos figuras altas y fornidas, encapotadas hasta las cejas. Quienquiera que fueran aquellos hideputas les habían cortado el paso por ambos extremos. Profesionales de la materia.

—Me da que no... —murmuró el de Ojeda adelantándose un paso a los espadachines que se aproximaban desde la negrura. Lanzó dos mandobles al aire a modo de probatura, para calentar articulaciones. Juraba después mi amo que los ojos del malnacido brillaban de excitación como si fuera un gato encelado—. Cuatro contra dos... No es mala proporción. En peores me he visto...

—Misas se lleve el demonio... esto no es un juego —siseó Vasco bajándose la capucha, las gotas de lluvia le mojaban el pelo y le caían sobre su frente y su mejilla.

Calibraba el leonés los naipes que habíale dado el destino para salir de aquella encerrona. Era la de la Muela una calleja oscura y angosta con solo dos salidas, no había tapias ni muros por los que saltar y las puertas de la media docena de casas que la flanqueaban estaban cerradas a cal y canto. Y, aunque hubiera gentes despiertas, ninguna estaría tan loca como para socorrerlos en un duelo en aquella noche de perros. No hubiera elegido él mejor escenario para una escaramuza. Lo único que tenían a su favor era la angostura de la calle, dos espadachines en paralelo no podían maniobrar tizonas a la misma altura sin estorbarse. La cosa iría de uno en uno. Más o menos.

Tintineó su falquitrera con la zurda.

—¡La bolsa es vuestra! —exclamó el leonés—¡Dejadnos marchar!

—¿Qué hacéis? —preguntó indignado el de Ojeda, volviéndose hacia mi amo con un puntito de enfado marcado en su rostro—. Estos no vienen a por barquillos ni melindres —alzó su ropera.

—Intento salvar alguna vida.

Ninguno de los otros contestó a su ofrecimiento y avanzaron otro paso.

—¿Contento vuestra merced? —esbozó Alonso de Ojeda una sonrisa torva dejando caer su capa al suelo—. Estos vienen para ajustar cuentas de su parte o de parte de otros.

Lo cierto, pueden suponer vuestras mercedes, que no había que estrujarse el magín para verlo venir, empero mi amo intentaba evitar la sangre derramada sin motivo, sobre todo la suya.

—Pardiez, lo he intentado... no queda si no batirse, joven Ojeda —concluyó Vasco con un suspiro, sacando espada y daga de sus fundas—. ¿A quién preferís?

Apenas hubo tiempo para decidirse pues los cuatro combatientes se precipitaron con una furia que no excluía cierto método. Aquellos no eran matarifes de tres al cuarto.

El corazón del joven conque se latía hasta romperle el pecho, no de miedo, por la Virgen que Alonso de Ojeda solo temía a la ira de Dios —y a veces ni eso—, sino de emulación. Batíase como un perro rabioso, avanzando y retrocediendo, cambiando diez veces su guardia y su terreno, desconcertando a sus adversarios que lanzaban mandobles con espadas más pesadas que cortaban el aire en la negrura de la noche. Zas. Zas. Zas. Parecían los dos rufianes duchos en la destreza de la esgrima, sin embargo, pasaban todos los apuros del mundo defendiéndose contra ese formidable espadachín ágil y saltarín, que había nacido para blandir un acero, que se alejaba a cada momento de las reglas recibidas, atacando por todos lados a la vez, como una centella, y precaviéndose además como hombre que tiene el mayor respeto por su pellejo. En un abrir y cerrar de ojos, mientras los matachines recuperaban el resuello, se coló el joven Ojeda entre medias de sus guardias y se situó a su espalda. Sin dejar que la punta de su espada bajara, estiró brazo y pierna diestra en un solo movimiento y clavó la punta de su ropera en el costillar de su contrario más corpulento hendiendo acero más de un palmo. Tras un latido en que el desgraciado aguantó de pie, se dobló y cayó de rodillas al suelo intentando taparse el costado con su mano enguantada, mas de sobra sabían ambos que aquella estocada era mortal. No perdió tiempo el de Ojeda y retrocedió un paso ante la acometida que le lanzó el otro desde las sombras. Clanc. Clanc. Gritaba el matachín, iracundo, en alguna lengua extranjera que no resultaba del todo

desconocida. Alzó su guardia el conquense y pudo desviar sendos mandobles cruzados, el último desgarróle el jubón a la altura de la clavícula haciendo sangre. Un rasguño que no hizo sino enrabietarlo.

En esas estaba Alonso de Ojeda equilibrando la balanza, mas lo propio hacía mi amo, pues mantenía a raya a sus dos atacantes con espada y daga, librándose de las cuchilladas que salían de las penumbras y haciendo intentos de trincar carne para que no se acercasen a más de tres pasos. Bajo el resplandor del hachote midió que uno tenía una ligera cojera y el otro parecía que descuidaba en demasía su guardia. Sobre todo, percatóse que, si le lanzaba estocadas altas a este, tenía campo abierto para abrirle las tripas con la daga mientras se defendía de sus tajos, y también que era indeciso en sus movimientos, parecía ir dos latidos por detrás de lo que debiera, pues poco pudiera haber hecho si ambos le hubiesen acometido a la vez y acompasados.

Fuese quien fuese el responsable de aquella escaramuza, la celada estaba montada y allí no quedaba sino vender caras las asaduras de cada uno. Redios, eran grandes aquellos fulanos, grandes, fuertes y de hombros como montañas. Y sus espadas eran también grandes y pesadas. De las de cortar y romper huesos. Aquello, siempre que no le dieran a uno, era una ventaja en la angosta callejuela pues una ropera resultaba mucho más ligera y manejable. Oyó mi amo un quejido a sus espaldas seguido de un grito en lo que parecía germanía. Qué demonios hacía un teutón repartiendo estopa en plena noche... Apenas tuvo tiempo de discernir pues el de la cojera cerraba de nuevo en su contra, así que Vasco, intuyendo el acero enemigo por su reflejo, afirmó los pies, paró justo a tiempo una buena cuchillada de revés, avanzó un pie y luego el otro, sujetó el acero del contrario entre el codo y el costado, adelantó la punta de la suya, y al extremo de la herreruza pudo oír el adecuado quejido de dolor cuando marcó al otro en la frente. El cojo dudó y reuló dos cuerpos pegándose a la pared encalada, dejando al espadachín indeciso a solo un paso de mi amo. No dejó Vasco pasar ni un parpadeo. Aquel era el momento de atacar y jugarse la vida. En un latido alzó la punta de la ropera, dio un pasito y se lanzó para trincar el cuello, un ojo o lo que se terciase. El malnacido, previsible, levantó la tizona y compuso una guardia alta desviando el acero, momento que aprovechó mi amo para que sus gavilanes se trabasen con la

cruz de la espada bastarda. Empujó con fuerza y el otro también lo hizo. Podía sentir el aliento saliendo de su boca y el vaho que se formaba bajo la fina cortina de gotas de lluvia. Solo veía una nariz ganchuda, una barba rubicunda, un pelo ensortijado y unos ojos inyectados en sangre. Hubo chiribitas al chocar las herreruzas entre sí y contra la pared. Dejó mi amo a propósito que la fuerza del otro se impusiera y cuando ganó al hideputa un palmo de holgura, con la rapidez con la que una víbora mordería a un conejo, le clavó la rodela en el bajovientre, retorciéndola bien entre sus tripas. La sacó y la metió de nuevo. Aaaaagghhhh, ich scheiße auf Gott und auf die Jungfrau. Blasfemó el pobre diablo en germanía antes de caer al empedrado, arrodillado, intentando cogerse el mondongu, mientras su espadón resonaba metálico en el suelo entre sus muslos. El moribundo emitió un último gemido y dejóse de oír su estertor.

—¿Os han herido, Vasco? —oyó a sus espaldas.

No era mi amo amigo de hablar mientras se batía el cobre mas el de Ojeda parecía pertenecer a otra hornada de hombres más parlanchines.

—¡No! —repuso hosco saltando sobre el cadáver agonizante del fulano, encarando con cautela al de la cojera que observaba a su compinche caído con expresión contrita.

—¡En breve estaré con vos! —exclamó el joven Alonso mientras chocaba aceros tanteando a su adversario—. ¡No desfallezcáis!

Había pisado el matasiete que se batía con el conquense los restos de comidas del muladar, junto al tapial, y había trastabillado perdiendo el equilibrio, bajando la guardia y la vista, momento que aprovechó el joven Ojeda para tirarse a fondo y hendir su acero en el pecho del hideputa a la altura justa del corazón. Lo remató de un tajo en el gáznate con la daga, dejándolo boqueando, escupiendo sangre y con cara de no saber muy bien lo que sucedía.

Mientras aquello ocurría en un extremo de la callejuela, en el otro se disponía mi amo a trabar aceros con el fulano que quedaba en pie a unos cinco pasos. Pero, en lugar de ponerse en guardia, asió este la espada con las dos manos y alzóla sobre su cabeza, iba con las de Mahoma dispuesto a cobrarse el tajo en la frente y las deudas de sus amigos caídos, y se la lanzó como si de un puñal se tratase, el acero girando como la rueda de una noria. A punto estuvo de cercenarle

el entrecejo si Vasco no se hubiera girado en el último latido. Clavóse la tizona en el portón tachonado de clavos que abría una de las covachuelas. Se quedó mi amo atónito, pues durante un parpadeo vio la muerte bien de cerca, y cuando quiso encarar al fulano corría este como alma que lleva el diablo calle de las Ánimas abajo cojeando tres de cuatro pasos. Se palpó el hombro Vasco, el filo le había rasgado el colete y la camisa, y tenía un buen tajo del que manaba una sangre roja y espesa. Dolía como sus muertos.

Abrióse una de las ventanas de la casa más estrecha, se hizo luz y una voz cascada exclamó a grito pelado:

—¡A mí los corchetes! ¡Duelo en la Muela!

Tras unos latidos repitióse el grito en la calle de al lado y en la de más allá.

Abrióse otra ventana y una silueta apareció iluminada por el resplandor de un velón de sebo. Subióse mi amo la caperuza pues aunque estaba oscuro no era de más ocultar el rostro a ojos indiscretos, sobre todo habiendo trifulca y muertos de por medio.

Agachóse el leonés a ver si respiraba al atacante que yacía inerte a su diestra. Su cuerpo aun caliente no emitía ni un hálito de vida.

—¿Vive alguno de los vuestros? —inquirió en un susurro cuando se acercó el conquense.

Negó con la cabeza el joven Alonso de Ojeda que, voto a Dios, cuando se ponía a dar cuchilladas estas solían ser tan mortíferas como las de mi amo.

—Vayámonos de aquí que pronto vendrán los corchetes.

—Mirad este —repuso el de Ojeda que, recogiendo su capa, se mantenía agachado observando ceñudo los ojos vidriosos del hombre al que le habían abierto las tripas.

—¿Qué ocurre?

—Me batí con este hideputa antes de ayer en la casa del Comendador.

—¿Estáis seguro?

Acercóse mi amo al bulto oteando a uno y otro lado, alzando la espada a la figura de la ventana, quienquiera que allí estuviese apagó la vela y trabó los maderos.

—Tan seguro como que lo acabáis de hacer fiambre. Este desalmado era de los mercenarios

suizos —se fijó Alonso de Ojeda en que su jubón tenía una mancha oscura casi a la altura del hombro—. ¿Estáis herido?

—Es solo un arañazo.

—Arañazo el mío, otro para remendar... —señalóse el jubón—. El vuestro no pinta bien, sangra mucho.

Se agachó Vasco donde estaba el otro fulano que yacía espatarrado boca abajo con un agujero en el pecho y con la punta del pie le volteó el rostro. Era también un hombre rubicundo de duras facciones y barba recia. De no ser por los ojos abiertos, fijos ante sí, hubiérase dicho que dormitaba sobre un inmenso charco carmesí.

—Otro extranjero... —masculó mi amo, al que todos esos mercenarios que acudían a la cruzada, suizos, tudescos, lansquenets o lo que diablos fueran, parecíanles cortados por el mismo patrón. Oyéronse unos gritos en la lejanía entremezcladas con ladridos, eran las voces de los corchetes que se aproximaban por la calle de la Feria.

—¿Una venganza? —inquirió el de Ojeda que no parecía ducho en asuntos de nobles y señores.

—Me huele que no... aunque no lo creáis, no sois tan importante.

—¿Entonces?

Enfundó mi amo espada y daga y aguzó el oído para discernir de dónde venía el griterío.

—Ya lo averiguaremos, mi joven amigo. Ahora será mejor que salgamos de aquí cuanto antes si no queréis dormir en el calabozo y amanecer degollado o con una soga al cuello.

—No es lo que más me place.

—Pues a correr se ha dicho.

XIX. Berenguela Hinestrosa

Enhebraba Berenguela Hinestrosa aguja e hilo con pericia, como le habían enseñado su madre y su abuela allá en el pueblo para remendar las camisas y las calzas de su padre y sus hermanos cuando venían de recoger las mieses. Ahora disponíase a coser un costurón de otra índole a ese leonés indómito de la nariz torcida que le robaba el aliento y le hurgaba en el corazón. Qué diablos, suspiraba la Hinestrosa para sus adentros, a cada una le viene la vida de una manera y en la mía se ha cruzado este canalla de sonrisa torcida y mirada torva, por mucho que me empeñe no puedo evitarlo. Ahora está aquí y mañana podría no estarlo, con esto me conformo. De forma inconsciente aferró la Beren la mano callosa del leonés que apenas respondió con un ligero roce de sus dedos.

Dio Vasco un respingo al sentir la caricia de Berenguela seguido de un trago largo al búcaro, maldiciendo por su herida, sentado en el taburete, oteando por la ventana entreabierta el trozo de empedrado flanqueado de casas de ladrillo y cal que llevaba hasta el Alcázar, pendiente de si otros facinerosos les habían seguido el rastro. No había querido ir donde el Potro pues era el lugar más probable donde acudir si al tudesco cojo o lo que fuera le daba por buscar refuerzos y seguir dando por culo aquella noche. El asunto de Berenguela solo lo conocían sus allegados y, en el barrio nuevo, tan cerca del Alcázar, nadie con entendimiento se atrevería asaltar la casa de baños a base de estocadas. Era aquella la salida que había industrializado por si las cosas se torcían como era el caso. Con la yema de su pulgar acarició el dorso de aquella mujer que le tenía sorbido el seso y la cordura. Su naturaleza indómita le había llevado a alejarse de Berenguela, por su bien, se repetía así mismo, mas siempre volvía al calor de su carne, como las grullas

volvían en otoño. Y, ella, de nuevo, había dejado que entrara en su lecho. Y, las gentes hablaban. Aquello no podía continuar así por mucho tiempo, rumiaba de cuando en cuando. Nada bueno podría traerle a su amante. O, daba un paso, o se alejaba definitivamente.

Quitó Berenguela el emplasto de hierbas que le había puesto Azucena y la herida seguía sangrando.

—Habrá que coser para que se cierre —sentenció la cocinera frunciendo sus gruesos labios. También entendía Azucena de hierbas y ungüentos, pues su madre era una especie de curandera que arreglaba fiebres y toda suerte de huesos y articulaciones a las gentes del monte, y le había pasado sus conocimientos y cierto don para la cura. A la luz de los velones de sebo acercóse a Vasco aquella mujerona con olor a ajo y cebolla par escrutar la herida a menos de un palmo. Paseó su mirada, no sin cierta admiración, por las cicatrices que cruzaban el torso, el costillar y la espalda de mi amo—. Buen costurón le va a quedar, don Vasco, otro para la colección —guiñóle el ojo a Berenguela—. La providencia está de su lado, digo yo que por algo será.

—Esperemos que no se gangrene, Dios no lo quiera —apuntó socarrón el hombretón velludo ataviado en camisón y alpargatas. Apoyado en el quicio de la puerta que daba a las cocinas observaba la escena con aire avinagrado pues ya les recuento que Manuel no era amigo de las visitas del leonés a la casa de baños con la intención de trajinarse a su señora de cuando en cuando y, de paso, robarle el corazón. Corrían apuestas entre las mozas aguadoras de cuanto tardaría en largarse Vasco buscando nuevos aires.

Le dio Azucena un pescozón a su esposo.

—¡Quien nace lechón muere cochino! —gruñó la cocinera, sus labios temblando de la ira pues acérrima defensora de mi amo era—. ¡Por la Virgen que siempre estás hurgando donde no debes, malquisto! ¡Vuelve al catre!

Alzó Berenguela la cabeza y Manuel no tuvo por menos que bajar la suya y rascarse la calva al atisbar la sombra de la preocupación en el semblante de su señora, a la cual veneraba por haberlos sacado de la cochiguera de la sierra y haberles dado un oficio y comida y cama caliente. Reculó el encargado del negocio hacia la trasera donde se encontraban las escaleras que

conducían a sus aposentos.

—¡Vámonos, Antoñín! —le espetó a su hijo que también observaba la escena con ojos de lechuza y resoplaba hinchando los carrillos cada vez que veía manar sangre de la herida—. ¡Aquí poco hay que hacer y sobramos!

—¡Dejad al muchacho! —exclamó Azucena en respuesta—. Quizás alguna vez tenga que curar heridas.

—Este mochuelo no ha salido curandero.

—¡Y tú que sabrás con esa cara de oso! —exclamó con desdén alzando la mano.

Reculó Manuel y le dio un tirón a la oreja de su hijo y se lo llevó a regañadientes escaleras arriba.

En verdad que Antoñín miraba con un ojo a mi amo y el otro lo tenía puesto en las cocinas, luego habían acudido a los aldabonazos dos de las mozas lozanas que atendían la casa de baños y reíanle estas las gracietas al de Ojeda que siempre un buen duelo abría el apetito y ponía como un perrillo en celo. Y, mientras mi amo se desangraba en el salón de la posada el conqueso comía y bebía y les ofrecía unas monedas a las agudaoras a cambio de que le llenasen una tina a deshoras.

—¡Cago en Dios, Ojeda! —exclamó Vasco iracundo cuando las fámulas rieron a mandíbula batiente y a la Hinestrosa le tembló el pulso tirando la aguja al suelo.

Asomó la cabeza Alonso de Ojeda con un trozo de queso en una mano y una jarrita de vino en la otra.

—No es para tanto, Vasco. Las he visto mucho peores. Sois un quejica —dijo mientras masticaba un trozo de queso.

—Idos a tomar por culo —mandó Vasco.

—Eso espero, mi buen amigo.

Las dos jóvenes mochuelas estallaron en risotadas dentro de la cocina.

Suspiró la Hinestrosa.

—¡Jimena! ¡Teresita! —gritó a media voz, agachando la cabeza y abriendo las piernas sobre

el taburete para enhebrar de nuevo la aguja con pulso firme—. Id al sótano con ese joven tan apuesto... y llenadle la tina de agua caliente y enjabonadlo bien para quitarle el olor a caballo... Pero, pardiez, dejad de armar escándalo que vais a despertar a toda la clientela —que no era poca pues estaba el negocio a tiro de piedra del Alcázar y era parada obligatoria de caballeros, señores, hidalgos e infanzones que iban a tratar los asuntos que los privados de los reyes tenían a bien atenderles. Ya refiero que no era una mancebía la casa de baños de la Hinestrosa, empero sus aguadoras tenían fama de dar cariño y recibir lisonjas y dineros a cambio, incluso alguna había conseguido buen marido, casa y tierras en Montemayor.

Salieron las dos mozas risueñas y bermejas, ajustándose mandil y pañuelo, contoneándose, el de Ojeda pisándoles los talones con una damajuana en una mano y el velón de sebo en la otra alumbrando el camino al soterrano.

—¿Tan apuesto? —enarcó una ceja mi amo con un gruñido.

—Carita de ángel tiene —sonrió la Hinestrosa alzando la mirada.

—Más de diablo... diría yo —repuso Vasco con una mueca de dolor cuando Azucena le pasó el paño por la herida.

—No es mal mozo —terció la cocinera metiendo baza—. Algunos cocidos le faltan... pero eso es algo que puedo arreglar —estrujó el lino sobre el cubo.

—Redios, dónde vamos a llegar con este mochuelo.

Me sonrío solaz cuando escribo estas líneas pues como ya recuento siempre tuvo Alonso de Ojeda don de gentes y don con las hembras, como si fuere un encantador de sierpes las obnubilaba con su labia y su sonrisa franca. Juro que le vi conquistas de toda índole y condición a lo largo de su azarosa vida, desde doncellas en edad de merecer, a damas acaudaladas aburridas de sus maridos, pasando por fogosas condesas y duquesas que lo requerían cuando sus esposos trataban asuntos en la corte o se iban a guerrear, hasta princesas en el Nuevo Mundo enamoró aquel hombre singular donde los hubiere. Siempre decía el de Ojeda que el truco estaba en hacerlas sonreír y, como mi amo argüía del uso de la tizona, esperar al momento justo en que una bajaba la guardia para lanzarse a degüello. Y cuánta razón tenía.

Volviendo a lo que aconteció aquella noche, allí estaba Vasco descamisado y chorreando sangre a la luz de las velas que colgaban de las vigas del techo de madera, con la Hinestrosa aguja en mano y Azucena limpiando la mojada.

—Dejadme a mí, mi señora—ofrecióse Azucena con voz dulce acercando un velón a la herida.

Negó la Hinestrosa con la cabeza aguzando la vista. Dejó el mantillo sobre la mesa y se recogió los pliegues del camisón sobre sus generosos muslos.

—Cada una que cosa a su hombre —dijo la Beren sin atisbo de duda. Resuelta, como era ella—. Y, a este lo coso yo que para eso es mío —sus ojos brillaban como el sol cuando mi amo estaba cerca.

—Una tiene experiencia en la materia —insistió la mujerona—. He zurcido más pieles que telas, os lo aseguro.

—También yo sé de qué va la vaina, remendaba a mis hermanos de las pedradas que les daban los del pueblo —repuso la Hinestrosa tirando del hilo y alzando la aguja.

Dio Vasco un trago largo y Azucena le ofreció un cucharón de madera para que lo mordiese, empero, el leonés negó con la cabeza.

—Diablos, que alguien cosa ya de una maldita vez —susurró con esa voz pedregosa—. Que con esta cháchara me desangro...

Y se dispuso la Hinestrosa a dar puntadas sobre el pellejo del hombre que gruñía y enseñaba los dientes como un perro y maldecía al tudesco cojo, a Dios y a todos los santos, y mentaba de puta a la Virgen cada vez que metían la púa en sus carnes y tiraban del hilo para cerrarle la herida.

—¿Os duele? —preguntó «la Beren». Era así como la conocían por media Córdoba, la otra media la llamaba la Mora Rica, pues no pocas envidias levantaba su floreciente negocio y que lo llevase una hembra en solitario. Se arrebujo bajo las sábanas de seda, aún siendo mujer práctica algunos caprichos se permitía, y se pegó al cuerpo semidesnudo de mi amo que dormitaba de

costado y despedía calor como el hogar de una cocina. Afuera seguía la lluvia repiqueteando sobre el alero del tejado y la balconada. Había una gotera en la esquina, y un cubo de madera que recogía el agua gota a gota. Flop. Flop. Flop.

—No mucho —respondió en un susurro.

Le acarició ella con la uña la bregadura de carne rosada que tenía en diagonal sobre el omoplato, recuerdo del hacha de un campesino de las levas zamoranas, de cuando sirvió a las órdenes de Carrillo a favor de don Alfonso. Dio un retiemble el leonés y se le erizó el vello. El alba clareaba entre las cortinas con una luz gris azulada. Había dormido mi amo como un lirón con las hierbas que le dio a beber Azucena.

—¿Quién os lo ha hecho? —suavemente rozó la venda que le cubría la mojada.

Se encogió mi amo y ella lo abrazó con ternura.

—Qué más da.

—A mí me da.

—Unos hideputas... suizos o alemanes. Qué más da —rezongó.

—¿Alguna cuenta pendiente? ¿Herencias? ¿Cuernos?

—Más de una me da que tenemos, tanto ese joven con ínfulas de héroe como yo. Pero, me huele a mí a... contubernio.

—Contubernio... ¿de quién?

—De gente importante —susurró con un quejido.

—Podriais ser más explícito. Llevo toda la noche despierta con el corazón en un puño velando por vos y oteando la ventana por si aparece alguna sombra. Si me juego mi reputación, la poca que me queda, al menos debieráis tener la consideración de decirme con quién me acuesto y me levanto.

Se revolvió mi amo achacoso. Sus dedos acariciaron la tersa piel de su mejilla.

—¿Sabéis guardar un secreto?

—Vuestro, con mi vida.

Cogió ella su índice y se lo llevó a sus labios. Sintió mi amo un escalofrío al sentir el roce de

su lengua.

—Negocios turbios que llegan hasta los mismísimos reyes —dijo el leonés tras un momento de pausa.

Dio ella un resoplido.

—¡Por Cristo, Vasco! Decíais que habíais terminado con ese don Gonzalo.

—Ahora no se trata del Capitán, se trata de saldar una deuda de honor con un viejo amigo. Aunque habrá oro de por medio.

—Pardiez, en qué lío os habéis metido esta vez... —negó con la cabeza—. ¿Lo hacéis por honor o por el oro?

—Qué más da, el caso es que lo hago —le dio de nuevo la espalda—. Y, tengo dos bocas que alimentar.

—Si vivierais conmigo tendríais una buena existencia. El negocio va viento en popa y pronto tendré que ampliar.

Se apretó ella más a él y abrazó su torso velludo.

—Tenéis a Manuel que es un buen hombre y os venera como una santa, y a Azucena que os quiere como a una hija.

—Dejaos de simplezas... Os quiero a vos a mi lado, Vasco —soltó de sopetón. Al fin se había atrevido a decir lo que tanto había callado.

La observó Vasco entornando los párpados.

—Sí, a mi lado... —repitió sin apartar la mirada. Orgullosa—. Necesito un hombre que proteja mis intereses, aunque solo sea por figurar. Y, a vos no os vendría mal sentar la cabeza y tener a una mujer que os ate al suelo... hasta os puedo dar un sueldo... Uno bueno que os quite de la mala vida.

—Estoy a vuestro lado, empero, cada uno tiene su oficio —rezongó mi amo—. No sé hacer otra cosa.

—Se puede aprender de todo, Vasco, simplemente tenéis que quererlo.

No era el suyo uno de esos amores de los libretos de caballerías ni de los que cantan los

poetas, más bien era un amor de dos almas solitarias que habiánse encontrado en medio de la vorágine de aquellos tiempos. Un amor que podía convenir a ambos, como decía la Rosarito.

La sombra de la preocupación asomó en el iris de mi amo.

—¿En qué lío os habéis metido esta vez? —preguntó de nuevo la Hinestrosa.

—¿De verdad queréis saberlo?

—Soy curiosa por naturaleza. Prefiero saber que no saber.

—A veces el saber trae problemas.

—¿Más problemas? —bufó enseñando los dientes—. ¿Os creéis que no oigo las hablillas cuando me vuelvo en los mercados? ¿Creéis que no sé lo que se murmura de mi cada vez que me ven con vos?

—Alguna solución habrá que buscarle a esta situación... —musitó.

—¿A qué os referís? —se colocó a horcajadas sobre él, sus pechos voluptuosos colgando del escote de su camisa.

—A un casamiento.

Ahora fue ella la que cayó durante unos instantes en que la lluvia cesó y se oyeron algunos pajarillos sobre la balconada.

—Vaya forma de pedirme casorio, Cristo Bendito. Lo habéis hecho casi peor que mi difunto esposo cuando me compró en la mancebía —suspiró—. En fin... una tiene que conformarse con lo que le da la vida y amoldarse a las circunstancias.

—Cuando termine la guerra —añadió Vasco con el rostro pétreo.

—Las guerras nunca terminan con estos reyes que nos ha puesto Dios para que rijan nuestras vidas —carcajeó ella sarcástica—. Ya os estáis arrepintiendo de vuestras palabras.

—No quiero que enviudéis por segunda vez. Empero, podemos hacer público nuestro acuerdo.

—Algo es algo —sonrió besando sus labios, los bucles de su cabello cubriendo ambos rostros—. Me hacéis feliz, Vasco, a vuestra manera.

—Y me traigo a esos dos desarraigados conmigo. Con un par de zurriagazos los pongo a trabajar como demonios.

—Les habéis cogido aprecio —se recogió un mechón de pelo que caía por la frente.

—El aprecio que uno le puede coger a un perrillo de la calle.

—Os conozco... Vasco... Y esos dos mochuelos os preocupan.

Le metió ella la mano por debajo de las calzas y le agarró la verga. Comenzaron a oírse quejidos y gruñidos de la alcoba de abajo.

—Vuestro joven y apuesto amigo... incansable... —le masajeó el miembro hasta que quedó enhiesto como el palo de un estandarte.

—¿He de sentirme celoso de ese pisaverde? —jadeó.

—Sabéis bien que no... Y es demasiado bajito para mis gustos —le dio un pellizco en el pezón y comenzó a restregarse sobre su verga—. Aunque... Parece brioso. Llevan sin dormir toda la noche.

—¿Con cuál de las dos?

—Con las dos —carcajeó.

—Por Cristo, con lo poca cosa que parece —jadeó arqueando su cuerpo—. Juventud, divino tesoro es.

—Vos aun sois joven —le susurró en la oreja sintiendo su hombría debajo de su vientre—. Yo aun soy joven.

—Tratadme con decoro que se puede abrir la costura.

Sonrió ella ladina asomando la puntita de su lengua por la comisura de sus labios, metiéndose la verga bien dentro.

—Os la coso de nuevo gustosa.

Contóme mi amo tiempo después que así fue, más o menos, como se comprometió con aquella extraordinaria mujer a la que acudía buscando refugio cuando las cosas se complicaban más de la cuenta. Una mujer con embrujo, que le tenía sorbido medio seso y medio corazón, empero el alma indómita de mi amo tenía las otras mitades bien agarradas. Y en aquellos tiempos, como en estos, los asuntos de casamiento se resuelven, no por amor como en las canciones, si no por conveniencias de ambas partes. Ay, mas las cosas no siempre salen como uno quiere ni como

uno planea.

Después del segundo envite los dos amantes hallábanse sumidos en un sueño profundo y placentero, sus cuerpos entrelazados bajo las finas sábanas de seda. Levantóse Berenguela soñolienta al oír que Azucena la llamaba en un susurro al otro lado de la puerta pues no era mujer de frusilerías la cocinera y sabía cuando su ama no quería ser molestada.

—¡Mi señora! ¡Mi señora! —susurraba con un tonillo apremiante—. Buscan a don Vasco.

Dio mi amo un respingo al oír que lo mentaba la encargada de las cocinas.

De un salto levantóse y ajustóse las calzas tirando de los cordones, rebuscando debajo de la cama el cinto con la herreruza.

—¡Por Cristo! Si he de batirme, al menos lo haré vestido.

Se enfundó la Beren en su camisón, abrió la puerta a medias y se encontró a la mujerona de amplias carnes enfundada en falda, camisa y corpiño, y con el rostro cargado de preocupación.

—¿Cuántos son? —inquirió Vasco tirando de las botas.

Frunció el ceño Azucena como si no comprendieran.

—¿Cuántos hideputas me buscan?

—Una —aclaró ajustándose el pañuelo que ocultaba su cabello gris—. Es una mujer.

—¿Una mujer? —alzó una ceja la Hinestrosa brazos en jarras—. ¿Os busca una mujer en mi propia casa?

Se encogió mi amo de hombros sin saber qué responder.

—Es la Rosarito, la de la Posada del Potro —explicó Azucena frotándose unas manos llenas de harina—. Dice que necesita hablar pronto con vos. Le he dicho que no sabía cómo encontraros y la quise conminar a que se fuese con la cantinela a otra parte, pero es mujer tozuda y decidida, ya la conocéis.

—Demonios ...—rezongó Vasco con un bufido a punto de recibir las nuevas sobre mi persona—. ¿Qué querrá para venir a buscarme hasta aquí?

—Dice que uno de esos mochuelos que tenéis por sirvientes se ha metido en un embrollo con

los corchetes. Lucas... ha dicho Lucas.

XX. Interludio

Los peldaños del torreón son un suplicio para mis huesos y mis articulaciones, a cada paso que doy descubro un nuevo dolor punzante por mi maltrecho cuerpo. Está mi alcoba a ras de suelo, junto a los mozos de capilla, el capellán de las damas, el limosnero, el sacristán, el escribano de capilla y el escribano de libros, los cantores, los reposteros y los iluminadores. Otros dos pisos tengo que subir hasta la biblioteca. Un suplicio para un anciano. Es una pena hacerse viejo. Una maldición morir de viejo. Empero, a cada uno le vienen las cosas de una manera mas no fui yo quien escogió este camino, Dios o quien diantres esté en las alturas divirtiéndose con los avatares de su creación, así lo quiso. No pocos fueron los peligros y adversidades a los que me enfrenté corriendo las calles de Córdoba de chicuelo, en las guerras de Granada y de Nápoles de rapaz, y en el Nuevo Mundo de hombre. Filos de tizonas, puñales, saetas, zurras, garrotes, arcabuces, cañones, dardos envenenados y bestias de las selvas. Y, a todos ellos sobreviví con mayor o menor fortuna. Mas no creo que lo haga de los peligros de la corte, pues son muchos los hideputas y pedigüeños que pululan alrededor del César y de sus herederos, y muchos los que ganas de foderme tienen.

Siempre pensé que la vida estaba mal hecha, uno debería nacer viejo y morir joven. O, no morir de viejo, como decía mi amo. Mejor fenecer por una mojada o bala de arcabuz en un suspiro, en un descampado o en un trinchera, que mearse en el camastro de un cenobio y que tengan que limpiarte el culo los monjes. Ay, cuanta razón tenía el cabrito de Vasco, en paz descanse.

¡Cristo bendito! ¡Qué calor del demonio! En el rellano de la escalera me detengo

abanicándome con la parola, abriendo mi manguera de paño y mi jubón dorado por el cuello, para dejar paso a un grupito de costureras que bajan con el ceño fruncido y erguidas de cuello por su lechuguina, arrastrando el dobladillo de sus vestidos de tomar las medidas de la infanta, dicen que ya no tiene formas de niña y que ha crecido más de un palmo. En dos semanas se espera la visita del embajador de Portugal para fijar fecha del compromiso y la pequeña Juana, me da a mí que aun siendo reina siempre la veré como una niña, debe vestir los mejores ropajes, las más excelsas joyas y mostrar la perfección más absoluta.

Me apoyo en el alféizar a tomar resuello y, a mis pies, observo la ciudad de Toledo a través del ventanal entreabierto, ciudad vetusta y capital del reino —por poco tiempo, luego de todos es sabido de las querencias de Felipe por la villa de Madrid—. Un laberinto de tejados, de callejuelas y de callejones, salpicado de iglesias, conventos, palacetes y sobrias casas señoriales, tan diferente a Córdoba y sus gentes, pues parecen los toledanos de carácter esculpido en piedra.

Un bullicio de personas y de carros y bestias suben desde la puerta de Bisagra que custodia la muralla hasta el mercado de Zocodover, un poco más allá la Catedral se irgue al cielo rodeada de andamios y al fondo el monasterio de San Juan de los Reyes, casi puedo oír el tintineo de las cadenas de los cristianos que liberamos en Málaga apuntaladas a sus muros pues así lo quiso recordar nuestra reina Isabel, en paz descansen. Ay, todos descansan en paz menos yo, es lo que me ha tocado vivir.

El sol se refleja en las aguas del Tajo que serpentea rodeando los acantilados y los baluartes. Extramuros, pegado a las covachuelas, el escaribel donde mi amo estuvo preso por un asunto de cuernos o de herencias, no lo recuerdo bien, y más allá el hospital de Tavera, con la capilla en obras, donde es probable que termine mis días, entre babas, meados y blasfemias de loco.

Suspiro, luego otra cosa no puedo hacer ante la negrura de mi ocaso. En cuanto pierda la cordura allí me mandarán con los otros viejos decréptos y, si no la pierdo, a Córdoba con los franciscanos a que me pudra o me marchite, pues buenos dineros les he dado para sus obras de caridad y aprecio me tienen. Mas si reuniese valor debiera acabar con el tormento antes de que sea tarde.

Válgame Dios, qué peste. Me cruzo en mi ascenso con el mozo de las bacinillas que charla alegremente con el limpiadientes de la princesa. Aun siendo infanta y futura reina, la joven Juana come, caga y mea como todos.

El ujier no se sorprende que tenga la llave y nada dice cuando abro la puerta. Sabe que soy el excéntrico maese de su alteza y que el Emperador me tiene en estima. Se mantiene firme en su pose. Parece un cuervo con su atuendo negro, solo destaca su gorguera blanca y sus medias amarillas y el enorme medallón dorado que cae de su pecho con el escudo real.

Cierro a mis espaldas con un leve portazo y encuentro una sala que ocupa un cuarto del flanco del Alcázar con estanterías en las paredes llenas de libros y de legajos enrollados y apilados, y varias mesas de trabajo dispuestas en paralelo en las que se arraciman mapas del imperio, cartas de las tierras de las Americas, de Flandes, de Italia, del norte de África y de Sicilia y de Nápoles, con anotaciones del mismísimo Carlos. Dicen las últimas nuevas que el rey se halla en Bruselas padeciendo de su enfermedad y que no regresará hasta dentro de un año o dos. Su hijo Felipe, el heredero, lo acompaña en este periplo por las naciones del imperio preparándose para su jura como nuevo rey. Ha dejado el César como regentes en España a su hija María y a su esposo Maximiliano de Austria, un matrimonio también pergeñado para afianzar el poder de la monarquía de los Hasburgo. No se da puntada sin hilo en esto de los casamientos de sangre azul.

Hay colgado en la pared junto a la puerta un mapa del mundo, el de Diego Ribeiro parece, portugués a las órdenes del César, dibujado con la información obtenida en la epopeya de Magallanes y Elcano. Valientes marineros, sin duda, que dieron la vuelta al mundo sin quererlo pues Magallanes quería lo que Colón, llegar a la Isla de las Especias por el poniente, idea esta que desechó Manuel I de Portugal y que sin embargo apadrinó nuestro César. Y muchas penurias que pasaron en su viaje, del que solo regresó el célebre marino vasco con otros diecisiete valientes en una de las naos. Una auténtica hazaña de la resistencia de la humanidad, según recontaban los supervivientes fue un infierno de enfermedades y violencia. Sigo con la yema de mi índice la ruta bordeando la costa del Nuevo Mundo, el Estrecho de Todos los Santos, dicen

que no hay lugar más horrible en el mar y en la tierra, el inmenso Pacífico y las Islas de los Tiburones y la isla de San Pablo y las Islas de los Ladrones. No puedo por menos sonreírme, luego el mundo resultó ser redondo como argüía el loco de Colón. Qué diría el bueno de Rafalito Matallanas si hubiese sabido que vivía, bebía, fornicaba y cagaba sobre una pelota de tierra. Aun no me cabe en la cabeza como no caemos al vacío cuando andamos o cabalgamos. Empero, cosa de sabios y eruditos es y ellos sabrán lo que hablan, o los clérigos pues Dios creó el mundo así. Ellos sabrán.

Al lado del mapa hay colgado un esbozo a carboncillo de un galeón, uno de esos portentosos barcos, robustos y de espaciosas bodegas hechos por los mejores ingenieros para traer a Sevilla los tesoros de las entrañas de las tierras de Mexico, del Perú y de Venezuela, con ese velamen que les da impulso para atravesar la Mar Océana y esos poderosos cañones para defenderse de los enemigos del imperio, pues plagado está el mar de piratas y corsarios ingleses, franceses y holandeses, y en el mediterráneo los turcos de Solimán y los argelinos, con ganas de hincarle el diente a la plata y el oro y las esmeraldas y las perlas de nuestro emperador. Hideputas todos ellos. Por Cristo, lo que ha cambiado el mundo en una vida, empero, hay algo que no cambia. El oro. Dichoso oro que todo lo puede y todo lo compra.

En el primer anaquel descansan polvorientos numerosos libros. Acaricio el lomo de un ejemplar de Tolomeo con cubiertas de cuero dorado. Abro al azar un libro de romance traducido por Hernando de Acuña con figuras iluminadas, cubierto de cuero colorado y blanco, en la primera página hay un poema dedicado al rey escrito a pluma.

Ya se acerca, Señor, o ya es llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
un grey y un pastor solo en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada;

ya tan alto principio, en tal jornada,

os muestra el fin de vuestro santo celo
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un Monarca, un Imperio y una Espada;

ya el orbe de la tierra siente en parte
y espera con toda vuestra monarquía,
conquistada por vos en justa guerra,

que, a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que, vencido el mar, venza la tierra.

Otros dos libros en francés de molde, de la meditación, cubiertos de cuero de tamaño guarnecidos. Otros dos libros de la exposición de Titelman sobre los salmos cubiertos de cuero. Otro libro de Titelman y titulado suma misteriorum christiani fidey. Otro libro de mano que hizo Santacruz sobre el astronómico Cesareo cubierto de cuero leonado. Otro libro de la guerra de Alemania que hizo el comendador mayor. Otro libro grande de pergamino con muchos dibujos y patrones de diferentes cosas. Otro libro que se titula la dotrina christianade constantino. Otro libro que se titula meditación de fray Luis de Granada.

Serán estos los libros personales del César. Es sabido que no es hombre inclinado al cultivo de las letras, mas a su alrededor se ha desarrollado un excelso humanismo áulico. Lo cierto es que el emperador nunca exhibe interés personal por la cultura y sí por los ingenios y los artilugios, dicen que al contrario que sus hermanos, María, reina viuda de Hungría, y Fernando, rey de Romanos, entre todos, dueños de medio mundo. Las razones de esta carencia parécenme que deben hallarse en lo escaso de sus estudios de latinidad, motivado por la ausencia en su niñez de un verdadero maese de las letras, que hubiera hecho crecer en él un interés pleno por estas cuestiones. En consecuencia, sus aficiones como lector tienen un umbral muy personal. Otras

preocupaciones tiene en su cabeza. Cómo gobernar un imperio debe consumirle a uno su vitalidad y su entendimiento.

Me llega el ruido de martillos y mazas del patio de armas del Alcázar. A través de los ventanales oteo a los albañiles, polvorientos y sudorosos, con sus carretillas y utensilios, pañuelos anudados a la cabeza, y a Villalpando dirigiendo las obras con voz grave. Es un hervidero de obreros y de sirvientes que pululan de un lado a otro cada uno con una función asignada. Ha mandado el César una reforma del Alcázar y todos se afanan en complacer los deseos de su soberano, hasta el más mínimo detalles, para que todo esté a su gusto cuando regrese. Si es que regresa.

Oigo un carraspeo a mis espaldas. Diablos. Me vuelvo inquieto pues no me he percatado que no estoy solo en la biblioteca. Oculto tras una pila de legajos se haya un hombre que reconozco al instante.

—Alonso de Santa Cruz... —saludo alzando el mentón al sabio astrólogo y cosmógrafo del emperador—. Es un placer veros.

Me acerco al egregio sevillano y le estrecho la mano pues conocidos somos desde hace tiempo y años han pasado desde nuestro último encuentro.

—Maese Lucas —responde con voz ruda, sosteniendo mi mano con un firme apretón, como su mirada—. Tenéis buen aspecto.

—Mejor lo tendría si tuviera veinte años menos.

En unos latidos nos reconocemos a través de nuestras ojeras y papadas, nuestras arrugas y nuestras calvas. No ha perdido su pose espigada ni su mirada astuta y suspicaz, empero su rostro huesudo y curtido denota el paso de los años, rondará ya la cincuentena el ilustre geógrafo y cosmógrafo, íntimo del emperador no hace tanto pues él mismo le enseñó cosmografía y navegación. No abarca más fama este hombre luego el César le ha prohibido publicar sus obras y sus hallazgos, y fabricar sus ingenios, mas no quiere que caigan en manos de los enemigos del imperio, sobre todo de ingleses y holandeses que nos pisan los talones en la Mar Océana. Me da a mí que es cuestión de tiempo que sus minuciosas cartas, sus prolijos planisferios y sus

instrumentos de navegación caigan en redes ajenas. Son codiciados secretos que se venden a buen precio y no pocos son los espías que acechan la Casa de la Contratación.

—Es un buen mapa ese que observáis... aunque no tan preciso como el mío.

—Eso no lo dudo —sonríó. Dicen que su carta del mundo es la más acertada y detallista de cuantas existen, y que el César se la ha llevado a su viaje por Europa como muestra de lo avanzado de sus cosmógrafos. Su «Archicosemographum» lo llama con orgullo—. No conozco a nadie tan meticuloso en sus tareas como vos.

—Viniendo de quien viene.... Me lo tomo como un cumplido.

—Hace años que os perdí la pista, don Alonso —mi mirada recorre sus lujosos ropajes—. Y, parece que no os ha ido mal.

Viste con ropajes de calidad, de cortesano, un jubón oscuro sin mangas sobre un jubón gris claro con hileras de cortes entre bandas de trenza dorada. Sus calzas de color carmesí con dibujos también están decorados con cortes y ribetes estrechos de oro aplicado.

—He estado en Lisboa recopilando información con una generosa asignación de la Corona —se acaricia su barba de cabrilla—. Son buenos marinos y buenos cartógrafos estos hideputas que tenemos por vecinos del reino. Y, ahora me vuelvo a Sevilla a mi empleo en la Casa de la Contratación.

—Habéis venido por el cumpleaños de la infanta, pues —aventuro observando sus iris azules siempre brillantes.

—Fui invitado, así es... La corte trashumante de nuestro César está ahora en Europa, así que, a los que quedamos, nos dan las migajas para que hagamos bulto hasta que venga el embajador. Empero, otro motivo tengo para estar aquí...

Alzo una ceja. Se sienta en la silla de respaldo de cuero y señala algunos legajos y mapas que hay esparcidos sobre el secreter.

—¿Algún nuevo encargo?

Carraspea antes de hablar con cierto boato.

—Me encomendó Gonzalo Pérez antes de partir que terminase las crónicas de Isabel y

Fernando escritas por Hernando del Pulgar, y que comenzase las de nuestro rey emperador.

—Ardua tarea la vuestra —digo con un puntito de sorna—. No os envidio. Plasmar los hechos acaecidos en unos legajos que pasarán a la posteridad... Contar la verdad... de nuestros reyes y príncipes. Nuestras glorias y nuestras miserias... Una gran responsabilidad ha puesto el secretario sobre vuestros hombros.

Me observa de reojo alzando las cejas y termina de esbozar una sonrisa que termina en carcajada.

—Siempre fuisteis un puñetero con muy mala uva...

—De viejo tengo la lengua más afilada —le guiño un ojo.

—Si cabe —se repantinga en la silla y entrelaza sus manos sobre el ancho cinturón de piel. Desde arriba se le ve el cuero cabelludo por la coronilla—. La verdad, querido Lucas... La verdad... Quién, en estos tiempos cambiantes está en posesión de la verdad...

—Quienes allí estuvimos —respondo sin dudarlo.

Niega con la cabeza, divertido.

—Los que ganan las guerras y los que tienen abolengo y dineros. Que os voy a contar yo que no sepáis... Tampoco os envidio vuestra labor, mentor de una futura reina, muchos enemigos os granjearéis en la corte...

Suspiro haciendo un aspaviento con la mano.

—Poco me queda ya de esa labor... —me acerco un paso. Saco unas lentes de los pliegues de mi manguera y me las coloco sobre el puente de la nariz pues de cerca no veo tres en un burro—. Por orden del César la infanta parte hacia Aranda de Duero el próximo mes y mis visitas allí serán esporádicas —de ello se ha encargado la puta alcoholada de Leonor de Mascareñas, empero no lo digo en voz alta—. ¿Qué documentos estáis estudiando? —cambio el rumbo de la conversación pues retortijones me da pensar en lo que haré después me separe de la infanta.

—He encontrado estas cartas de Hernán Cortés al César —señala un legajo escrito con letras sinuosa y trazo firme—. Interesantes...

—¿Para vuestras crónicas?

—Tal vez...

Cojo la hoja frunciendo el ceño y leo en voz alta:

«Esta gran ciudad de Tenochtitlán está fundada en esta laguna, y desde la Tierra Firme hasta el cuerpo de dicha ciudad, por cualquier parte que quisiesen entrar en ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas jinetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles de ella, digo las principales, muy anchas y muy derechas, y algunas de estas y todas las demás son la mitad de tierra y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles, de trecho a trecho, están abiertas, por donde atraviesa el agua de las unas a las otras, y en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes, de muy anchas y muy grandes vigas juntas y recias y bien labradas, y tales, que por muchas de ellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par».

Mis ojos brillan rememorando otros tiempos.

—Allí estuvisteis vos.

Asiento con la cabeza.

—El hideputa de Hernán ya estudiaba como conquistarla cuando escribió la carta... Tenochtitlán... la ciudad más bella que han visto mis ojos... Un prodigio de la humanidad. Y los llamamos salvajes...

—Nunca lo conocí en persona, a Cortés —apuntó el cosmógrafo cerrando el cartapacio y abriendo otro.

—A mí no me quedó otra... pues quemó el malnacido las naves en Veracruz.

—¿Cómo era?

—¿Vais a tomar notas?

—Puede ser —coge una pluma de ganso y la moja en el tintero.

—Buen jinete y diestro de todas las armas, así de a pie como a caballo, y sabía muy bien menearlas —respondo hosco pues muchos fantasmas tengo de aquellos años.

—Solo eso, vamos, maese Lucas, algo más jugoso debéis de darme...

—Un astuto diablo... —evoco algunas vivencias en mis pensamientos—. La ambición

encarnada en hombre... Amaba la violencia hasta lo enfermizo y gustaba del peligro. Empero, a diferencia de un vulgar matarife, era cultivado y bienhablado: nunca blasfemaba ni decía una palabra más alta que otra. Eso engañaba a los que se confiaban de su aspecto afable y osaban a contrariarle, muchos terminaban pasados a cuchillo. Aunque... he de reconocer que de buen humor tenía cierto gracejo y resultaba un conversador ameno. Sin embargo, todo lo dicho no evitó que cometiese crueldades espeluznantes sin que le temblase el pulso ni le remordiese la conciencia —al pronto me viene el olor a humo y putrefacción y carne quemada. El hedor a matanza. El hedor de la conquista. Comienzo a sudar.

Me apoyo en la mesa y siento un hormigueo por las manos que se extiende por los brazos y el resto del cuerpo, y se me nubla la vista como si una ligera bruma entrase por los ventanales.

—¿Estáis bien, maese Lucas? —oigo en la distancia.

¡Santiago y a ellos! Gritaba Cortés para arengar a las tropas. Por unos latidos veo los estragos de las escabechinas que perpetramos hasta la caída de Technoxtitlan. ¡Santiago y a ellos! A mujeres y niños saliendo de sus chamizos en llamas, corriendo por la selva con el rostro deformado por el miedo, y la muerte corriendo a sus anchas de manos de los españoles y de nuestros aliados. Los aztecas en taparrabos defendiéndose con lanzas y machetes de centauros acorazados que disparan fuego con sus pistolas y arcabuces. Con la ayuda de los totonacas y los tlaxcaltecas, a los que se unieron centenares de cholultecas, todos juntos «como hermanos contra aquel tirano fiero y carnicero de Moctezuma», como decía la puta de Malinche. El ejército de Cortés parecía invencible. Y los cañones y los falconetes de fondo, tronando como una feroz tormenta, y la sonrisa diabólica y la mirada de fuego de Cortés. El azote de Dios. ¡Santiago y a ellos!

Me dejo caer en un taburete, exhausto como si viniese de batirme en trincheras con cabrones franceses, y me limpio el sudor que me cae por la frente con la manga del jubón pues no acierto a encontrar el pañuelo de lino entre las holguras de mi manguera. A veces me vienen estos fantasmas, otras veces los de los moros en las guerras de Granada y también se me aparecen los gabachos de Nápoles, aunque estos menos.

—Estáis temblando, maese Lucas —me vierte un poco de vino aguado de un búcaro y me tiende la copa plateada—. Tomad un reconstituyente. Os sentará bien. Debéis acudir al físico.

Al tercer sorbo recupero las fuerzas y mi mano deja de temblar.

—Solo es que me hago viejo —sonríó como un niño a modo de disculpa—. Ningún galeno puede curar este mal.

En ese momento se abre la puerta y como un vendaval en otoño entra Leonor de Mascareñas sujetándose el dobladillo de su vestido. Puta alcoholada.

—¡Maese Lucas! —bajo el dintel del portón me señala con el dedo a la par que grita con esa voz estridente que tan bien conozco—. ¡Al fin os encuentro!

—Voto a Dios, vieja pregonera buchina y bigotuda —mascullo por lo bajini al de Santa Cruz tapándome la boca en un fingido acceso de tos.

Sonríe de soslayo el sevillano.

—Dicen que es de la cáscara amarga —comienza a ordenar los legajos Alonso de Santa Cruz—. Y de armas tomar. Y que manda mucho en palacio.

—No lo sabéis bien. Da más por culo que las liendres de una perra.

Se acerca la portuguesa con paso firme clavándome dos dardos con sus ojos de jineta. Si no fuera por el sobrio vestido negro y por la cofia que le cubre la testa por completo, incluidas las orejas, se podría confundir con un varón de edad avanzada pues sus facciones son duras, sus manos nervudas, y tiene vello sobre el bozo. Es más fea que un gurruño como diría el rambleño Matallanas.

—Don Alonso, ruego que disculpéis esta intromisión en vuestros estudios —logra articular sin mucho aplomo pues parece la cuerda de una saeta a punto de romperse—. Es un asunto que urge...

—Yo ya me iba, doña Leonor... —ya ha recogido sus bártulos en el morral y se levanta palmeándome el hombro—. Un placer veros, maese Lucas —me dice con un puntito de chanza.

—Lo mismo digo, y suerte con vuestro encargo.

Se toca Leonor la verruga a tres pasos de donde nos encontramos. Alonso de Santa Cruz rodea

la mesa y sale medio espantado por el otro lado. Me observa la vieja bruja cruzándose de brazos zapateando sus zuecos sobre la alfombra. Lleva colgando un crucifijo dorado que acaricia con sus dedos huesudos raspando con la uña el preciado metal. La conozco bien y le falta una chispa para estallar como si fuese un barril de pólvora.

—¿En qué puedo servirlos, mi señora? —me levanto del taburete sin bajar la mirada. Todo gesto de sumisión puede ser malinterpretado por esta sabandija—. Cualquier cosa que me pidáis a vuestros pies me postro...

Tarda en responder y la suela de sus zapatos sigue repiqueteando sobre la alfombra.

— Travesso, sem vergonha, porco, canalha e bastardo —murmura sin apenas mover los labios escupiendo salivitas, conteniendo su cólera. Las arrugas de su rostro se hacen más patentes cuando aprieta la mandíbula y entorna los párpados.

Me hago el enajenado, mas la retahíla de insultos, aun en portugués, me causa cierta zozobra luego es hembra briosa pero de guardar las formas en todo momento. Algo la ha enfurecido.

—No os entiendo, mi señora... hablad más alto y más claro... y en castellano pues el portugués lo tengo bien olvidado.

Deja de refunfuñar en su idioma materno y de nuevo clava su mirada en mi persona, oteándome de arriba abajo. Si sus ojos despidiesen puñales ahora mismo estaría atravesado y bien apuntalado en el tapiz del fondo.

Con un rápido movimiento toma la copa plateada y me la arroja con violencia, sin mediar palabra, derramando su contenido sobre mi jubón bordado. Acto seguido coge el búcaro de cerámica y me lo lanza con las mismas intenciones. Ya prevenido, alzo el brazo y me parapeto detrás de una de las estanterías desviando el proyectil que se rompe en decenas de pedacitos esparciendo su contenido por los libros y legajos.

—¡Maldito diablo! —grita—. ¡Esto no quedará así! ¡Hereje luterano!

—Señora... Válgame Cristo... —acierto a decir tan sorprendido por semejante ataque de locura. Desde luego que la tenía por una perturbada y los criados malician que bebe a deshoras y de ahí lo agrio de su carácter, empero, esto es algo que jamás hubiera imaginado—. ¿Qué os

ocurre para que me toméis por el mismísimo Belcebú?

—¡Porque lo sois! ¡Sois un engendro de Dios que empozoña el espíritu de un ángel! —grita iracunda agarrando un enorme tomo encuadernado en cuero de vaca y alzándolo a modo de porra se dirige hacia mí. Por la portada reconozco que es un Amadis de Gaula de imprenta. Al menos no tiene mucho valor.

Doy la vuelta a la estantería y me coloco al otro lado. Entro los legajos alcanzo a ver su rostro deformado por la rabia que bulle en su interior. O se ha vuelto loca de remate o la posee un diablo. O ambas cosas.

—Por favor, mi señora... —logro articular—. Explicadme algo de lo que ocurre... pues mi entendimiento no alcanza a comprender lo extraño de vuestro comportamiento.

Recogiéndose el vestido intenta correr dando la vuelta a la estantería mas yo hago lo propio por el otro lado. No se da por vencida y lo vuelve a intentar dos veces más maldiciendo en luso no pocas lindezas dirigidas a mi persona. A punto está de caerse trastabillada pues se tropieza con una recopilación de cartografías que ha terminado en el suelo.

Al fin se detiene a recuperar el resuello. Y, tras unos latidos en los que me amenaza alzando el Amadis de Gaula se sienta en la silla que ocupaba Alonso de Santa Cruz y rompe a llorar ocultando su rostro entre las palmas de sus manos.

Aun con el corazón desbocado en mi pecho me acerco con cautela y le tiendo un pañuelo para que se sorba los mocos.

—Qué desgracia os acontece, doña Leonor —me coloco a dos pasos pues aún recelo de tan extraño proceder, mas propio de una tabernera que de un aya de príncipes e infantes—. Os lo ruego, contadme qué ha pasado...

Alza su rostro hasta que sus ojos acuosos se encuentran con los míos.

—¿Qué historias le habéis contado a la infanta Juana? —solloza cogiéndose el crucifijo con fuerza. Su verruga parece palpar en su mejilla.

Desde luego que tenía que ser por Juana.

—¿A qué os referís?

—Sé bien que le contáis cosas que una niña no debe oír de boca de un hombre, de un viejo, y que tenéis vuestros secretos... —se recompone e irgue la espalda—. Aun siendo deseo del César que le abráis los ojos con vuestras calumnias... nunca lo aprobé... —sorbe de nuevo mocos. Su piel tiene el tono mortecino de siempre, pero aún más lívido si cabe—. Pero esto... es algo inconcebible e imperdonable. A vos y a mí nos puede traer consecuencias nefastas... —divaga—.

Trago saliva aun sin imaginar de qué va todo este embrollo.

—Debéis ser más precisa en vuestras explicaciones si queréis que os ayude a solventar este esguince —le toco el hombro con la palma de mi mano y ella reacciona como si la hubiera tocado un sierpe, se aparta brusca.

—Más precisa, decís... Una catástrofe... una verdadera catástrofe para el reino... y para la Corona —se limpia la última lágrima que le cae por la mejilla y mira al suelo—. La infanta Juana se niega a cumplir con los esponsales pergeñados y se niega a recibir al embajador de la Casa de Avís —suspira retomando la compostura y alzando el rostro—. Lleva recluida en su alcoba desde el día de su cumpleaños, apenas come y cuando se le pregunta dice que no puede amar a un niño de doce años por muy príncipe y heredero que sea... Dice que el amor es lo que mueve el mundo y que si no ama no puede vivir, ni comer...

Alguna vez hablamos de ello y de los libros de caballerías que tanto le gusta mas nunca la he engañado sobre lo que es el amor, lo que es el oro, el poder y el deber.

—Cristo bendito... Extraño comportamiento, sin duda.

—Nunca la oí hablar de esa forma, siempre ha sido recta y obediente y cumplidora de su deber como hija de un emperador.

Demasiado recta y obediente, pienso, mas me guardo de decirlo en voz alta.

—Quizás algo le sentó mal... —aventuro sin convicción—. Algún plato o bebida exótica que le ha nublado el entendimiento.

—Se niega a que la vea el físico. Al único al que quiere ver es a vos. Dice que no hablará con nadie más.

—¿Cómo? —balbuceo.

—Lo que oís, maese Lucas. Que solo hablará con vos.

Diablos, que la cosa se complica.

—¿Quién sabe de tal desatino? —pregunto haciéndome una composición de la gravedad de los hechos.

—Por ahora, dos de sus damas la han oído desvariar y algunos de sus guardias. Con todos he hablado y ninguno abrirá la boca por la cuenta que les trae.

—Entiendo —suspiro.

—Más os vale que lo entendáis, maese Lucas. Hay mucho en juego y muchos y poderosos son los que pueden perder si este casamiento se rompe... —sus ojos recuperan su natural brillo acerado—. Porque, si este malentendido Dios no tiene a bien resolverlo, y yo caigo en desgracia, os juro por mi vida, por mis muertos y por lo más sagrado que vos también caeréis y la vuestra será una caída mucho más dolorosa, lúgubre y oscura que la mía —de su boca brotan las palabras y unas salivitas cargadas de ponzoña— Ahora, id a ver qué quiere esa condenada niña y haced que los destinos de Portugal y España converjan en uno solo.

Fin de la primera parte

Toledo, 7 de septiembre de 2023